



AÑO 13.

NUM. 152.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

AGOSTO, 1901

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

ENTRADO A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

ra la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

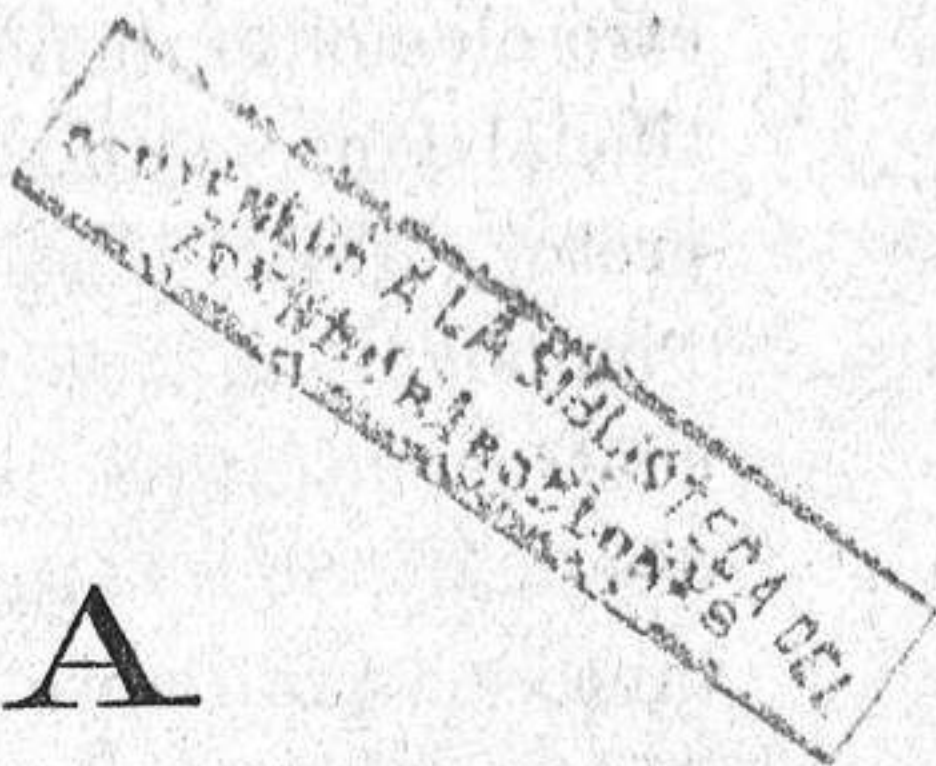
ACTEA

NOVELA

CUARTA Y ULTIMA PARTE

XV

Nerón dió en el clavo: semejante promesa calmó al instante los murmullos; entre todos los espectáculos con que sus ediles, sus pretores y sus Césares le regalaban, los que más deleitaban al pueblo eran las cacerías de animales y los combates de gladiadores. En otro tiempo, esos dos espectáculos eran diferentes; pero Pompeyo tuvo la idea de reunirlos, haciendo que combatiesen por primera vez, durante su segundo consulado, con motivo de la inauguración del templo de Venus victoriosa, veinte elefantes salvajes contra gétulos armados de lanzas: verdad es que mucho tiempo antes, si se ha de creer á Tito Livio, murieron solamente en un día ciento cuarenta y dos elefantes en el circo; pero los tales elefantes, cogidos en una batalla contra los cartagineses, y á los que Roma, pobre y prudente entonces, no quería ni alimentar ni entregar á los aliados, fueron muertos á lanzadas y flechazos por los espectadores de las gradas: ochenta años después, el año 523 de Roma, Escipión Nasica y Publio Léntulo echaron al circo sesenta y tres panteras de Africa, y se creía á los romanos hartos de este espectáculo, cuando Seguro, transportando el espectáculo á



otro elemento, llenó de agua el anfiteatro, y en aquel mar artificial lanzó quince hipopótamos y veintitrés cocodrilos; Sila, pretor, ofreció una caza de cien leones con melena; el gran Pompeyo, una de trescientos quince, y Julio César una de cuatrocientos; por último, Augusto, que conservó de Octavio cierta afición á la sangre, hizo sucumbir en las fiestas dadas tanto en su nombre como en el de su nieto, poco más ó menos de tres mil quinientos leones, tigres y panteras; y hubo un tal Servilio, de cuya vida no se recuerda más que la fiesta que dió, en la cual mataron trescientos osos y otros tantos leones y panteras, traídos de los desiertos de Africa: más adelante, este lujo no conoció freno, y Tito exterminó, en una sola cacería, cinco mil fieras de toda especie.

Pero de todos éstos, quien hasta entonces había dado las fiestas más ricas y variadas era Nerón: además de los impuestos en dinero señalados á las provincias conquistadas, tasó el Nilo y el desierto, y el agua y la arena le suministraban sus diezmos de leones, tigres, panteras y cocodrilos: en cuanto á los gladiadores, estaban reemplazados ventajosa y económicamente por los prisioneros de guerra y los cristianos: cierto que carecían de la habilidad que daba á los primeros el estudio de su arte, pero poseían el valor y la exaltación, lo que prestaba poesía y un mero aspecto á su agonía: esto era todo lo que se necesitaba para excitar la curiosidad.

Así, pues, toda Roma se precipitó al circo: en esta ocasión habían esquilado el desierto y las prisiones; había suficiente número de víctimas y fieras para que la fiesta durase todo el día y toda la noche; además, el Emperador había prometido iluminar el circo de una manera nueva: así es que fue recibido con unánimes aclamaciones: en esta ocasión estaba vestido de Apolo, y llevaba, como el dios Pitio, un arco y flechas: porque en los intervalos de los combates debía dar pruebas de su destreza; algunos árboles arrancados del bosque de Albano, fueron transportados al circo y replantados en él, con sus ramas y sus hojas, y sobre los árboles unos faisanes aprisionados, con

sus plumajes de azul y oro, servían de blanco á las flechas del Emperador: sucedía también á veces que el César se compadecía de algún bestiario herido, ó se indignaba contra algún animal que cumplía mal con su misión de verdugo: entonces echaba mano de su arco ó de sus dardos, y desde su puesto, desde el trono, enviaba la muerte al otro extremo del circo, semejante á Júpiter Tonante.

En cuanto se acomodó el Emperador, llegaron en carros los gladiadores: los que debían comenzar los combates habían sido, como de costumbre, comprados á sus amos; pero como la solemnidad era grande, algunos jóvenes patricios se habían mezclado con los gladiadores de profesión para hacer la corte al Emperador; hasta se decía que había entre los últimos dos nobles que, arruinados por sus desórdenes, se habían alquilado: uno, por la suma de doscientos cincuenta; el otro, por la de trescientos mil sextercios.

Cuando Nerón entró, los gladiadores estaban en la arena esperando la señal y ejercitándose entre sí, como si los combates que iban á entablar fuesen un sencillo juego de esgrima. Pero en cuanto se oyó en el circo el grito de «¡el Emperador, el Emperador!» y se vió al César-Apolo sentarse en el trono, frente á las vestales, entraron en el circo los directores de los juegos y presentaron á los combatientes armas afiladas para que las cambiasen por aquellas con que se ejercitaban y que eran inofensivas; después desfilaron ante Nerón, elevando hacia él las espadas, con objeto de que se asegurase de que las armas estaban bien templadas; lo que podía comprobar inclinándose, porque su puesto no tenía más que diez pies de elevación.

Presentaron la lista de los combatientes á Nerón, á fin de que él mismo designara el orden en que debían combatir: decidió que comenzaran el *reciario* y el *secutor* (perseguidor), porque frecuentemente era el que perseguía, en vez de ser perseguido; venían después dos *dimaqueros*, luego dos *andabatas*, y para dar fin á esta primera sesión, que debía con-

cluir al medio día, serían arrojados á las fieras para que los devorasen, dos cristianos: un hombre y una mujer.

El pueblo pareció bastante satisfecho de esta primera parte del programa, y en medio de las exclamaciones de *viva Nerón! ¡gloria al César! ¡fortuna al Emperador!*, entraron en el circo los dos primeros gladiadores, cada uno por puerta distinta, situadas frente á frente.

Eran, como lo decidió Nerón, un *secutor* y un *reciario*. El primero llevaba una túnica verde-claro con franjas de plata, sujeta al talle por un cinturón de cobre cincelado, en el que brillaban incrustaciones de coral; su pierna derecha estaba defendida por una bota de bronce, y le ocultaba todo el rostro un casco con visera, parecido al de los caballeros del siglo XIV; llevaba en el brazo izquierdo un gran escudo redondo, y en la mano derecha un venablo y una maza de plomo: tales eran la armadura y el traje de los galos.

El *reciario* tenía en la mano derecha la red, á la que debía su nombre, y que era, poco más ó menos, parecida á las redes de mano que usan actualmente los pescadores, y en la izquierda, defendida por un escudo pequeño, un largo tridente, cuyas tres puntas eran de acero: su túnica era de paño azul, y sus coturnos de cuero del mismo color; llevaba el rostro descubierto, al contrario del de su enemigo, y su cabeza no estaba protegida más que por una gorra de lana azul, de la que colgaba una redecilla de oro.

Los dos adversarios se acercaron uno á otro, no en línea recta, sino circularmente: el *reciario* llevaba su red preparada, y el *secutor* blandía su venablo. Cuando el *reciario* se creyó á tiro, dió un rápido salto hacia adelante, al mismo tiempo que lanzaba la red, desplegándola; pero ninguno de sus movimientos pasó inadvertido para su contrincante, que dió un salto igual hacia atrás, y la red cayó á sus pies. En el mismo momento, y antes de que el *reciario* hubiera tenido tiempo de cubrirse con su escudo, partió el venablo de la mano del galo; pero su enemigo vió venir el arma, y se agachó; pero á pesar

de la ligereza de su movimiento, el venablo, que iba dirigido al pecho, le arrancó su elegante tocado.

Entonces el *reciario*, aunque armado con su tridente, se dió á la fuga, arrastrando tras sí á la red, porque no podía servirse de su arma sino para matar al enemigo, prisionero en sus mallas: el galo se lanzó al punto en seguimiento de su adversario; pero retrasado en su carrera por su pesada maza y por la dificultad de ver á través de los agujeritos que formaban la visera de su casco, le dió tiempo para que de nuevo preparase la red y se encontrara en guardia: en cuanto hizo esto, se volvió á poner en posición, y el galo á la defensiva.

Durante su carrera, el *secutor* había recogido el venablo, colgándose de su cinturón como un trofeo la gorra de su adversario; esta vez inició el ataque el galo: su venablo, lanzado por segunda vez con toda la fuerza de su brazo, fué á dar de lleno en el escudo del *reciario*, atravesó la placa de bronce que le cubría, mas las siete defensas de cuero, y fué á rozar el pecho del que lo sostenía: el pueblo le creyó herido mortalmente, y se oyó el grito de: *¡Ya está, ya está!*

Pero el *reciario* apartó al punto el escudo de su pecho é indicó que apenas estaba herido: entonces repercutieron gritos de alegría, porque lo que principalmente temían todos los espectadores eran los combates demasiado cortos; así es que miraban con desprecio, aun cuando la cosa no estuviese prohibida, á los gladiadores que herían en la cabeza.

El galo echó á correr, porque su maza, arma terrible cuando perseguía al *reciario* desprovisto de la red, le era casi inútil desde el momento en que la llevaba al hombro; porque, teniendo que acercarse mucho á su adversario para herirle, le daba toda clase de facilidades para que le envolviera en las mortales redes. Entonces comenzó el espectáculo de una fuga con todas sus reglas, porque la huída era también un arte; pero tanto en la anterior como en la nueva carrera, el galo se veía embarazado por su casco: pronto el *reciario* se encontró tan cerca de él, que el público gritó para advertir al galo; éste ad-

virtió que estaba perdido si no se desembarazaba prontamente de su casco, que ya le era inútil; abrió, sin dejar de correr, la barbacana de hierro que lo mantenía cerrado, se lo quitó y lo arrojó lejos de sí. Entonces, con gran asombro, se reconoció en el *secutor* á un joven de una de las más nobles familias de Roma, llamado Festo, que se había puesto aquel casco más bien para ocultarse que para defenderse; tal descubrimiento redobló el interés con que los espectadores seguían el combate.

Desde este momento el joven patricio ganó terreno sobre su contrincante, el cual, á su vez, encontrábase entorpecido por su escudo con el venablo clavado en él, que no se atrevía á quitar por miedo de dar un arma á su enemigo; excitado por los gritos de los espectadores y por la continua fuga de su adversario, arrojó lejos de sí venablo y escudo, y se encontró con los movimientos libres; pero entonces, fuera que el galo viese en aquella acción una imprudencia que igualaba de nuevo el combate, fuese que se encontrara cansado de huir, se paró de repente, haciendo girar la maza alrededor de su cabeza; por su parte, el *reciario* preparó su arma; pero antes de que se encontrara al alcance de su enemigo, la maza salió silbando como el proyectil de una catapulta y fué á herir al *reciario* en medio del pecho: el *reciario* se tambaleó y concluyó por caer envuelto él mismo entre las mallas de su propia red. Festo entonces se lanzó al venablo, lo arrancó y de un salto volvió al lado de su enemigo, le puso la punta del hierro en la garganta é interrogó al pueblo para saber si debía matar ó perdonar á su adversario. Todas las manos se levantaron entonces, con el pulgar hacia arriba unas y hacia abajo otras; pero como era imposible distinguir la mayoría en medio de aquella multitud, se oyó el grito de *¡á las vestales, á las vestales!*: esta era la apelación en caso de duda.

Festo se volvió hacia el podio; las doce vestales se levantaron: ocho tenían el pulgar hacia abajo; la mayoría estaba por la muerte; en consecuencia, el *reciario* cogió él mismo la pun-

ta del hierro, la apoyó en su garganta, y exclamó por última vez: *¡César es Dios!* Y sintió, sin exhalar una queja, cómo el venablo de Festo le abría la arteria del cuello y le penetraba hasta el pecho.

El pueblo entonces aplaudió al vencedor y al vencido, porque uno había matado con habilidad y el otro había muerto con gracia. Festo dió la vuelta al anfiteatro para recibir los aplausos, y salió por una puerta, mientras que por la otra se llevaban el cuerpo de su enemigo.

En seguida un esclavo entró con una pala, removi6 la arena, para borrar las manchas de sangre, y entraron en liza dos nuevos combatientes: eran dos dimaqueros.

Los dimaqueros eran los refinados del siglo de Ner6n; sin casco, sin coraza, sin escudo, sin ocrea (1), combatían con una espada en cada mano, como lo hacían nuestros caballeros de la Fronda en sus duelos á daga y puñal; así era que aquellos combatientes estaban considerados como el triunfo del arte, y algunas veces los campeones no eran otros que los mismos maestros de esgrima. En esta ocasión eran un profesor y su discípulo; el alumno había aprovechado tan bien las lecciones, que venía á combatir al maestro con sus propios recursos; algunos malos tratos que había recibido hicieron germinar en su corazón, desde hacía ya mucho tiempo, un odio extraordinario en lo más profundo de su alma; pero lo había disimulado ante todos, y con la idea de vengarse algún día, continuó sus ejercicios cuotidianos y concluyó por sorprender todos los secretos de la profesión. Constituía, pues, una cosa muy curiosa para espectadores tan artistas ver aquellos dos hombres, quienes, por primera vez, iban á reemplazar sus juegos ficticios por un combate real, y cambiar sus armas inofensivas por aceros bien templados. Su aparición fue, por lo tanto, saludada con una triple salva de aplausos, que cesaron en cuanto el director de los juegos hubo dado la

(1) Nombre de las botinas de bronce.

señal, ante una indicación del Emperador, para que reinara un profundo silencio.

Los adversarios avanzaron uno contra otro, animados por el profundo odio que inspira toda rivalidad; pero, sin embargo, el odio que brotaba en relámpagos de sus ojos, daba nueva circunspección al ataque y á la defensa, porque no solamente se jugaban las vidas, sino también la reputación que poseía uno desde hacía mucho tiempo y que el otro acababa de alcanzar.

Por fin se tocaron las espadas; dos serpientes que juegan, dos rayos que se cruzan, son más fáciles de seguir, en su deslumbradora rapidez, que el movimiento de la espada que tenían en la mano derecha, y con la cual se atacaban, mientras que con la de la izquierda paraban los golpes como con un escudo. Pasando sucesivamente del ataque á la defensa, y con una regularidad maravillosa, el alumno hizo al principio recular al maestro hasta el pie del trono en que estaba el Emperador, y el maestro, á su vez, hizo retroceder al discípulo hasta el podio, en el que estaban las vestales; volvieron después al medio del circo, sanos y salvos ambos, aunque veinte veces la punta de cada espada se hubiese aproximado bastante al pecho para desgarrar la túnica, bajo la que buscaba el corazón; por fin, el más joven de los dos dió un salto hacia atrás; los espectadores gritaron: *¡Ya está!* Pero en seguida, aun cuando la sangre corría por bajo de la túnica, á lo largo de uno de los muslos, volvió al combate más encarnizado que antes, y al cabo de dos pasos fue el maestro á su vez quien indicó, por un movimiento imperceptible á ojos menos ejercitados que los que le contemplaban, que acababa de sentir en sus venas la fría sensación del hierro; pero esta vez no se oyó ningún grito; la extrema curiosidad es muda; se escuchaba, ante algunos golpes hábilmente dirigidos ó parados, ese murmullo sordo que indica al actor que si el público no aplaude, no es porque no aprecie lo que está haciendo, sino, antes bien, para no interrumpirle en el desempeño de su papel. Así los

dos combatientes redoblaban su ardor, y las espadas continuaron entrechocándose con la misma rapidez, de tal manera, que aquella lucha singular amenazaba no terminar sino con el agotamiento de las fuerzas, cuando el maestro, reculando ante el discípulo, resbaló y cayó de repente; el discípulo, aprovechando la ventaja que le ofrecía la casualidad, se precipitó sobre él; pero con gran asombro de los espectadores, no se vió que ninguno de los dos se levantara; todo el pueblo se puso en pie, juntando las manos, y gritando: ¡Gracia, libertad!, pero ninguno de los dos combatientes respondió. El director de los juegos entró entonces en el circo, llevando de parte del Emperador las palmas de la victoria y las varitas de libertad; pero era demasiado tarde, los campeones eran ya, si no vencedores, por lo menos libres; se habían atravesado mutuamente, y ambos yacían muertos.

A los dimaqueros debían suceder los *andabatas*; sin duda se les había inscripto inmediatamente después de los dimaqueros para que el pueblo disfrutase con el contraste; porque á los nuevos gladiadores les eran completamente inútiles el arte y la habilidad; llevaban la cabeza completamente metida en un casco, que no tenía más abertura que en la boca para que pudiesen respirar, y junto á los oídos, para que pudieran oír; peleaban, pues, á ciegas. El pueblo se divertía mucho con aquella lucha, especie de terrible parodia del juego de la gallina ciega, en la que cada golpe daba en blando, puesto que los adversarios no tenían armadura alguna defensiva que pudiese parar ni amortiguar las acometidas.

En el momento en que las nuevas víctimas, porque aquellos desgraciados no merecían el nombre de gladiadores, eran introducidas en la arena, enmedio de las carcajadas de la multitud, Aniceto se acercó al Emperador y le entregó unas cartas. Nerón las leyó con gran inquietud, y al final se retrató en su rostro una profunda alteración. Permaneció un momento pensativo; después, levantándose repentinamente, salió fuera de circo, indicando que continuasen los juegos á pesar de su

ausencia; aquel incidente, que no era nuevo, porque frecuentemente reclamaban la presencia de los Césares en el foro urgentes é inesperados asuntos, lejos de ser un contratiempo para la diversión de los espectadores, les daba, por el contrario, más libertad, porque al no hallarse cohibido por la presencia del Emperador, el pueblo se convertía entonces en verdadero soberano; los juegos, como lo ordenó Nerón, siguieron, pues, su curso, aunque ya no estuviese allí el César para presidirlos.

Los dos campeones se pusieron, por lo tanto, en marcha para juntarse, atravesando el circo en toda su longitud; á medida que se acercaban uno á otro, se les veía, sustituyendo el sentido de la vista por el del oído, tratar de escuchar el peligro que no podían ver; pero se comprenderá lo que engañaba semejante orientación: de suerte que aún estaban muy distantes uno de otro y ya agitaban las espadas y repartían tajos y mandobles al espacio; por fin, excitados por los gritos: *¡Adelante, adelante, á la derecha, á la izquierda!*, avanzaron con mayor decisión; pero se cruzaron sin tocarse, y concluyeron por darse la espalda sin dejar de amenazarse. En seguida las carcajadas y las burlas de los espectadores fueron tales, que se dieron cuenta de lo que acababan de hacer; y volviéndose con un mismo movimiento, se encontraron frente á frente y al alcance de las espadas; cruzáronse los aceros, hirieron después de manera diferente, y uno de los combatientes recibió un tajo en el muslo derecho, mientras que el otro recibía una estocada en el brazo izquierdo. Ambos hicieron un movimiento, y los dos adversarios se encontraron de nuevo separados, sin saber cómo volver á juntarse. Entonces uno de ellos se echó al suelo para escuchar el ruido de los pasos y sorprender á su enemigo; después, como le sintiera aproximarse, el gladiador echado, semejante á una víbora que suelta su dardo, hirió á su adversario por segunda vez; éste, sintiéndose peligrosamente herido, dió rápidamente un paso hacia adelante, tropezó con el cuerpo de su enemigo y fué á caer á dos ó tres palmos de él; pero levan-

tándose al punto, describió con su espada un círculo horizontal tan rápido y vigoroso, que el acero, alcanzando al cuello de su adversario en el lugar en que dejaba de protegerle el casco, le ~~segó~~ la cabeza con tanta habilidad como hubiera podido demostrar el verdugo; el tronco permaneció un instante en pie, mientras que la cabeza, en su envoltura de hierro, rodaba lejos de él; después dió algunos pasos estúpidos é insensatos, como si tratara de marchar tras ella, y por fin cayó á la arena, que se inundó de sangre. A los gritos del pueblo, el gladiador, que permanecía en pie, comprendió que el golpe que acababa de dar era mortal, pero no dejó por eso de mantenerse en guardia contra la agonía de su adversario. Entonces uno de los directores del circo entró, le abrió el casco y dijo:

—Eres libre y vencedor.

Salió por la puerta que se llamaba *sana vicaría*, porque era por la que abandonaban el circo los combatientes que se libraban de la muerte, mientras que arrastraban los cadáveres al espoliario, especie de caverna situada bajo las gradas del anfiteatro, en donde los médicos esperaban á los heridos, y en donde se paseaban dos hombres, vestido uno de Mercurio y el otro de Plutón; Mercurio, á fin de ver si en los cuerpos, en apariencia insensible, quedaba algún resto de vitalidad, les tocaba con un caduceo enrojecido al fuego, mientras que Plutón remataba con un martillo á los que los médicos juzgaban que no podían curarse.

Apenas salieron los andabatas, cuando reinó en el circo una gran algarabía; á los gladiadores iban á suceder los bestiarios, y éstos eran cristianos, por lo que todo el odio era para los hombres y toda la simpatía para las fieras. Sin embargo, por mucha que fuera la impaciencia de la multitud, se vió obligada á esperar á que los esclavos pasasen los rastrillos por la arena del circo; pero esta operación fue apresurada por los furiosos gritos que se elevaban desde todos los lados del anfiteatro; por fin los esclavos se retiraron, la arena quedó un momento sola y la multitud esperó; se abrió una puerta, y

todas las miradas se dirigieron á las nuevas víctimas que iban á entrar.

Entró primero una mujer, vestida con una túnica blanca y cubierta con un blanco velo. La condujeron á uno de los árboles, al que la ataron por medio del cuerpo; entonces uno de los esclavos le arrancó el velo, y los espectadores pudieron ver un rostro de perfecta belleza, pálido, pero resignado: se escuchó un prolongado murmullo. A pesar de su título de cristiana, la joven, desde el primer momento, conmovió el alma de la multitud tan impresionable y tan versátil. Mientras que todas las miradas estaban fijas en ella, se abrió una puerta paralela y entró un joven; existía la costumbre de exponer así á las fieras un cristiano y una cristiana, dando al hombre todos los medios de defensa, á fin de retardar, no solamente su muerte, sino también la de su compañera, que casi siempre era una hermana, una amante ó una madre, para prestar al hijo, al amante ó al hermano, nuevo valor, y prolongar un combate que los cristianos rehusaban casi siempre para sufrir el martirio, aunque supieran que, si triunfaban de los tres primeros animales que les soltaban, estaban salvados.

En efecto; aun cuando aquel hombre, cuyo vigor y agilidad fuesen fáciles de reconocer á primera vista, entrase acompañado por dos esclavos, de los cuales uno llevaba una espada y dos venablos, y el otro conducía un corcel núpida, no pareció dispuesto á dar al pueblo el espectáculo de la lucha que esperaba. Avanzó lentamente por el circo, dirigió en torno suyo una mirada tranquila y firme, hizo después un ademán para indicar que el caballo y las armas eran inútiles, miró al cielo, cayó de rodillas y comenzó á rezar. Entonces el pueblo, burlado en su expectación, comenzó á rugir y á amenazar; era un combate y no un martirio lo que había venido á ver, y estallaron los gritos de: *¡A la cruz, á la cruz!*, porque, suplicio por suplicio, prefería al menos aquel cuya agonía era más larga. Entonces apareció en los ojos del joven un rayo de inefable alegría, y alzó los brazos en signo de acción de gracias, gozo-

so porque iba á morir con la misma muerte que sirvió de apoteosis al Salvador: en aquel momento oyó un suspiro tan lastimero, que se volvió.

—¡Silas, Silas!...—murmuró la joven.

—¡Actea!—exclamó él, levantándose y precipitándose hacia ella.

—Silas, ten piedad de mí—dijo Actea;—he experimentado una gran esperanza cuando te he reconocido. Eres valiente y fuerte, Silas; habituado á luchar con los moradores de los bosques y los huéspedes del desierto, tal vez si hubieras combatiendo nos hubiésemos salvado ambos.

—¡Y el martirio!—exclamó Silas señalando al cielo.

—¡Y el dolor!—dijo Actea, dejando caer la cabeza sobre el pecho.—¡Ah! yo no he nacido como tú en una ciudad santa; yo no he oído la palabra de la vida de los labios de aquel por quien vamos á morir: soy una hija de Corinto, educada en la religión de mis antepasados; mi fe y mis creencias son nuevas, y la palabra martirio no me es conocida sino desde ayer; tal vez tendría valor para conmigo misma; pero, Silas, tal vez no lo tendría para verte morir ante mi vista con esa muerte lenta y cruel.

—Está bien, pelearé—respondió Silas;—porque estoy seguro de alcanzar más adelante la gloria que hoy me arrebatas.

En seguida, haciendo un ademán de mando á los esclavos, añadió con acento y actitud de Emperador:

—Mi caballo, mi espada y mis venablos.

Y la multitud aplaudió, porque comprendió en la voz y en la actitud de Silas, que iba á presenciar una de esas luchas hercúleas que le hacían falta para reanimar sus sensaciones, deprimidas por los combates ordinarios.

Silas se acercó en seguida al caballo; era como él, un hijo de Arabia; los dos compatriotas se reconocieron; el hombre dijo al caballo algunas palabras en una lengua extranjera, y como si el noble bruto las hubiese comprendido, respondió re-

linchando. Entonces Silas arrancó del lomo y de la boca de su compañero la silla y las bridas que los romanos le habían impuesto en señal de esclavitud, y el hijo del desierto botó en libertad alrededor de aquél que acababa de dársela.

Mientras tanto, Silas se desembarazaba á su vez de cuanto le entorpecía en sus movimientos, y arrollando su manto rojo en el brazo izquierdo, se quedó con su túnica y su turbante. Después se ciñó la espada, tomó los venablos, llamó al caballo, que le obedeció dócil como una gacela, y saltando sobre él, dió, inclinándose sobre el cuello del animal y sin más ayuda para dirigirle que las rodillas y la voz, tres vueltas en torno del árbol á que estaba atada Actea, semejante á Perseo dispuesto á defender á Andrómeda: el orgullo del árabe acababa de sobreponerse á la humildad del cristiano.

En aquel momento se abrió una puerta de dos hojas colocada debajo del podio, y un toro de Córdoba, excitado por los esclavos, entró mugiendo en la arena; pero en cuanto dió diez pasos, asustado por la luz del día, la vista de los espectadores y los gritos de la muchedumbre, bajó el testuz, y mirando á Silas con ojos estúpidos y feroces, comenzó á escarbar y cornear el suelo. En aquel instante, uno de los directores le arrojó un maniquí relleno de paja, que figuraba un hombre, y el toro se lanzó inmediatamente sobre él pisoteándole; pero cuando se hallaba más encarnizado, Silas arrojó un dardo que fué, silbando, á penetrar en el lomo del animal: el toro dió una sacudida de dolor, y abandonando al punto al enemigo ficticio por el adversario real, avanzó hacia el sirio rápidamente, con la cabeza baja, y dejando en la arena un reguero de sangre. Pero Silas le dejó acercarse tranquilamente; después, cuando no estuvo más que á algunos pasos de él, hizo que el caballo, obedeciendo á la voz y á las rodillas, diese un salto de costado, y mientras el toro pasaba de largo arrastrado por su carrera, el segundo dardo fué á sepultar seis pulgadas de hierro en los flancos del animal, el cual se detuvo tambaleándose sobre sus cuatro patas como si fuera á caer, y en seguida se volvió y se

arrojó sobre el caballo y el caballero; pero el caballo y el caballero comenzaron á huir como llevados por un torbellino.

Dieron así tres vueltas al anfiteatro, debilitándose el toro cada vez más y perdiendo terreno sobre caballo y caballero; por fin, á la tercera vuelta, cayó sobre sus rodillas; pero se levantó inmediatamente, dió un mugido terrible, y como si hubiera perdido la esperanza de alcanzar á Silas, miró circularmente en torno suyo, para ver si no hallaba alguna otra víctima sobre la que descargar su cólera; entonces se fijó en Actea. Por un momento pareció dudar de que la joven fuese un ser animado; hasta tal punto le daban apariencia de estatua su inmovilidad y su palidez; pero el toro tendió el cuello y olfateó el aire que venía de aquel lado. En seguida reunió todas sus fuerzas y trotó hacia ella: la joven le vió venir y dió un grito de terror; pero Silas velaba sobre ella, y á su vez se dirigió hacia el toro, á cuyo lado no tardó en llegar merced á la carrera de su fiel numida: entonces saltó desde el lomo de su caballo al del toro, y mientras que con la mano izquierda le cogía por un cuerno y le torcía el cuello, le hundía con la otra su espada en la garganta hasta la empuñadura; el toro, degollado, cayó espirante á una media lanza de Actea; pero ésta había cerrado los ojos en espera de la muerte, y solamente por los aplausos del circo se dió cuenta de la primera victoria de Silas.

Entonces entraron tres esclavos en el circo, de los cuales dos conducían un caballo cada uno, que engancharon al toro, á fin de arrastrarle fuera del anfiteatro; el tercero llevaba una copa y una ánfora; llenó la copa y se la ofreció al joven sirio, el cual humedeció ligeramente los labios y pidió otras armas: le trajeron un arco y flechas; en seguida todos se apresuraron á salir más que de prisa, porque bajo el trono del Emperador se alzó una reja que dió paso á un león del Atlas, que entró majestuosamente en el circo.

Era, en verdad, el rey de la creación, porque ante el rugido con que saludó la luz del día, se estremecieron todos los

espectadores, y hasta el corcel, desconfiando por primera vez de la ligereza de sus pies, respondió con un relincho de terror. Solamente Silas, habituado á aquella voz poderosa por haberla más de una vez oído repercutir en los desiertos que se extienden desde el lago Asfalto hasta las fuentes de Moisés, se preparó á la defensa ó al ataque, resguardándose detrás del árbol más próximo al en que estaba sujeta Actea, y armó su arco con la mejor y más afilada de sus flechas; mientras tanto, su noble y poderoso enemigo avanzaba con lentitud y desconfianza, sin saber lo que esperaba de él, arrugando la cara y barriendo el suelo con la cola. Entonces los directores le lanzaron dardos embotados con banderolas de diferentes colores; pero el animal, impasible y grave, continuaba avanzando sin inquietarse por aquellas molestias, cuando de repente, en medio de los dardos inofensivos, pasó una flecha bien aguda y fué á clavarse en una de sus costillas. Entonces se paró bruscamente con más asombro que dolor, y como si no pudiera comprender que hubiera un sér humano bastante atrevido para atacarle: dudaba aún acerca de su herida, pero no tardaron en brillar sus ojos, abrió las fauces, y desde lo profundo de sus pulmones, como desde una caverna, salió un rugido grave y prolongado, semejante al rumor del trueno; arrancó la flecha que le hería y la trituró entre sus dientes, dirigiendo en torno suyo una mirada que, á pesar de la verja que les protegía, hizo retroceder á los mismos espectadores, y buscó un objeto en que descargar su regia cólera. En aquel momento descubrió al corcel, que temblaba como si saliese del agua helada, aun cuando estuviese cubierto de sudor y espuma, y dejando de rugir, dió un grito corto, agudo y reiterado, y en seguida un salto que le puso á veinte pasos de la primera víctima que había escogido.

Entonces comenzó una segunda carrera, más maravillosa aún que la anterior; porque allí no podía la ciencia del hombre dirigir el instinto de los animales; la fuerza y la agilidad se encontraban frente á frente en toda su salvaje energía, y

los ojos de los doscientos mil espectadores se apartaron un instante de los dos cristianos para seguir en torno del anfiteatro aquella caza fantástica, tanto más agradable á la multitud, cuanto que era menos esperada: un segundo impulso había acercado el león al caballo, el cual, en el fondo del circo, no atreviéndose á huir ni á derecha ni á izquierda, saltó por encima de la cabeza de su enemigo, que se lanzó en persecución del primero con saltos desiguales, con las crines erizadas, y exhalando de cuando en cuando agudos rugidos, á los que el fugitivo respondía con relinchos de espanto: por tres veces vieron pasar como una sombra, como una aparición, como un corcel infernal escapado del carro de Plutón, al hijo de la Numidia, y cada vez, sin que el león pareciese hacer esfuerzos para seguirle, se le vió aproximarse al que perseguía, hasta que, al fin, estrechando paulatinamente el círculo, se puso á correr paralelamente con él; por último, el caballo, viendo que no podía escapar á su enemigo, se puso en dos pies ante la verja, golpeando convulsivamente el aire con las patas delanteras; entonces el león se acercó lentamente, como hace un vencedor seguro de su victoria, deteniéndose de cuando en cuando para rugir, sacudir su melena y remover alternativamente la arena del circo con cada una de sus garras. En cuanto al desgraciado corcel, fascinado como dicen que quedan los gamos y las gacelas á la vista de la serpiente, cayó al suelo y se revolcó en la agonía del terror: en aquel momento partió otra flecha del arco de Silas, y fué á sepultarse profundamente entre las costillas del león: él llegaba en ayuda del corcel y atraía hacia sí la cólera, de la que se había librado por un instante.

El león se volvió, porque empezaba á comprender que había en el circo un enemigo más terrible que el que acababa de vencer con sólo mirarle: entonces fue cuando se fijó en Silas, que colocaba una tercera flecha en la cuerda de su arco; se detuvo un instante enfrente del hombre, este otro rey de la creación. Este instante bastó al sirio para enviar á su enemi-

go un nuevo mensajero de dolor, que le atravesó la piel de la cara y fué á clavársele en el cuello; lo que pasó después fue rápido como una visión: el león se lanzó, saltó sobre el hombre, el cual lo recibió con su daga; después, el hombre y el león rodaron juntos; se vieron volar pedazos de carne, y los espectadores más cercanos se sintieron mojados por una lluvia de sangre. Actea dió un grito de adiós á su hermano: ya no tenía defensor; pero tampoco tenía ya enemigo: el león no sobrevivió al hombre sino el tiempo necesario para su venganza; la agonía del verdugo comenzaba cuando concluía la de la víctima: en cuanto al caballo, estaba muerto sin que el león le hubiera tocado.

Entraron los esclavos y se llevaron en medio de los gritos, de los aplausos frenéticos de la multitud, los cadáveres del hombre y de los animales.

Entonces todas las miradas se dirigieron á Actea, á la que la muerte de Silas dejaba sin defensa. Mientras vió vivo á su hermano, tuvo esperanzas; pero al verle caer, comprendió que todo estaba perdido, y trató de murmurar por el que había muerto y para la que iba á morir, oraciones que se extinguieron en sonos inarticulados, sobre sus labios pálidos y silenciosos: por lo demás, contra la costumbre, tenía simpatías en aquella multitud, que en los rasgos de Actea reconocía á una griega, si bien al pronto la tomó por judía. Las mujeres, y especialmente las jóvenes, comenzaban á murmurar, y algunos espectadores se levantaban ya para pedir gracia, cuando en las gradas superiores se oyeron gritos de *¡sentarse! ¡sentarse!*: se había alzado una reja, y una tigre se deslizaba por la arena.

En cuanto salió de su jaula, se echó en el suelo y miró en derredor con ferocidad, pero sin inquietud y sin asombro; después aspiró el aire, y se puso á arrastrarse como una serpiente hacia el lugar en que había caído el caballo; al llegar allí olfateó á la presa ausente, y entonces llegaron hasta ella emanaciones de sangre aún tibia y de carne palpitante, por-

que los esclavos en esta ocasión no se habían cuidado de remover la arena; marchó en derechura al árbol contra el cual se había librado el combate entre Silas y el león, sin volverse á derecha é izquierda más que para recoger los trozos de carne que esparció en torno suyo el noble animal que le había precedido en el circo; por fin llegó á un charco de sangre que la arena no había absorbido aún, y se puso á beber como un perro sediento, rugiendo y animándose á medida que bebía; después, cuando hubo concluído, miró de nuevo en rededor con ojos brillantes, y entonces fue cuando se fijó en Actea, la cual, atada al árbol y con los ojos cerrados, esperaba á la muerte, sin atreverse á verla venir.

Entonces la tigre se arrastró de una manera oblícua hacia su víctima, pero sin perderla de vista; después, al llegar á diez pasos de ella, se irguió, y, con el cuello tendido y las narices abiertas, aspiró el aire; entonces, franqueando con un solo salto el espacio que la separaba aún de la joven cristiana, cayó á sus pies, y cuando todo el anfiteatro, al creer que iba á ser despedazada, prorrumpía en un grito de terror, en el que estallaba todo el interés que había inspirado la joven á aquellos espectadores que habían venido para celebrar su muerte, la tigre se acostó, dulce y mimosa como una gacela, exhalando rugidos de alegría y lamiendo los pies de su antigua ama; ante estas caricias inesperadas, Actea, sorprendida, abrió los ojos y reconoció á Febea, la favorita de Nerón.

Inmediatamente resonaron en todo el circo los gritos de *Gracia, gracia!*, porque la multitud tomó el reconocimiento entre la tigre y la joven por un prodigio; además, Actea había sufrido las tres pruebas requeridas, y puesto que estaba salvada, era libre; entonces el versátil ánimo de los espectadores pasó, por una de esas transiciones tan naturales en la multitud, de la extrema crueldad á la extrema clemencia. Los caballeros jóvenes arrojaron sus cadenas de oro, las mujeres sus coronas de flores. Todos se levantaron de las gradas, llamando á los esclavos para que vinieran á desatar á la víctima.

Ante estos gritos, Líbico, el negro guardián de Febea, entró y cortó con un puñal las ligaduras de la joven, que cayó en seguida de rodillas, porque aquellas ligaduras eran el único apoyo que mantenía en pie á su cuerpo, tronzado por el terror; pero Líbico la levantó, y, sosteniéndola al andar, la condujo, acompañada de Febea, que la seguía como un perro, hacia la puerta llamada *sana vivaria*, porque por aquella puerta, como ya lo hemos dicho, salían los gladiadores, los bestiarios y los condenados que se libraban de la carnicería; al otro lado de la puerta esperaba á Actea una multitud inmensa, porque los heraldos bajaron al circo y anunciaron la suspensión de los juegos, que no debían reanudarse hasta las cinco de la tarde; al ver á la griega, la multitud estalló en aplausos, y quiso llevarla en triunfo, pero Actea juntó las manos en ademán de súplica, y el pueblo se apartó ante ella, dejando paso franco; entonces llegó al templo de Diana y se sentó junto á una columna del pórtico, y allí permaneció llorando y desesperada, pues ya sentía no estar muerta, al verse sola en el mundo, sin padre, sin amante, sin protector y sin amigo, porque su padre había muerto para ella, su amante la había olvidado, y Pablo y Silas sucumbieron en el martirio.

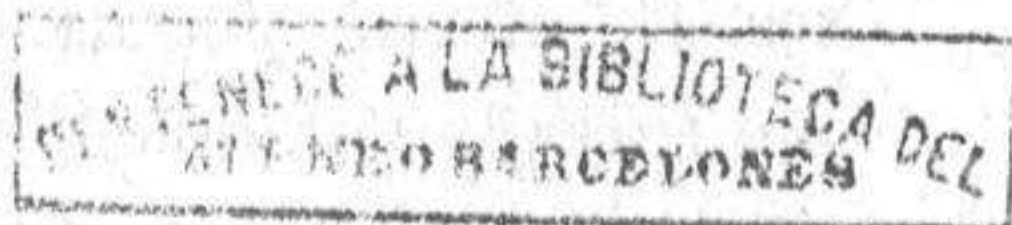
Cuando llegó la noche se acordó que le quedaba una familia, y volvió á tomar, sola y silenciosa, el camino de las Catacumbas.

Por la tarde, á la hora anunciada, volvió á abrirse el anfiteatro: el Emperador ocupó de nuevo su puesto en el trono, que permaneció vacío una parte de la jornada, y las fiestas se reanudaron. Después, cuando avanzaron las sombras, Nerón recordó la promesa que hiciera al pueblo referente á ofrecerle una caza con antorchas. Ataron á doce postes de hierro doce cristianos impregnados de azufre y de resina y les prendieron fuego, mientras que hacían bajar al circo nuevos leones y nuevos gladiadores.

Al día siguiente corrió por Roma el rumor de que las cartas que había recibido el César durante el espectáculo, y que

parecieron causarle tan profunda impresión, anunciaban la rebelión de las legiones de España y de las Galias, mandadas por Galba y Vindex, respectivamente.

XVI



Tres meses después de los acontecimientos que acabamos de referir, al final de un día lluvioso y principio de una noche de tempestad, cinco hombres, que salieron por la puerta Nomentana, avanzaban á caballo por la vía del mismo nombre. El que marchaba delante, y al que, por lo tanto, se le podía considerar como el jefe del destacamento, iba descalzo, llevaba una túnica azul, y por encima de la túnica un gran manto de color sombrío; en cuanto á su rostro, fuese por resguardarle de la lluvia que azotaba con violencia, fuese por sustraerle á las miradas de los curiosos, lo llevaba cubierto completamente por un velo; porque aun cuando la noche fuese espantosa, como ya lo hemos dicho; aunque los relámpagos rasgaran las sombras, aunque el trueno retumbase sin interrupción, la tierra parecía de tal manera entregada á sus revoluciones, que habíase olvidado de las del cielo. En efecto: de la ciudad imperial salían grandes gritos semejantes á los rumores del Océano durante una tempestad, mientras que en el camino se encontraban, cada cien pasos, ya individuos solos, ya grupos de la clase del que acabamos de describir; y mientras que á los dos lados de las vías Alaria y Nomentana veíanse armadas las numerosas tiendas de los soldados pretorianos, que habían abandonado sus cuarteles, situados en el recinto de Roma, y habían venido á buscar fuera de los muros de la ciudad un campamento más libre y más difícil de ser sorprendido. Era, como ya hemos dicho, una de esas noches terribles en las que todas las cosas de la creación adquieren voz para quejarse, mientras que los hombres se sirven de la suya para blasfemar. Por lo demás, se hubiera dicho, á juzgar

por el terror que se retrataba en el jefe de la cabalgata, sobre la que hemos llamado la atención de nuestros lectores, que él era el blanco de la doble cólera de los hombres y de los dioses. En efecto: cuando salió de Roma pasó por los aires un soplo extraño, al mismo tiempo que los árboles se doblaban, la tierra se estremecía y los caballos caían relinchando, mientras que las casas esparcidas por el campo oscilaban violentamente sobre su base. La trepidación no había durado más que algunos segundos, pero corrió desde el extremo de los Apeninos hasta la falda de los Alpes, de tal manera, que la sacudida se sintió en toda Italia. Un instante después, al atravesar el puente que cruzaba el Tiber, uno de los jinetes hizo observar á sus compañeros que el agua, en vez de bajar hacia el mar, subía en ebullición hacia sus puentes, lo que no se había visto más que el día en que Julio César fue asesinado. Por fin, al llegar á la cumbre de una colina, desde la que se descubre toda Roma, y en la que se erguía un ciprés tan antiguo como la ciudad misma, venerable y respetado, resonó un formidable trueno; pareció que se abría el cielo, y el rayo, envolviendo á los viajeros en una nube de azufre, fué á quebrar el secular árbol, respetado hasta entonces por el tiempo y las revoluciones.

Cada uno de estos siniestros presagios arrancó al hombre del velo un gemido sordo, y á pesar de las observaciones de uno de sus compañeros, avivó la marcha de su cabalgadura; de suerte que el destacamento siguió al trote por el centro de la vía; á media legua de la ciudad, poco más ó menos, se encontró con unos campesinos que, á pesar del mal tiempo, venían alegremente á Roma. Llevaban los trajes de fiesta y en la cabeza los gorros de libertos, para indicar que desde aquel día eran libres. El hombre velado quiso abandonar el empedrado y tomar á campo traviesa; pero su compañero cogió al caballo por las bridas y le obligó á continuar su camino. Cuando llegaron cerca de los campesinos, uno de éstos levantó su bastón para indicar el alto; los jinetes obedecieron.

—¿Venís de Roma?—preguntó el campesino.

—Sí—respondió el compañero del encubierto.

—¿Qué dicen de Enobarbo?

El encubierto se estremeció.

—Que se ha escapado—respondió uno de los jinetes.

—¿Y hacia qué lado?

—Hacia la parte de Nápoles: le han visto, según dicen, en la vía Apia.

—Gracias—replicaron los campesinos.—Y continuaron su marcha hacia Roma, gritando: ¡Viva Galba! ¡Muera Nerón!

Estos gritos despertaron otros en el llano, y por todas partes se oyeron las voces de los pretorianos, que dirigían al César las mayores imprecaciones.

Los jinetes continuaron su camino; un cuarto de legua más adelante, se encontraron con unos soldados.

—¿Quién sois?—preguntó uno de los soldados, cerrando el paso con su lanza.

—Partidarios de Galba, que buscan á Nerón—respondió uno de los caballeros.

—Entonces, que tengais mejor suerte que nosotros—replicó el centurión,—porque á nosotros se nos ha escapado.

—¿Cómo así?

—Sí, nos dijeron que debía pasar por este camino, y al ver á un hombre que iba al galope, creímos que era él...

—¿Y...?—preguntó temblando el encubierto.

—Y le matamos,—repuso el decurión;—cuando miramos el cadáver, nos dimos cuenta de que nos habíamos engañado. ¡Sed más felices que nosotros, y que Júpiter os proteja!

El encubierto quiso de nuevo poner su caballo al galope, pero sus compañeros le contuvieron. Continuó, pues, su camino; pero al cabo de quinientos pasos, poco más ó menos, su caballo tropezó con un cadáver, é hizo un movimiento tan brusco, que el velo que cubría el rostro al jinete, se levantó. En aquel momento pasaba un soldado pretoriano que volvía con licencia.

—¡Salve, César!—dijo el soldado.

Había reconocido á Nerón á la luz de un relámpago.

En efecto, era el mismo Nerón, que acababa de encontrarse con el cadáver de aquél con quien le confundieran; Nerón, para quien en aquellos momentos todo era motivo de espanto, hasta la señal de respeto que le daba un veterano; Nerón, que caído del poder por uno de esos inauditos reveses de la fortuna, de que hay varios ejemplos en la historia de aquella época, veíase á su vez fugitivo y proscripto, huyendo de la muerte, que no tenía el valor de darse, ni de recibirla.

Echemos ahora una ojeada retrospectiva, y veamos por qué serie de acontecimientos veíase el amo del mundo reducido á tal extremo.

Al mismo tiempo que el Emperador entraba en el circo, donde era saludado con los gritos de ¡Viva Nerón el Olímpico! ¡Viva Nerón Hércules! ¡Viva Nerón Apolo! ¡Viva Augusto, vencedor de todos sus rivales! ¡Gloria á su divina voz! ¡Dichosos los que han escuchado sus acentos celestes!, un correo que venía de las Galias franqueaba al galope de su caballo, bañado en sudor, la puerta Flaminiana, atravesaba el campo de Marte, pasaba bajo el arco de Claudio, cruzaba ante el Capitolio, entraba en el circo y entregaba á la guardia que vigilaba el palco del Emperador, las cartas que traía desde tan lejos y con tanta prisa. Tales cartas fueron, como ya lo hemos dicho, las que obligaron al César á salir del circo; y, en efecto, eran de una importancia, que explicaba la repentina desaparición del Emperador.

Anunciaban la rebelión de los galos.

Hay épocas en la historia del mundo en que se ve á un imperio que parecía dormido con un sueño de muerte, estremecerse de pronto, como si por primera vez descendiera del cielo el genio de la libertad para iluminar su sueño; en tales casos, cualquiera que sea la extensión del país, la conmoción eléctrica que le hizo estremecerse, se extiende de Norte á Sur y de Este á Oeste, y recorre distancias increíbles para desper-

tar á pueblos que no tienen ninguna relación entre sí, pero que, llegados todos al mismo grado de servidumbre, experimentan la misma necesidad de emancipación; entonces, como si algún relámpago les hubiera transmitido la consigna de la tempestad, se oyen los mismos gritos repercutir en veinte puntos diferentes; todos piden lo mismo en lenguas distintas, es decir, que termine lo existente. ¿Será mejor el porvenir que el presente? Nadie lo sabe y poco importa; pero el presente es tan insoportable, que es preciso por de pronto desembarazarse de él, y después se transigirá con el porvenir.

El Imperio romano había llegado á ese período, hasta en sus límites más apartados. En la Germania inferior, Touteyo Capitón; en las Galias, Vindex; en España, Galba; en Lusitania, Oton; en África, Claudio Marcelo, y en Siria, Vespasiano, formaban con sus legiones un medio círculo amenazador, que no esperaba más que una señal para estrecharse sobre la capital. Solamente Virginio, en la Germania superior, estaba decidido, sucediera lo que sucediese, á mantenerse fiel, no á Nerón, sino á la patria. No faltaba, pues, más que una chispa para que estallase el incendio. Y fue Julio Vindex quien la hizo saltar.

Este pretor, oriundo de Aquitania, descendiente de una raza real, hombre de corazón y de cerebro, comprendió que había llegado la hora en que debía extinguirse la familia de los Césares. Sin ambiciones personales, dirigió una mirada en torno de él, á fin de encontrar el hombre elegido de antemano por la simpatía general. A su derecha, al otro lado de los Pirineos, estaba Sulpicio Galba, á quien sus victorias en África y en Germania le habían hecho á la vez poderoso entre el pueblo y el ejército. Sulpicio Galba odiaba al Emperador, que por miedo le arrancó de su casa de Fondi para enviarle á España como desterrado más bien que como pretor. Sulpicio Galba estaba designado de antemano, y desde hacía mucho tiempo, por las tradiciones populares y por los oráculos divinos para llevar la corona; era el hombre que convenía, bajo

todos conceptos, para ponerle al frente de una revolución. Vindex le envió secretamente cartas que contenían todo el plan de la empresa, que le prometían, á falta del concurso de las legiones, el apoyo de cien mil galos, y en las que le suplicaba que, si no quería tomar parte en la caída de Nerón, no rehusara por lo menos la dignidad suprema, que él no había buscado, pero que se le ofrecía.

En cuanto á Galba, su carácter sombrío é irresoluto se manifestó también en esta ocasión: recibió las cartas, las quemó, para destruir toda prueba, pero las guardó enteras en su memoria.

Vindex comprendió que Galba quería ser empujado; no había aceptado la alianza, pero no traicionó al que se la ofrecía: el silencio era un consentimiento.

El momento era favorable: dos veces al año se reunían los galos en Asamblea general; las sesiones se celebraban en Clarmont; Vindex entró en la sala de las deliberaciones.

En medio de la civilización, del lujo y de la corrupción romana, Vindex continuó siendo el galo de los antiguos tiempos; unía á la resolución fría é inquebrantable de los hombres del Norte la palabra atrevida, y animada de los del Mediodía.

—Deliberáis acerca de los asuntos de la Galia—dijo;—buscáis alrededor de vosotros la causa de nuestros males: la causa está en Roma, el culpable es Enobarbo; él es quien, unos tras otros, ha destruído todos nuestros derechos; quien ha reducido á la miseria á nuestras más ricas provincias; quien ha vestido de luto á nuestras más nobles casas; y ahí le tenéis que, por ser el último de su raza, por ser el único que queda de la familia de los Césares, no teme rivales ni vengadores; ahí le tenéis, soltando las riendas á sus furores como lo hace á sus corceles, y que se deja arrastrar por sus pasiones, aplastando la cabeza de Roma y los miembros de las provincias bajo las ruedas de su carro. Yo le he visto—añadió,—sí, yo mismo le he visto, á ese atleta y cantante imperial y coronado, borracho y hasta indigno de la gloria de un gladiador y de un histrión. ¿Por qué,

pues, darle los títulos de César, de Príncipe y de Augusto, títulos que merecieron el divino Augusto por sus virtudes, el divino Tiberio por su genio, el divino Claudio por sus beneficios? A él, á ese infame Enobarbo, hay que darle los nombres de Edipo, de Orestes, puesto que se vanagloria de llevar los nombres de incestuoso y de parricida. En otro tiempo, nuestros antepasados, guiados únicamente por la necesidad de cambiar y el deseo del botín, tomaron á Roma por asalto. En esta ocasión, seguiremos las huellas de nuestros antepasados por un motivo más noble y más digno; esta vez, en el platillo de la balanza, en lugar de la espada de nuestro viejo Brenn, arrojarémos la libertad del mundo, y en ésta llevaremos á los vencidos, no la desgracia, sino la felicidad.

Vindex era arrojado, y sabían que las palabras que salían de sus labios no eran palabras vanas. Así fue que acogieron su discurso con estruendosas aclamaciones, grandes gritos y prolongados aplausos; cada jefe de los galos sacó su espada, juró por ella estar de regreso dentro de un mes, con un acompañamiento proporcionado á su rango y á su fortuna, y se retiraron á la ciudad. Esta vez la careta estaba quitada, y el acero desenvainado. Vindex volvió á escribir á Galba.

Desde su llegada á España, Galba procuró granjearse la popularidad. Jamás se prestó á las violencias de los procuradores, y no pudiendo impedir sus exacciones, compadecía en alta voz á las víctimas. Jamás hablaba mal de Nerón, pero dejaba que circularsen libremente versos satíricos y epigramas ofensivos contra el Emperador. Todos cuantos le rodeaban habían adivinado sus proyectos, pero no se los confió á nadie. El día en que recibió el Mensaje de Vindex, dió una gran comida á sus amigos, y al final, después de anunciarles la rebelión de los galos, les comunicó los partes, sin acompañarlos de ningún comentario, dejándoles en libertad con su silencio para que aprobaran ó reprobasen el ofrecimiento que se le hacía. Sus amigos permanecían mudos é irresolutos después de la lectura: pero uno de ellos, llamado Tito Venio, más determinado que

los otros, se dirigió á Galba, y mirándole fijamente, dijo:

—Galba, deliberar acerca de si hemos de ser fieles á Nerón, es serle ya infieles; es preciso ó aceptar la unión con Vindex, como si Nerón fuese ya nuestro enemigo, ó acusarle inmediatamente, ó declararle la guerra. ¿Y por qué? Porque quiere que los romanos os tengan por Emperador, mejor que á Nerón por tirano.

—Nos reuniremos, si os parece bien—respondió Galba, como si no hubiera oído nada,— el 5 del mes próximo en Cartagonova, á fin de dar libertad á algunos esclavos.

Los amigos de Galba aceptaron la cita, y por si acaso esparcieron el rumor de que aquella reunión tenía por objeto decidir acerca de los destinos del Imperio.

En el día dicho, todo lo que España contaba de ilustre en extranjeros y en indígenas, estaba congregado en el lugar de la cita; todos venían con un mismo fin, animados por un mismo deseo, persiguiendo la misma venganza. Galba subió al tribunal, é inmediatamente, con absoluta unanimidad, todas las voces le proclamaron Emperador.

XVII

Esto era lo que contenían las cartas que Nerón había recibido, y tales eran las nuevas que hasta él llegaron; al mismo tiempo le dijeron que las proclamas de Vindex habían sido distribuídas con profusión, y que algunas habían llegado ya á Roma; no tardó en caer una entre sus manos. En ella se le prodigaban los epítetos de incestuoso, de parricida y de tirano, y sin embargo, lo que más le irritó y mortificó fue el que le llamaran Enobarbo y le tratasen de mal cantor; éstos eran ultrajes de los que era preciso que el Senado le vengase, y escribió al Senado. Para rechazar la acusación de inhábil en su arte, y vengar el nombre de sus antepasados, prometió un mi-

llón de sextercios al que matara á Vindex, y hecho esto, volvió á caer en su indiferencia y apatía.

Mientras tanto, la rebelión hacía progresos en España y en las Galias; Galba se había creado una guardia de orden ecuestre y había establecido una especie de Senado. En cuanto á Vindex, á quien le dijeron que su cabeza estaba puesta á precio, respondió que la dejaría coger á quien le trajera la de Nerón.

Pero entre todos aquellos generales, todos aquellos prefectos, todos aquellos pretores, devotos de la nueva fortuna, uno solo permaneció leal, no por cariño á Nerón, sino porque, viendo en Vindex á un extranjero, y conociendo á Galba por su espíritu débil é irresoluto, temió que Roma, por desgraciada que fuese, no tuviera que sufrir con el cambio: marchó, pues, hacia las Galias con sus legiones para librar al Imperio de la vergüenza de obedecer á uno de sus antiguos vencedores.

Los jefes galos habían cumplido sus juramentos, y al frente de los tres pueblos más poderosos de la Galia se reunieron en torno de Vindex: á su vez, los vieneses vinieron á reunirse con ellos, pero éstos no por amor á la patria como los otros, ó por el deseo de libertad; venían por odio á los leoneses, que permanecían fieles á Nerón. Virginio, por su parte, tenía á su lado las legiones de Germania, los auxiliares belgas y la caballería batavia; los dos ejércitos avanzaron á encontrarse. Y el último, habiendo llegado delante de Besanzón, que estaba por Galba, estableció el sitio; pero apenas se habían tomado las necesarias disposiciones para el bloqueo, cuando otro ejército apareció en el horizonte: era el de Vindex.

Los galos continuaron avanzando hacia los romanos que les esperaban, y al hallarse á tres distancias del alcance de las flechas, se detuvieron para tomar sus disposiciones de batalla; pero en aquel momento salió de las filas de Vindex un parlamentario, y se dirigió hacia el ejército de Virginio: un cuarto de hora después avanzó la guardia de los dos jefes y se levan-

tó una tienda entre los dos ejércitos: Vindex y Virginio entraron en la tienda.

Nadie asistió á la entrevista; sin embargo, en opinión de los historiadores, resultó que Vindex, habiendo desarrollado sus planes ante su enemigo, y habiéndole probado que obraba, no por cuenta propia, sino en favor de Galba, Virginio, que vió en aquella revolución el bien de la patria, se unió con el que había venido á combatir: los dos jefes iban, pues, á separarse para volverse á reunir pronto y marchar de concierto contra Roma, cuando se oyeron grandes gritos en el ala derecha del ejército. Una centuria había salido de Besanzón para comunicar con los galos, y como estos últimos hicieran un movimiento para unirse con ella, los soldados de Virginio se creyeron atacados, y no escuchando más que al primer movimiento, marcharon al encuentro de los otros: esta era la causa de los gritos que oyeron los dos jefes, los cuales se precipitaron cada cual á su bando, suplicando á sus soldados que se detuvieran; pero sus ruegos fueron sofocados por los clamores que lanzaban los galos; sus ademanes fueron interpretados como signos para animarles: uno de esos extraños vértigos que se apodera á veces de un ejército, como de un hombre, se había apoderado de toda aquella muchedumbre; y entonces se vió un espectáculo atroz: los soldados sin jefes, sin orden de batalla, impulsados por un instinto de muerte, sostenidos por el odio antiguo de los vencidos contra los vencedores, de los pueblos conquistadores contra los pueblos conquistados, se lanzaron unos sobre otros, cuerpo á cuerpo, como leones y tigres en un circo. En dos horas de combate, los galos perdieron veinte mil hombres, y las legiones germanas y batavias diez y seis mil: era el tiempo físico que se necesitaba para aquella mortandad. Por fin los galos retrocedieron, pero con la llegada de la noche los dos ejércitos se mantuvieron á la expectativa: sin embargo, esta primera derrota había abatido el ardor de los rebeldes; aprovecharon la noche para retirarse: en el lugar en que las legiones germanas creían encontrarlos

al día siguiente, no quedaba más que una tienda, y bajo la tienda el cuerpo de Vindex, que, desesperado porque la casualidad hubiera hecho perder á la libertad sus más gratas esperanzas, se arrojó sobre su espada, á la que juzgaba inútil, y se traspasó el corazón. Los primeros que entraron en la tienda hirieron el cadáver y dijeron que lo habían matado; pero en el acto de la distribución de la recompensa que Virginio les concediera por tal acción, uno de ellos, que tenía motivos para quejarse por la parte que se le adjudicaba, lo denunció todo y se supo la verdad.

Hacia la misma época ocurrían en España acontecimientos no menos favorables para el Emperador; uno de los escuadrones que se habían sublevado se arrepintió de haber quebrantado el juramento de fidelidad, quiso abandonar la causa de Galba, y costó no poco trabajo reducirle al orden, de suerte que Galba, el día mismo en que se suicidó Vindex, estuvo á punto de ser asesinado en una calle estrecha, al dirigirse al baño, por unos esclavos que le había dado en otro tiempo un liberto de Nerón. Estaba afectado aún por aquel doble peligro, cuando supo la derrota de los galos y la muerte de Vindex; entonces lo creyó todo perdido, y, en vez de entregarse á la audaz fortuna, escuchó los consejos de su carácter tímido y se retiró á Clunia, ciudad fortificada, ocupándose en seguida en aumentar la defensa; pero casi inmediatamente vinieron á devolver á Galba el valor perdido presagios que no se prestaban á engaño. Al primer golpe del azadón, dado para trazar una nueva línea en torno de la ciudad, un soldado encontró un anillo de un trabajo antiguo y precioso, cuya piedra representaba una victoria y un trofeo. Este feliz hallazgo le proporcionó un sueño más tranquilo de lo que esperaba, y durante el sueño vió una estatuita de la Fortuna, de la altura de un codo, y á la cual tributaba un culto particular en su casa de Fondi, haciéndole un sacrificio al mes y una vigilia anual. La estatuita abrió la puerta de su habitación, y le dijo que, fatigada de esperar en el umbral, seguiría al fin á otro,

si no se apresuraba á recibirla. Después, cuando se levantó, complacido por aquellos dos augurios, le anunciaron que un navío cargado de armas, sin pasajeros, marineros ni pilotos, acababa de abordar á Dartosa, ciudad situada sobre el Ebro, y desde entonces tuvo á su causa por justa y por ganada, porque era visible que agradaba á los dioses.

En cuanto á Nerón, había considerado al principio aquellas noticias como de poca importancia, y hasta se había alegrado de ellas, porque veía, bajo pretexto de la guerra, el medio de levantar un nuevo impuesto; se había contentado, pues, como ya lo hemos dicho, con enviar al Senado las proclamas de Vindex, pidiendo justicia contra el hombre que le llamaba mal tocador de cítara. Después convocó por la noche á los principales ciudadanos. Estos se apresuraron á acudir á la cita, pensando que la reunión tendría por objeto celebrar un consejo; pero Nerón se limitó en enseñarles uno por uno, y discurrendo acerca del empleo y del mérito de cada pieza, unos instrumentos de música hidráulica de una nueva especie, y todo lo que se le ocurrió decir acerca de la revolución de Galia fue que haría llevar todos aquellos instrumentos al teatro, si Vindex no se lo impedía.

Al día siguiente llegaron nuevas cartas, que anunciaban que el número de los galos sublevados se elevaba á cien mil, y Nerón pensó por fin que se necesitaba hacer algunos preparativos guerreros. Entonces ordenó algunos, tan extraños como insensatos. Hizo llevar á palacio y al teatro unos vehículos, los cargó con instrumentos de música, en vez de instrumentos de guerra, y citó á las tribus urbanas para recibir los juramentos militares; pero al ver que no respondía ninguno de los que estaban en disposición de coger las armas, exigió de los amos un cierto número de esclavos, y recorrió él mismo las casas, para elegir los más fuertes y los más robustos, llevándose hasta los ecónomos y los secretarios; por fin reunió cuatrocientas cortesanas, á las que hizo cortar los cabellos; las armó con el hacha y el escudo de las amazonas, y

las destinó á que reemplazasen cerca de él á la guardia cesariana. Por último, al salir del comedor, después de su comida, apoyado en los hombros de Esporo y de Faón, dijo á los que esperaban para verle, y que se mostraban inquietos, que se tranquilizasen, en vista de que en cuanto pisara el suelo de la provincia y mostrara á los galos, sin armas, no tendría que hacer más sino derramar algunas lágrimas, para que inmediatamente se arrepintieran los sediciosos, á los cuales se les vería al día siguiente alegres, entre los alegres, entonar un himno de victoria que iba á componer al punto.

Algunos días después llegó un nuevo correo de las Galias, el cual en esta ocasión traía noticias favorables: el encuentro de las legiones romanas y galas, la derrota de los rebeldes y la muerte de Vindex. Nerón lanzó exclamaciones de alegría, corrió como un loco por las habitaciones y jardines de palacio, ordenó que se celebrasen fiestas y regocijos, anunció que cantaría por la noche en el teatro é invitó á los principales de la ciudad á una gran cena para el día siguiente.

Efectivamente, por la tarde se dirigió Nerón al Gimnasio; pero en Roma reinaba una efervescencia extraña: al pasar ante una de sus estatuas, vió que la habían cubierto con un saco. Ahora bien; en un saco es donde encerraban á los parricidas para arrojarlos al Tiber con un mono, un gato y una víbora. Algo más adelante habían escrito en la base de una columna las siguientes palabras: «Nerón ha cantado tanto, que ha despertado á los gallos (1). Un rico patricio, propietario, disputaba, ó hacía que disputaba, tan en voz alta con sus esclavos, que Nerón se informó de lo que pasaba: le dijeron que como los esclavos de aquel hombre merecían una corrección, reclamaba un Vindex (2).

El espectáculo comenzó por una farsa representada por el

(1) *Galli*, que quiere decir gallos y galos.

(2) Vengador. Todos estos juegos de palabras, bastante oscuros para nosotros, debían ser muy claros para Nerón.

actor Eato; el papel que desempeñaba comenzaba por estas palabras: «Salud á mi padre; salud á mi madre.» En el momento de pronunciarlas se volvió hacia Nerón, é imitó, al decir salud á mi padre, la acción de beber, y al decir salud á mi madre, la acción de nadar. Esta ocurrencia fue acogida con unánimes aplausos, porque todos comprendieron que era una alusión á la muerte de Claudio y á la de Agripina; en cuanto á Nerón, se echó á reir y aplaudió como los demás, ya porque fuera insensible á toda clase de vergüenzas, ya ante el temor de que su cólera no excitase aún más las burlas, ó le indispusiera con el público.

Cuando le llegó la vez, abandonó su palco y entró en el teatro; mientras se vestía para salir á escena, corrió por la sala entre los espectadores una extraña noticia. Los laureles de Livia se habían secado, y todas las gallinas habían muerto. He aquí cómo habían sido plantados aquellos laureles y por qué se consideraba sagradas á tales pulgas:

En la época en que Livia Drusila, que por su matrimonio con Octavio recibió el nombre de Augusta, era la prometida del César, en ocasión de hallarse sentada en su casa de Veyes, un águila que se cernía por los aires dejó caer en las rodillas de Livia una gallina blanca, que, no solamente no tenía heridas, sino que parecía no estar asustada. Livia, asombrada, miraba y acariciaba al ave, cuando notó que la gallina tenía en el pico una rama de laurel. Entonces consultó á los augures, los cuales ordenaron que plantase el laurel para obtener vástagos, y que se cuidara á la gallina para que diera descendencia. Livia obedeció. Se eligió para tal experiencia, que salió mejor de cuanto se podía esperar, una casa de campo de los Césares, situada en la vía Flaminia, cerca del Tiber, á nueve millas de Roma. Nació tal cantidad de pollos, que la tierra tomó el nombre de *ad Gallinas*, y se multiplicó de tal manera, que el laurel no tardó en ser el centro de un bosque. Ahora bien; el bosque se había secado hasta en sus raíces, y todas las aves habían muerto.

Entonces el Emperador salió á escena, pero en vano avanzó humildemente hacia la orquesta, según su costumbre, y dirigió una respetuosa alocución á los espectadores, diciéndoles que haría cuanto pudiera hacer, pero que el resultado no dependía de él; no se oyó un aplauso para darle ánimo. No por eso dejó de empezar, pero intimidado y temblando. Todo su papel fue escuchado en el mayor silencio, sin signo de aprobación; después, al llegar al verso:

«¡Mi mujer, mi madre y mi padre, reclaman mi muerte!»,

estallaron por primera vez los aplausos y las exclamaciones; pero no había que engañarse en cuanto á lo que significaban. Nerón comprendió el verdadero sentido, y abandonó rápidamente el teatro; pero al bajar la escalera se enredó en su túnica, demasiado larga, cayó y se lastimó: le recogieron desvanecido.

Al volver á palacio y recobrar el sentido, se encerró en su gabinete, lleno de terror y cólera. Entonces sacó sus tabletas y escribió en ellas proyectos extraños que no tenían necesidad más que de una firma para convertirse en órdenes mortales. Tales proyectos eran abandonar las Galias al saqueo de los ejércitos, envenenar á todo el Senado invitándole á un festín, quemar la ciudad y soltar al mismo tiempo todas las fieras, á fin de que aquel pueblo ingrato que no le había aplaudido sino para presagiarle la muerte, no pudiera librarse de los estragos del fuego. Después, tranquilizado acerca de su poder por la convicción del mal que aún podía hacer, se arrojó en el lecho, y como los dioses querían enviarle nuevos presagios, permitieron que se durmiera.

Entonces, el que jamás soñaba, soñó que se encontraba perdido, durante una tempestad, sobre el mar furioso, y que le arrancaban de las manos el timón de la nave que dirigía; después, por una de esas transiciones incoherentes, se encontró de repente cerca del teatro de Pompeyo, y las catorce estatuas esculpidas por Coponio, y que representaban las nacio-

nes, descendían de su pedestal, y mientras que la que se encontraba cerca de él le cerraba el paso, las otras formaban círculo y se acercaban gradualmente, hasta que se encontró encerrado entre sus brazos de mármol. Con gran trabajo consiguió librarse de aquellos fantasmas de piedra, y corría, pálido, jadeante y sin voz por el Campo de Marte, cuando al pasar ante el mausoleo de Augusto se abrieron por sí mismas las puertas de la tumba y de ella salió una voz que le llamó por tres veces. Este último sueño hizo que se despertase temblando, con los cabellos erizados y la frente bañada de sudor. Entonces llamó, dió orden de que le trajeran á Esporo, y el joven permaneció en la habitación el resto de la noche.

Con el día se desvanecieron los terrores nocturnos, pero le quedó un temor vago que le hacía estremecer á cada momento. Entonces mandó llamar al correo que había traído el parte que anunciaba la muerte de Vindex. Era un caballero batavio que había venido de Germania con Virginio y había asistido á la batalla. Nerón le hizo repetir varias veces todos los detalles del combate, y sobre todo los de la muerte de Vindex. Por fin se tranquilizó cuando el guerrero le juró por Júpiter que había visto con sus propios ojos el cadáver acribillado á heridas y amortajado. Entonces Nerón entregó al correo una suma de cien mil sextercios y le regaló su anillo de oro.

Llegó la hora de la comida: los convidados imperiales se reunieron en el Palatino; antes de la comida Nerón, como de costumbre, les hizo pasar á la sala de baños, y al salir les presentaron los esclavos togas blancas y coronas de flores. Nerón les esperaba en el triclinio vestido de blanco como ellos, con la cabeza coronada, y se echaron en los lechos á los sonos de una música deliciosa.

La comida fue servida con todo el refinamiento y todo el lujo de los festines romanos: cada convidado tenía un esclavo echado á sus pies para prevenir sus menores caprichos, un parásito comía en una mesita aislada que se le había abandonado por completo como una víctima, mientras que en el fondo,

sobre una especie de escenario, unas bailarinas gaditanas parecían, por su gracia y su ligereza, esas divinidades primaverales que en el mes de Mayo acompañan á Flora y Céfito en la visita de su reino.

A medida que avanzaba el festín y se animaban los convidados, el espectáculo cambió de carácter, y de voluptuoso se hizo lascivo. Por fin, las funámbulas sucedieron á las bailarinas, y empezaron esos juegos inauditos que la Regencia renovó, según dicen, y que fueron inventados para despertar los sentidos mortecinos del viejo Tiberio. Al mismo tiempo, Nerón cogió una cítara y se puso á recitar versos, en los que se ridiculizaba á Vindex; acompañaba el canto con ademanes burlescos; y gestos y cantos eran frenéticamente aplaudidos por los convidados, cuando llegó un nuevo mensajero con cartas de España. Estas cartas anunciaban á la vez la rebelión y la proclamación de Galba.

Nerón releyó varias veces las cartas, palideciendo cada vez más; entonces cogió dos vasos que apreciaba mucho, y á los que llamaba homéricos, porque representaban asuntos tomados de la Ilíada, y los rompió como si hubieran sido de barro; en seguida se dejó caer, desgarró sus vestiduras, se golpeó violentamente el cráneo contra los lechos del festín, diciendo que sufría desgracias inauditas y desconocidas, puesto que perdía el Imperio en vida; al oír estos gritos entró su nodriza Euglogia, le cogió en los brazos como á un niño y trató de consolarle; pero, también como un niño, su dolor aumentó con los consuelos que le prodigaban; pronto la cólera sucedió á la aflicción. Se hizo traer un papiro para escribir al jefe de los pretorianos, y, una vez firmada la orden, fué á coger su sortija para poner el sello; pero como, según ya lo hemos dicho, se la había dado por la mañana al caballero batavio, pidió el sello á Esporo; lo apoyó sobre la cera sin mirarla, pero al levantarlo observó que el anillo representaba la bajada de Proserpina á los infiernos. Este último presagio, y en tal momento, le pareció el más terrible de todos; y fuera que sospechara

que Esporo le había presentado aquella sortija con intención, fuese que en su locura no reconociera á sus amigos más queridos, cuando Esporo se le acercó para informarse de la causa de aquel nuevo acceso, le dió un puñetazo en medio del rostro, y el joven, ensangrentado y desvanecido, fué á rodar entre los restos del festín.

En seguida el Emperador, sin despedirse de sus convidados, subió á su habitación y ordenó que llamaran á Locusta.



XVIII

Esta vez, el Emperador recurría para sí mismo á la ciencia de su antigua amiga. Pasaron juntos la noche entera, y en su presencia, la maga compuso un sutil veneno que combinara tres días antes, y cuyo ensayo había hecho la víspera. Nerón lo encerró en una cajita de oro, y lo escondió en un mueble que le dió Esporo, y cuyo secreto no conocían más que el esclavo y él.

Sin embargo, la noticia de la sublevación de Galba había-se esparcido con extraordinaria rapidez. Esta vez no se trataba de una amenaza lejana, de una empresa desesperada como la de Vindex. Era el ataque poderoso y directo de un patricio, cuya raza, siempre popular en Roma, era á la vez ilustre y antigua, y que llevaba en sus estatuas el título de nieto de Quinto Cátulo Capitolino, es decir, del magistrado que pasó por el primero de su tiempo por su valor y su virtud.

A estas buenas disposiciones hacia Galba se unían nuevos lazos contra Nerón; preocupado con sus fiestas, sus carreras y sus cantos, las órdenes ordinarias que de él emanaban habían sido descuidadas; de suerte que la Armada que debía traer el trigo de Sicilia y Alejandría, no había partido hasta la época en que debía estar de vuelta; resultó de aquí que la carestía de los granos llegó á ser excesiva en poco tiempo, viniendo como consecuencia el hambre, y Roma, exhausta, acudía en tropel

á las orillas del Tiber á la llegada de toda nave que llegaba del puerto de Ostia; ahora bien, la mañana del día siguiente á la noche en que Nerón pasó con Locusta, y al que llegaron las noticias de la sublevación de Galba, el pueblo, descontento y hambriento, estaba congregado en el Foro cuando fue señalada una embarcación. Todo el mundo corrió al puerto de Elío, creyendo que la nave era la vanguardia de la armada de las provisiones, y todos saltaron á bordo con gritos de alegría. La nave traía arena de Alejandría para los luchadores de la corte; los murmullos y las imprecaciones estallaron en alta voz.

Entre los descontentos se distinguió un hombre; era un liberto de Galba, llamado Icelo. La víspera, por la tarde, había sido detenido; pero durante la noche, entraron en la prisión unos cien hombres armados y los pusieron en libertad. Reaparecía, pues, en medio del pueblo con la aureola de su prisión, y aprovechando aquella circunstancia, excitaba á los presentes á una franca rebelión; pero éstos vacilaban aún, por ese resto de obediencia á lo existente, cuando un hombre joven pasó cerca de Icelo y le entregó una hoja arrancada de una tableta; contenía el proyecto que por la noche concibió el Emperador en unión de Esporo, referente á incendiar á Roma por segunda vez y soltar las fieras durante el incendio. Icelo lo leyó en alta voz, y el prefecto del Pretorio, Ninfidio Sabino, declaró que conocía perfectamente la letra del Emperador.

En aquel momento pasaron varios senadores en desorden y sin manto; se dirigían al Capitolio, convocados por el jefe del Senado, á cuyas manos había ido á parar un escrito semejante al que leía Icelo, en el que se consignaba además el proyecto del Emperador, de envenenar de una vez á todos los senadores: tras éstos corrió el pueblo hacia el foro, y mientras esperaba las deliberaciones de los senadores, derribó las estatuas de Nerón, no atreviéndose todavía á atacarle á él directamente. Desde lo alto de la terraza del Palatino, el Emperador vió los ultrajes que infringían á sus efigies; entonces se vistió de

negro para bajar hacia el pueblo y presentarse ante él en actitud suplicante; pero en el momento en que iba á salir, los gritos de la multitud resonaron con tal expresión de amenaza y de rabia, que volvió á entrar precipitadamente en palacio, y por una puerta secreta huyó á los jardines de Servilio. Una vez que se vió en salvo, mandó á Faón á verse con el jefe de los pretorianos.

Pero el agente de Galba se había adelantado al agente de Nerón. Sabino acababa de prometer en nombre del nuevo Emperador, siete mil quinientos dracmas por individuo, y á cada uno de los soldados que estuvieran en las provincias, mil doscientos cincuenta dracmas. El jefe de los pretorianos respondió, pues, á Faón, que lo más que podía hacer era dar por la misma suma la preferencia á Nerón. Faón transmitió esta respuesta al Emperador; pero la suma pedida se elevaba á doscientos ochenta y cinco millones, ciento sesenta y dos mil trescientos francos de nuestra moneda, y el tesoro estaba agotado por prodigalidades insensatas; de suerte que el Emperador no poseía ni la vigésima parte de aquella suma. Sin embargo, Nerón no se desesperaba; se acercaba la noche, y con la ayuda de sus antiguos amigos, podía ir, merced á las tinieblas, á implorar su apoyo, y tal vez conseguiría reunir la suma.

Nerón, á pesar de la agitación de la ciudad, se decidió, pues, á salir de los jardines de Servilio, disfrazado de hombre del pueblo. Pero por más que se humilló de casa en casa, arrodillándose en todas las puertas é implorando como un mendigo la limosna con la que podía rescatar su vida, los corazones permanecieron insensibles y las puertas cerradas.

Nerón, una vez que comprendió que no había de lograr nada, y temiendo la creciente efervescencia de la ciudad, volvió á palacio; pero al llegar á su habitación, lanzó un grito de sorpresa.

Durante su ausencia, los guardias del Palatino se habían fugado, llevándose cuanto encontraron á mano. Nerón corrió al cofrecillo en el que guardó el veneno de Locusta; pero la

cajita de oro había desaparecido, y con ella el último recurso contra la vergüenza de una muerte pública é infame. Entonces, sintiéndose desfallecer ante el peligro, se echó al suelo y comenzó á pedir socorro con grandes gritos. Acudieron tres personas: Esporo, Epafrodita, su secretario, y Faón, su liberto. A su vista, Nerón se levantó sobre una rodilla y les miró con ansiedad; después, al leer en sus rostros, tristes y abatidos, que no había esperanza, ordenó á Epafrodita que fuera á buscar al gladiador Espicolo ó á cualquier otro, para que viniera á darle muerte. Faón le ofreció su casa de campo, situada á cuatro millas de Roma, en vista de que ningún gladiador querría venir, y Nerón se agarró á aquella última esperanza y aceptó. Trajeron caballos, y Nerón, con el rostro tapado, salió con sus acompañantes, y tal le hemos encontrado cuando el saludo del soldado hizo que su terror llegase al límite.

Llegaron á la casa de campo de Faón, situada donde está hoy la Serpentara. Aquel lugar, oculto tras el monte Sacro, podía ofrecer á Nerón un refugio provisional, ó por lo menos, el tiempo necesario para decidirse á morir si desaparecía toda esperanza.....

.....

—¿De quién es esa carta?—preguntó Nerón, sin hacer ningún movimiento para tomarla.

—De Faón—respondió Esporo, que había entrado con un pergamino, sonriendo de una manera especial.

—¿Y qué dice?

—Que el Senado te ha declarado enemigo de la patria, y que te busca para conducirte al suplicio.

—¡Al suplicio!—exclamó Nerón.—¡A mí, á mí! ¡A Claudio César!

—Ya no eres Claudio César—respondió fríamente el eunuco, —eres Domicio Enobarbo nada más, declarado traidor á la patria y condenado á muerte.

—¿Y cuál es el suplicio de los traidores?

—Les despojan de sus vestiduras, les ponen un yugo al cue-

llo y les pasean por los foros, por los mercados y por el Campo de Marte; después los azotan hasta que mueren.

—¡Oh!—exclamó Nerón.—Aún puedo huir.

—Huir — repuso Esporo, siempre con frialdad y pálido. — ¿Cómo? Aquí te encuentras encerrado.

—¿Por quién?

—Por mí y los libertos.

—¿Y por qué lo hacéis?

—Para que mueras— repuso Esporo con una expresión de odio, de la que no se le hubiera juzgado capaz.

—¡Morir, morir!—dijo Nerón.— ¡Morir! Todo el mundo quiere que muera. Todo el mundo me abandona.

—Sí; todo el mundo quiere que mueras, pero no todo el mundo te abandona, puesto que yo vengo á morir contigo.

—Sí, sí—murmuró Nerón,—tú eres fiel.

—Te engañas, César—dijo Esporo, cruzando los brazos y mirando á Nerón, que mordía las ropas de su cama;—te engañas; no se trata de la fidelidad, es algo que vale más, se trata de la venganza.

—¡Venganza! — exclamó Nerón. — ¿Y qué te he hecho yo, Esporo?

—¡Me lo pregunta, por Júpiter! — exclamó el esclavo alzando los brazos al cielo.—¿Que qué es lo que me has hecho?

—Sí..., sí—murmuró Nerón espantado.

—¡Lo que me has hecho! De un niño que nació para llegar á ser un hombre, para tener parte en los sentimientos de la tierra y en las alegrías del cielo, has hecho un pobre sér que no tiene sexo, que no tiene derecho á nada, que no puede esperar nada. He visto cruzar ante mí placeres y goces, como Tántalo ve el agua y las frutas. Y no es esto todo, pues en vez de retirarme á llorar como los desgraciados, me he visto obligado á revestirme con la púrpura como los poderosos, á sonreír como los felices, á vivir en medio del mundo como los que existen, cuando yo no soy más que un pobre fantasma, un pobre espectro, una mísera sombra.

—Pero, ¿qué más querías? — dijo Nerón temblando. — He compartido contigo mi oro, mis placeres y mi poder. Has tenido cortesanos y aduladores como yo, y cuando ya no sabía qué darte, te dí mi nombre.

—Por eso es precisamente por lo que te odio. Si me hubieras envenenado como á Británico, ó asesinado como á Agripina, ó abierto las venas como á Séneca, hubiera podido perdonarte en el momento de mi muerte. Pero no me has tratado ni como á hombre ni como á mujer; me has tratado como un juguete, con el que podías hacer cuanto te pluguiera; como una estatua de mármol, ciega, muda y sin corazón. Todavía hay más; antes de ayer, cuando te dí mi anillo, cuando hubieras podido responderme con una puñalada, lo que al menos hubiera hecho creer á los presentes que valía yo bastante para que se me diese muerte, me golpeaste con el puño como á un parásito, como á un esclavo, como á un perro...

—Sí, obré mal; perdóname, Esporo.

—Y sin embargo—continuó Esporo, como si no se hubiese fijado en la interrupción de Nerón, — este sér sin nombre, sin sexo, sin amigos, sin corazón, si no podía hacer el bien, podía, por lo menos, hacer mal; este sér despreciado pudo entrar por la noche en tu cuarto, robarte los decretos en que se condenaba á muerte al Senado y al pueblo, y esparcirlos, como llevados por un huracán, por el foro y por el Capitolio, de suerte que no pudieras alcanzar perdón ni del pueblo ni del Senado. Pudo robarte la caja en que guardabas el veneno de Locusta, á fin de entregarte, sin armas y sin defensa, á los que te buscan para darte una muerte afrentosa.

—Te engañas—dijo Nerón sacando un puñal;—te engañas; me queda este acero.

—Sí; pero no te atreverás á emplearlo ni contra tí, ni contra los otros. Y merced á un eunuco se dará al mundo el ejemplo de un Emperador expirando bajo los azotes, después de haber sido paseado por la ciudad con el yugo al cuello.

—Pero aquí estoy bien oculto y no me encontrarán.

—Sí; hubiera sido posible que te escapases todavía, si yo no hubiera dicho á un centurión en dónde te encontrabas. En este momento llama á la puerta de la casa; llega, César, llega...

—¡Oh! no le esperaré—dijo Nerón, poniendo sobre su corazón la punta del puñal;—¡me mataré!

—No te atreverás.

—Y sin embargo—murmuró Nerón en griego,—no sienta bien á Nerón el no saber morir... Sí, sí; he vivido vergonzosamente, y muero con vergüenza. ¡Oh, universo! ¡Qué gran artista vas á perder al perderme!...

De repente se puso á escuchar, con los cabellos de punta y la frente bañada en sudor. Oíase un nuevo ruido, y balbuceó este verso de Homero:

«Es el ruido de los caballos de rápida carrera.»

En aquel momento, Epafrodita se precipitó en la habitación. Nerón no se había engañado. Venían á buscarle. No había, pues, un momento que perder, si el Emperador no quería caer en manos de sus verdugos. Entonces pareció que Nerón tomaba una resolución decisiva; llamó aparte á Epafrodita y le hizo jurar que le quemase inmediatamente después de muerto; en seguida sacó el puñal, que había vuelto á guardarse, y apoyó la punta en su cuello. Epafrodita vió que había llegado la hora suprema; cogió la mano de Nerón, y le supultó en el cuello toda la hoja del acero.

Nerón dió un grito terrible, se arrancó el arma, se puso en pie; pero á los pocos instantes vaciló y cayó pesadamente al suelo.

En aquel momento entró el centurión, seguido por sus soldados. Al convencerse de que el Emperador acababa de morir, se volvieron á Roma para dar cuenta del suceso; de suerte que aquel que hasta el día antes fue señor del mundo, se quedó solo, enmedio de un charco de sangre, sin un esclavo que le tributara los últimos deberes.

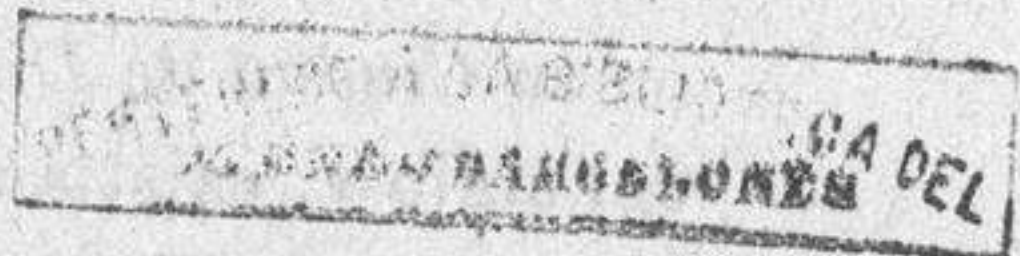
Transcurrió así un día entero; por la noche entró una mujer, pálida, lenta, grave. Había obtenido de Iselo, el liberto de Galba, á quien vimos excitar al pueblo, y que se había convertido en dueño de Roma mientras esperaba á su amo, el permiso para cumplir con Nerón los últimos deberes. Le desnudó, le lavó la sangre que le ensuciaba el cuerpo, le envolvió en el manto blanco bordado de oro que llevaba puesto la última vez que ella le había visto, y le condujo á Roma en un carro cubierto. Allí le hizo unos modestos funerales, que no fueron mejores que los de cualquier modesto ciudadano, y después depositó el cadáver en el monumento de Doniciano, que desde el Campo de Marte se descubría sobre la colina de los jardines, y en el que Nerón se había hecho preparar de antemano una tumba de pórfiro, coronada por un altar de mármol de Luna y rodeada por una balaustrada de mármol de Tasoş.

Una vez realizado esto, permaneció un día entero inmóvil y muda, como la estatua del Dolor, arrodillada y rezando junto aquella tumba.

Después, cuando llegó la noche, bajó lentamente de la colina, tomó, sin volver la cabeza, el camino del valle Egoria, y volvió á entrar por última vez en las Catacumbas.

En cuanto á Epafrodita y á Esporo, se les encontró muertos juntos. Entre ellos estaba la cajita de oro: se lo repartieron como hermanos, y el veneno preparado para Nerón bastó para los dos.

XIX



Así fue como murió Nerón, á los treinta y dos años de su edad, y el mismo día en que años antes condenara á muerte á Octavia. Sin embargo, aquella muerte extraña é ignorada, aquellos funerales realizados por una mujer, sin que el cuerpo hubiera sido expuesto, como era la costumbre, sumieron en

hondas dudas al pueblo romano, el más supersticioso de todos los pueblos. Muchos dijeron que el Emperador había ganado el puerto de Ostia, en donde embarcara con rumbo á Siria, de suerte que esperaban volviese á aparecer el día menos pensado; y mientras que, por espacio de quince años, una mano desconocida ornó religiosamente la tumba con flores de primavera y de verano, no faltaba quienes llevaban á la tribuna de los oradores imágenes de Nerón, representado con túnica pretexta; ni quienes leían en dicha tribuna determinadas proclamas, como si el Emperador viviese y hubiera de volver armado y poderoso para desgracia de sus enemigos. En fin, veinte años después de su muerte, y en la juventud de Suetonio, que refiere el hecho, un hombre de condición humilde, que afirmaba ser Nerón, apareció entre los Partos, y fue, durante mucho tiempo, sostenido por ese pueblo que honró, de una manera muy especial, la memoria del último César. Todavía hay más: semejantes tradiciones pasaron de los paganos á los cristianos, y apoyándose en algunos pasajes del mismo San Pablo, San Jerónimo presenta á Nerón como el Anticristo, ó por lo menos como su precursor. Sulpicio Severo hace decir á San Martín en sus diálogos, que antes del fin del mundo aparecerán Nerón y el Anticristo, el primero en Occidente, en donde restablecerá el culto de los ídolos; el segundo en Oriente, en donde reedificará el templo y la ciudad de Jerusalén para fijar en ella el asiento de su Imperio, hasta que por fin el Anticristo haga que le reconozcan por el Mesías, declare la guerra á Nerón y le dé muerte. Por último, asegura San Agustín en su *Ciudad de Dios*, que en su tiempo, es decir, á principios del siglo v, existían todavía muchos que no querían creer en la muerte de Nerón, sosteniendo, por el contrario, que estaba lleno de vida y de cólera, oculto en un lugar inaccesible, y que conservaba todo su vigor y toda su crueldad para reaparecer de nuevo cualquier día y volver á subir al trono del Imperio.

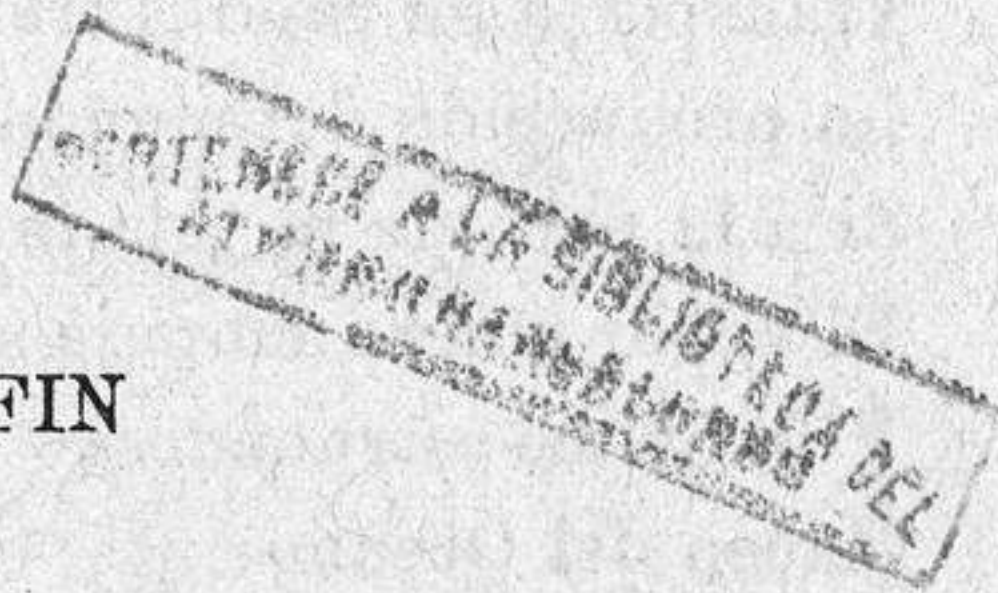
Aun hoy mismo, entre toda esa larga serie de Emperadores que sucesivamente han venido á añadir un monumento á

los monumentos de Roma, el más popular es Nerón. Todavía existen la casa de Nerón, los baños de Nerón, la torre de Nerón. En Bauli, un labrador me mostró, sin titubear, el lugar en que estaba situado el palacio de Nerón. En medio del golfo de Bayas, mis marineros se detuvieron exactamente en el sitio en que se abrió el trirreme preparado por Nerón, y de regreso á Roma, un campesino me condujo, por la misma vía Nomentana que siguió Nerón en su huída, directamente á la Serpentara; y entre las ruínas esparcidas por aquella magnífica llanura de Roma, toda sembrada de ellas, me obligó á reconocer el emplazamiento de la casa en que el Emperador se dió de puñaladas. Por fin, hasta el cochero que tenía en Florencia, en su ignorante devoción al recuerdo del último César, me dijo señalándome una ruína colocada á la derecha de la Stora á Roma:

—Esa es la tumba de Nerón.

Que explique ahora, quien pueda hacerlo, el olvido en que yacen, en los mismos lugares, los nombres de Tito y Marco Aurelio.

FIN



POETAS AMERICANOS

CANTO DE PAZ

Con motivo de la reunión del Congreso social y económico
hispanoamericano de 1900.

Si de la ciencia humana la osadía
Taladra las montañas,
Abriendo el túnel y la férrea vía
Construye en sus entrañas;
Si el progreso industrial de nuestro siglo,
Dé paz y bienestar numen fecundo,
Transporta en raudos trenes por doquiera,
La producción del mundo;
Si á la par que la vela temblorosa,
El vapor con su empuje soberano
Y la hélice estruendosa
Hacen del Oceano
Ancha senda gloriosa
Para el comercio humano;
Si el incesante tráfico
De nuestra edad—no sólo
De masas colosales
De frutos naturales,
De artefacta infinita mercancía,
Sino también de nobles ideales

Y esperanzas y amor y simpatía—
Es cual grandiosa feria
Que á la sombra de hermosos pabellones
A tierra y mares dice
El afán impaciente de progreso
Y de prosperidad de las naciones;
Si en el común anhelo
De cambiar los tesoros
De la industria fabril y fértil suelo
En ningún tiempo ha contemplado el mundo
Tanta humana labor, ni acumularon
Tal suma de riqueza,
Tales sueños de gloria y de grandeza
Los siglos que pasaron,
¿Qué extraño es hoy que, al recordar la gloria
De la común historia,
Avancen con el rumbo
Que el destino les traza
Y prorrumpen en gritos de entusiasmo
Y unión, que son cual grito de victoria,
Todos los pueblos de española raza? (1)
Brotan tan noble grito
De ingenuo afán, de aspiración sincera;
Repítenlo, á la par que de los Andes
La extensa cordillera,
Los cantábricos montes,

(1) Aunque haya países de raza española que, por antecedentes de todos conocidos y recientes acontecimientos históricos, es natural no se encuentren dispuestos, por ahora, á una aproximación á la madre patria, se nos perdonará la generalización que hacemos en este concepto y algunos otros del presente canto, en vista de lo proficuo, elevado y sincero de nuestro propósito. Debemos hacer esta salvedad, tanto más cuanto nos creemos vinculados á alguno de estos países por los lazos del corazón, país que mereció siempre nuestras más ardientes simpatías, y cuya independencia y felicidad han sido ideales de nuestra juventud.

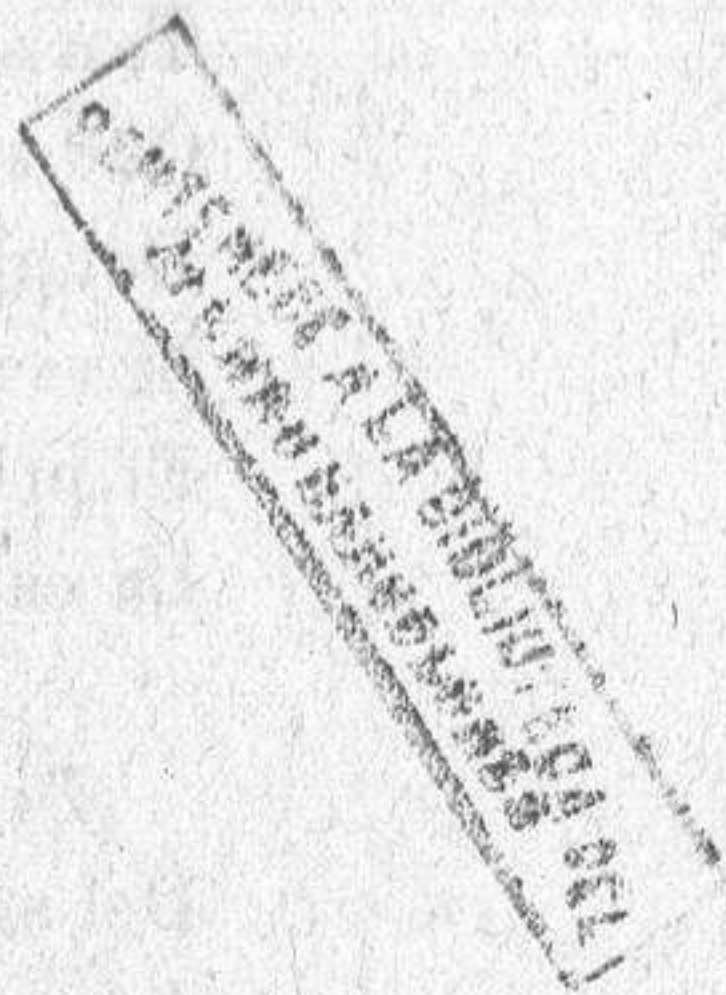
Y sus ecos confúndense cruzando
Del Atlántico mar los horizontes.

Soñó Alejandro el Grande, esclarecido
Conquistador — y ejemplo
Para la tierra aciago —
El imperio del Asia sometido
Al imperio de Grecia; soñó Roma
Con el de Europa unido
Al del Asia y Cartago;
Soñó sobre su frente
Gloriosa Carlo-Magno la tiara
Del imperio cristiano de Occidente;
Soñó la Media Luna,
Señora ya en Oriente,
Dueña casi del África, invasora
De la Europa, y osada y persistente,
Que entregaba á su brazo la fortuna
El cetro del antiguo continente;
Soñaron Carlos Quinto
Y Felipe Segundo
La corona del mundo;
Y en nuestro propio siglo
Soñó Napoleón, bajo su espada
Alzando tronos y dictando leyes
Ser el rey soberano de los reyes
De la Europa aterrada.
Todos lucharon sin cesar; de sangre
Inundaron la tierra sus legiones
Cubriendo con los lauros de la gloria
El duelo y la opresión de las naciones;
Mas ¿perduran sus triunfos? ¿Qué ha quedado
De su soñado y ambicioso empeño?
Lo que queda de sombras que han pasado,
Lo que queda de un sueño.

Y es que el poder nefando de la guerra
Suele fundar á veces en la tierra,
De unión falaz tras locas esperanzas,
Largas y resignadas servidumbres,
Soportadas alianzas,
Pero perpétuas no. La vengadora
Protesta al fin en los destinos pesa
De la inicua opresión; llega la hora
En que la alianza ó servidumbre cesa,
Y hundiendo á la opresora,
Dios salva siempre á la nación opresa.

No es esa unión, no es esa
Unión la que gozosos
Los hijos de la América española
Con viva fe anhelamos.
La unión á que aspiramos
Es la unión que se inspira en la alta mente
De la moderna edad, que entre los pueblos
Al propio arbitrio y la unidad concilia,
Y proclama la unión de las naciones
De una misma familia.

Dió el Portugal á su opulenta y vasta
Colonia de Occidente
Monarca de su propia dinastía,
Trono imperial y cetro independiente,
Y la paz secular, que los unía
Como á dos ramas de una estirpe sola,
Nada llegó á turbar. Mas si hubo un día
En que España y la América española
Con ciega é impertérrita porfía,
De encarnizada guerra en los horrores
Lucharon como extraños,
Olvidados están ya los rencores
De esa contienda impía;



Cual casi común gloria
La mutua heroicidad, la bizarría
Orgullo de su historia,
Tan sólo se recuerdan,
Que es noble patrimonio la hidalguía
Del genio castellano.
Si viviera Bolívar, hoy sería
El primero que á España estrecharía
La cariñosa mano.

¡Digna labor á la que el fin hermoso
Del siglo, enmedio de la paz, convida
A los hijos de España, en ambos mundos!
Dénla principio ya sabios patriotas
Y estadistas profundos;
Y que, al rayar mañana
La nueva aurora de los siglos, vea
Con fe perseverante acometida
Esta noble tarea:
La patria soberana
Con la patria común engrandecida.
Mas vele cautelosa la prudencia
Y no malogre empeño tan grandioso
Generosa impaciencia;
Con tenaz, lento afán unifiquemos
Las leyes que regulan
El comercio, las artes y la ciencia;
Protejan á la industria emprendedora,
De la riqueza de los pueblos clave,
Las leyes y los hechos;
Y corone nuestra obra redentora
La identidad sagrada
De civiles derechos.
Honor y ejemplo de la raza humana
Rindamos, á la vez, culto homenaje

Á nuestra fe cristiana;
Para arraigar sus venturosos dones
Ceguemos de la guerra los abismos,
Fundando el *arbitraje*
Como suprema ley de las naciones
Entre nosotros mismos.
Después... el santo culto de la patria
Que vive en nuestros pechos,
Espere el porvenir... ¡La fantasía
Extíngase en la mente,
Si es sólo sombra de esperanza vana!
¡Cuán prestigioso pabellón sería,
Con qué vivo esplendor irradiaría
El que al orbe dijera,
Junto á la patria nacional bandera:
«Yo soy la Unión Hispanoamericana!»

Cubierto con el polvo
Glorioso del pasado,
Reliquia á par que símbolo
Del porvenir soñado,
Recordaría por doquier al mundo
Que, árbitra de la paz y de la guerra,
Un día fuiste, España,
(¡Oh madre por el águila vencida,
Cuanto más desdichada, más querida!)
Señora de los mares y la tierra,
Y que así cual llevamos
Tanto valor y portentosa hazaña
De Pelayos y Cides,
En la memoria impresos,
Llevamos todavía
La savia de tu sangre en nuestra sangre
Y tu polvo en la cal de nuestros huesos.

¡Unión, peninsulares
De la región ibérica!

¡Unión, los que nacimos en los lares
De nuestra cara América!

De los dos mundos, como dos gigantes,
Despleguemos los brazos valerosos
Por sobre el Oceano
Hasta darnos la mano,
Y cambiemos un ósculo glorioso,
Que selle nuestra unión, estrepitoso,
Ante el género humano.

Nos lo gritan con eco clamoroso
Las tradiciones, el honor, la historia;
Unámonos, que, unidos,
A los anales de la propia patria
Daremos nueva gloria.

Unión, unión nos dice el de la ciencia,
Sabio numen profundo,

Unión las esperanzas
Del porvenir fecundo:

Unión, unión repite,
El mismo instinto popular que hoy traza
Nuevo destino al mundo

Al par que nuestros propios corazones.

¡Quién sabe si la unión de nuestra raza
Será en la edad futura

La universal concordia de los pueblos,
La unión universal de las naciones!

I. B. J.

Guatemala.

PRIMER CONGRESO NACIONAL

DEL PERIODISMO EN AMÉRICA

A la insistente curiosidad del ilustre octogenario, General Bartolomé Mitre, y á las asiduas exploraciones del autor de los *Orígenes del Arte de imprimir en la América Española*, Dr. Juan María Gutiérrez, de los no menos doctos Angel J. Carranza y Manuel Rodríguez Trelles, que, á par de Mitre, se empeñaron en esclarecer cuál fue *el primer libro impreso en Sud-América*, y, finalmente, del eximio bibliógrafo americano José T. Medina, que dió triunfante cima en 1893 á la *Historia y bibliografía de la imprenta en el Virreynato del Río de la Plata*, se debe la admirable precisión con que ya se conoce en qué tiempo y en qué forma apareció en aquellas espléndidas comarcas de la América Meridional, durante la civilizadora colonización española, el noble instrumento que, estrechando á los hombres por la seducción de las ideas, mantiene vivas y perennemente encendidas en sus espíritus las antorchas de la civilización.

El ilustre Mitre, al celebrarse en Buenos Aires el primer *Centenario de la prensa argentina*, el día 1.º de Abril del año actual, trazó, para el número extraordinario consagrado por *La Nación* á la exaltación de esta festividad, el cuadro sintético de los orígenes, vicisitudes y progresos de la imprenta en

el Río de la Plata, con la copia documentaria con que tales noticias se testifican y con la elevación de juicio que caracteriza un espíritu tan amplio como el que en él resplandece, sin que logren marchitarlo las fatigas de sus ochenta años cumplidos, en que más de sesenta se han empleado en útil, fecunda y sabia labor histórica, militar, crítica y literaria. Necesidad sentida por nuestras virtuosas y abnegadas misiones cristianas de los Padres de la Compañía de Jesús, desde la segunda mitad del siglo xvii; solicitud sustentada vehementemente por uno de estos pacíficos soldados de la civilización, el P. José Serrano, y por todos sus compañeros de profesión, cuando, traducido por él al idioma guaraní el libro *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno*, del P. Juan Eusebio de Nieremberg, todos deseaban, antes de 1694, se diese á la estampa, trayendo imprenta para el efecto y escribiendo al cabo, en 1699, al P. Alonso de Quirós, nuevo Procurador de Indias en Madrid, para que solicitara la licencia del Consejo; y por último, ímpetu enérgico y vivificador de la necesidad y del deseo juntamente para arrojarse á vencer por inspiración propia dificultades que, ni aun bajo la dirección de los maestros del arte tipográfico en Europa, hubiera sido fácil superar, como era la creación de los nuevos signos que imponía la naturaleza de los sonidos del idioma guaraní; en el mismo seno de la misión de *Las Doctrinas* improvisóse al cabo aquella imprenta cuya invención, considerada como milagro, «fue obra del dedo de Dios, tanto más admirable, cuanto que los instrumentos fueron unos pobres indios, nuevos en la fe», y más nuevos todavía en las diversas artes que se les sugirieron para disponer un mecanismo tan complicado y que totalmente les era desconocido.

De la existencia de la imprenta en las misiones jesuíticas del Paraná y el Uruguay, quedan documentos testificales de exploración, restos materiales preciosos, hoy recogidos en el Museo Nacional de Buenos Aires, y los incunables que empiezan con la obra del P. Nieremberg, que se ha indicado, tra-

ducida por el P. Serrano é impresa en 1705, en las Doctrinas, y el *Manuale ad usum Patrum Societatis Iesu*, que lo fue en Loreto (*Laureti*), en la margen oriental del Paraná en 1721, y continúan por el *Vocabulario de la lengua guaraní*, del Padre Antonio Ruiz, editado en 1722 en el pueblo de Santa María la Mayor; el *Arte de la lengua guaraní*, que el mismo Ruiz de Montoya sacó de los papeles del P. Simón Bandini y de otros, impreso en Santa María en 1724, y del mismo año y lugar la *Explicación del Catecismo*, de Nicolás Yupuguay, escrita en guaraní también bajo la dirección del P. Paulo Restivo, y terminan con los *Sermones y ejemplos*, del mismo Yupuguay, cuya impresión se hizo en el pueblo de San Francisco Javier en 1727, con cuyo libro, como el General Mitre escribe, acaba la bibliografía de la imprenta guaranítica conocida en el Río de la Plata. Mas si de esta imprenta se interrumpen los testimonios en 1727, y ya no vuelven á hallarse por muchos años vestigios de otros establecimientos de este arte en la vasta extensión de los afluentes del Río de Solís, en 1764 los directores del Colegio Máximo de Montserrat, fundado en 1685 por el P. Ignacio Duarte y Quirós, en Córdoba de Tucumán, y convertido en centro así del gobierno de la Compañía de Jesús como de sus estudios mayores, en poco tiempo se propusieron plantear una nueva imprenta legalmente, á semejanza de la que la Sociedad tenía en Ambato, término jurisdiccional de Quito, para sus publicaciones propias. Apenas obtenidas las licencias superiores para su instalación y aparecido el único libro que salió de su prensa, las *Laudationes quinque*, del fundador (1766), editadas por el P. Bernabé Echenique, promulgado ya en la Península el Decreto de Carlos III expulsando á los jesuítas de todos los dominios de este Rey, con secuestro y ocupación de sus bienes, la imprenta, juntamente con el Colegio convictorio, quedó en poder de los frailes franciscanos, que, lejos de utilizarla, la arrinconaron y dejaron dilapidar en gran parte: de modo que cuando en 1779 el Virrey de las provincias del Río de la Plata, D. Juan José

de Vertiz, teniendo noticia de su existencia, quiso asociarla á las empresas de notoria utilidad y de adelantos civilizadores que se debieron á las plausibles iniciativas de su espíritu y de su gobierno, restaurándola y poniéndola en estado de prestar eficaces servicios, á fin de que fuera una fuente más de los recursos de que dotó la institución de los Niños Expósitos, la imprenta no era más que un inmenso pastel de caracteres de estaño, que habían sido mermados para otros usos, y los demás enseres una ruina. Así y todo, trasladado á Buenos Aires, en una carreta de bueyes, como consigna el General Mitre, el pobre material que la componía, invertidas algunas sumas en su reparación y habilitación, el 21 de Noviembre de 1780 expidió Vertiz el decreto por el que se declaraba instalada para el servicio público con la denominación de *Real Imprenta de los Niños Expósitos*; y nombrando *impresor general y administrador* de ella á D. José de Siles y Aguiar, librero del Rey y bibliotecario del Colegio de San Carlos, le otorgó para fomentarla privilegio exclusivo para la impresión de las cartillas, catecismos, catones y demás libros para las escuelas, por término de diez años. Las utilidades de este establecimiento quedaron, sin embargo, á beneficio y para sostenimiento de la institución caritativa de quien tomó el título que se adjudicó á la imprenta.

Veinte años pasaron entre el restablecimiento definitivo de la imprenta que los *Niños Expósitos* de Buenos Aires heredaron de los Padres Jesuítas expulsos del Colegio Convictorio de Córdoba de Tucumán, antes de que á D. Francisco Antonio Cabello y Mesa, natural de la provincia de Extremadura, en la Península, Coronel del Regimiento provincial fronterizo de Infantería de Aragón, en los reinos del Perú, Protector general de los naturales de la frontera de Jauja y abogado de la Real Audiencia de Lima, incorporado por S. M. con los de su Real y Supremo Consejo de Castilla, se le ocurriera fundar en Buenos Aires el primer periódico que vió la luz pública en aquel ya opulento territorio, formado con la reunión político-

administrativa de las provincias de Buenos Aires, Montevideo, Paraguay, Salta y Córdoba del Tucumán, La Paz, Santa Cruz de la Sierra, Potosí y Chiquitos, provincias que á lo menos la independencia, posteriormente conquistada, y los tratados de vecindad y equilibrio han compartido en las cuatro entidades autónomas que hoy se llaman la Argentina, la Oriental, el Paraguay y Bolivia. Justo es conmemorar que los dos propulsores más eficaces que en los tiempos sucesivos había de tener la civilización cristiana, esto es, la imprenta y el periodismo, dádiva fueron á aquellas provincias hoy emancipadas é independientes de la colonización de la madre patria, que allá sostuvo en sus heróicas misiones los generosos conquistadores de las almas y allá envió administradores y gobernantes como Vertiz, á quien el ilustre General Mitre se complace en reconocer como el hombre de ideas más progresistas que rigió aquellas comarcas, desde que fueron constituídas en una nueva gobernación autónoma.

Fácil es comprender que ni aquella imprenta ni aquel periódico pudieron ser en su génesis sino ensayos infantiles de dos instrumentos que la sucesión del tiempo, las conquistas de las ideas y las necesidades de la vida moral y material, después que las conquistas de las ideas han transformado el mundo, han convertido en las palancas que le mueven en medio del espacio en que gira espléndido el planeta. Pero en aquellos gérmenes, casi informes y casi diminutos, se encerró ya desde un principio todo el amplio desarrollo de las empresas y de los adelantos del porvenir, como en la casi microscópica semilla del eucalipto se encierran todos los elementos vitales del árbol gallardo que rompe las nubes con su cimera y agobia el ambiente con su ramaje. ¡Qué! ¿Por ventura, para el mismo fundador del *Telégrafo mercantil, rural, político, económico é historiógrafo del Río de la Plata*, en 1801, Cabello y Mesa, aunque talento empírico y movido por el impulso de la imitación en presencia de las publicaciones periódicas que ya en la misma forma embrionaria se explotaban en Méjico, Gua-

t emala y el Perú, pasó enteramente inerte la recóndita intuición de que en aquel instrumento tosco que él formaba había grandes elementos de cultura, de progreso, de instrucción, de acción y de libertad? En el artículo que sirvió de introducción y prospecto al *Telégrafo Mercantil* de 1.º de Abril de 1801, las ideas reveladoras de sublimes tendencias se hallan esculpidas aquí y allá como en el precioso joyel del delicado aurífice se engarzan las piedras preciosas que completan la obra artística y aumentan el valor de la alhaja. Pondera el patriotismo, principio el más fecundo de grandiosos hechos, como soplo vivificador de la obra que emprende, y que, convertido en pasión, logra al cabo el éxito de sus fines. No considera el heroísmo, es decir, el triunfo de la fuerza bruta, como la única escuela del valor y del sacrificio por donde se han de encastrar las nobles acciones, y en las virtudes serenas que se dirigen á realizar con perseverancia un objeto plausible determinado, halla el caudal de las fuerzas que ya exigía la atención de todas las naciones para concurrir á las cruzadas de la gran evolución social que por todas partes se vislumbraba. Estaba persuadido que no se llegaba á ningún triunfo sin actos de oposición que tener que vencer, y sin enervaciones ni desfallecimientos creados por los obstáculos, con la vista puesta en lo que podía contribuir á la mayor ilustración, grandeza y prosperidad de las provincias á que dirigía sus trabajos, iba directo en solicitud de establecer *un nuevo plan de política*, pues que se encontraba en presencia *de un nuevo siglo*, en el cual creía que era deber de todos hacer de manera que los comunes esfuerzos no siguieran siendo *mirados con indiferencia en el globo*, que plumas audaces ofendiesen el mérito de aquellos pueblos y que el olvido condenara hasta á sus héroes á la obscuridad, dejando de inscribirlos en los Catálogos de la Historia.—«Yo mostraré á entrambos mundos—escribía Cabello y Mesa para los plateños de 1801—*que no sois, como dicen, árboles estériles, sino muy fecundos. Volverán los días de Saturno. Se esclarecerán vuestras antiguas y presentes glo-*

rias, y más hermosos que el sol de entre las nubes, saldréis en este periódico para ser admirados y envidiados de las gentes. Sí, ilustres compatriotas. Vamos al trabajo. Salga EL TELÉGRAFO y en breve establézcase la SOCIEDAD PATRIÓTICA, LITERARIA Y ECONÓMICA, que ha de adelantar las Ciencias, las Artes y aquel espíritu filosófico que analiza al hombre y lo inflama y hace deligente y útil. Fúndense ya nuevas escuelas; reglaméntese nuestra agricultura; siéntase en las provincias argentinas el espíritu de regeneración que ya colocan otras comarcas americanas, como Méjico y el Perú, á par de las más cultas, ricas é ilustradas de la iluminada Europa; y para lograr este fin, ayudadme todos ¡oh sabios argentinos! Un Gobierno sabio, acompañado de la virtud de la justicia, y en todo muy superior á mis elogios, conoce el mérito de este estudio y no se puede negar á protegerlo.» Este programa del primer periódico que vió la luz pública en las márgenes del Río de la Plata, bajo el Gobierno de los Virreyes de España, que lo consintieron y le dispensaron su protección, ¿no envolvía enteramente el programa de la libertad, el programa de la independencia, el programa de la prosperidad, el programa de la supremacía, el programa del porvenir? Realmente, si los promovedores del centenario de la fundación de *El Telégrafo Mercantil* han procedido con gran espíritu de justicia, realzando con su recuerdo el fasto esclarecido que estableció cuando fue fundado en 1801 por el Coronel y magistrado español Cabello y Mesa, á esta memoria apologética de la más noble de las tentativas civilizadoras de los últimos tiempos de la colonización se imponía otro homenaje de equidad. Buenos Aires levanta á la prensa un monumento insigne que está encargado á nuestro laureado Benlliure. En la cúspide de ese monumento debiera aparecer la figura de Cabello y Mesa, que no sólo dió á las provincias del Plata el primer documento de su moderno periodismo, sino que en él trazó el primer programa de su libertad.

Desde la fundación de *El Telégrafo Mercantil* en 1801

E. M.—Agosto 1901.

hasta la celebración de su primer centenario, si universalmente el periodismo ha encarnado toda la inmensa evolución que ha transformado el espíritu de la sociedad humana sobre todos los rincones del planeta, no en pocas partes ha llegado al estado de progreso en que se encuentra actualmente la prensa de habla castellana en la Argentina. El Dr. Estanislao S. Zevallos, con verdadero y legítimo orgullo nacional, ha proclamado que la prensa argentina ocupa el tercer lugar en la prensa del universo, siendo el primero el de la prensa británica y el segundo el de la prensa norteamericana, pues se nutre de grandes diarios que son verdaderas y eruditas enciclopedias de los hechos y de las ideas universales del día, y cuenta una circulación prodigiosa, siendo el pueblo argentino el que más lee en el mundo, después del pueblo inglés y del pueblo norteamericano. No ha sido este ímpetu de elevación producto, ni de la primera efervescencia de la creación, como cuando el coronel Cabello fundó *El Telégrafo Mercantil*, ó cuando más tarde apareció, á semejanza del *Semanario de Agricultura* que en Madrid se publicaba, redactado por Melón y los profesores del Jardín Botánico, el *Semanario de Agricultura* que Vieytes redactó en Buenos Aires, ni de la febril efervescencia que cuando las luchas de la emancipación se acaloraron, indujeron á Mariano Moreno á publicar la *Gaceta de Buenos Aires* y á Manuel Belgrano el *Correo del Comercio*, con los demás periódicos que dieron nombradía á López y Planas, Monteagudo, Luca, Lafinur y otros.

El periodismo argentino, durante los tres primeros cuartos de siglo del siglo XIX en que se creó, sufrió todas las oscilaciones de la accidentada vida de aquel país, no llegando á poseer siquiera una base sólida de existencia, hasta que acabó el período de sus sangrientas revoluciones y de sus sangrientas dictaduras y se dibujó en el horizonte la primera aurora de su ya prolongada y fecunda normalidad legal. ¿No trazó esta línea que establece estas diferencias el más importante de sus periódicos actuales, *La Nación*, cuando en 4 de Enero de 1870,

trocó por este nombre el antiguo de *La Nación Argentina*, que antes había llevado, y renovó el programa á que había de sujetar su conducta? «El nombre de este diario, escribía entonces, en sustitución del que le ha precedido, *La Nación*, reemplazando á *La Nación Argentina*, basta para señalar una transición, para cerrar una época y para señalar los nuevos horizontes de lo futuro. *La Nación Argentina* era un puesto de combate; *La Nación* será una tribuna de doctrina. Cuando los elementos dispersos y sin cohesión necesitaban ser reunidos y vigorizados; cuando la descomposición política fermentaba todavía con la levadura revolucionaria; cuando la Religión de la Patria antigua no tenía Apóstoles en el templo; cuando cada pueblo miraba tal vez su ruta en un punto distinto del horizonte, entonces la palabra de orden de los buenos ciudadanos era congregarse para trabajar por la unidad argentina, y entonces *La Nación Argentina* era una bandera, un programa y un arma de combate que respondían á una necesidad palpitante. Hoy el combate ha terminado, y estamos triunfantes en todas las cuestiones de organización nacional que han sido resueltas ó marchan en una vía de soluciones que no puede cambiar. La nacionalidad es un hecho y un derecho indestructibles, aceptados y aplaudidos por sus mismos adversarios de otro tiempo, que comprendiendo su error, son obreros de primera fila. La gran contienda está terminada. Hoy esos hechos y esos principios son comunes á todos los hombres y á todos los partidos. Todos tienen que defenderlos y ampararse de ellos. Los intereses sociales y políticos tienen que debatirse en un campo cerrado, cuya barrera, que es la constitución nacional, ningún partido pretende ni pretenderá salvar en adelante. La discusión de la prensa cambia, pues, de teatro y de medios. *La Nación*, pues, viene en su objeto y en su hora. Ella simboliza la obra cumplida y la labor futura. *La Nación* será una propaganda. La pluma del escritor no será ya, porque no se necesita, la espada del combatiente. *La Nación* huye y condena los programas negativos, y por lo tanto,

infecundos. La Constitución, que es el derecho de todos, de pueblos y de gobiernos, es nuestra Biblia. Hacia los nuevos horizontes que se abren hoy ante los publicistas y los hombres de Estado, están trazadas las rutas ciertas del porvenir.» Este programa fue tan fecundo, que en él se funda el éxito actual de *La Nación*. No se ha parado en él. *La Nación* siempre, desde que trazó este programa, ha caminado con el espíritu del interés y del pueblo argentino; por eso, como complemento del programa de 1870, vino el 1.º de Enero de 1899 su brillante exposición de *El pensamiento argentino*, y en esta síntesis sublime de esperanza común, las columnas de *La Nación* se vieron asistidas de la cooperación insigne de todas las fuerzas vivas de la opinión, de la inteligencia, de las facultades especiales, de los medios todos de la sociedad, acusando en feliz connivencia á donde va, á donde se dirige el espíritu nacional de la República. ¿No ha de ser hoy *La Nación*, en su vasta enciclopedia al día, el mayor propulsor de la sociedad argentina, á quien todo el mundo lee, en el que todo el mundo estudia y en el que todo el mundo se inspira? *La Nación* basta para designar á la prensa de Buenos Aires, como Zevallos ha dicho, el tercer puesto en la prensa universal.

En la misma línea, y con idénticos impulsos, se desarrolló *La Prensa*, fundada por el Dr. Paz, como expresión del alma moderna argentina, y en emulación con las más brillantes publicaciones periodísticas de Inglaterra y de los Estados Unidos, pues ni aun en Alemania existe periódico alguno que le pueda competir. *La Prensa*, como *La Nación*, consta ordinariamente de cuatro hojas en gran folio, de á siete columnas cada una de composición, en letra de ocho puntos en el texto, y aún más pequeña en ciertas secciones y en los anuncios. Con más frecuencia que *La Nación*, aumenta estas cuatro hojas en cinco, en seis, en ocho, y ha publicado números extraordinarios de veinticuatro y hasta de treinta y dos páginas. El importe sólo del papel en que se imprime, asciende anualmente á millón y medio de pesetas. Su servicio tele-

gráfico, propio suyo, del mismo modo que el de *La Nación*, da al día el movimiento particular de todos los hechos interesantes del universo, con tal precisión y celeridad, que no sólo, á consecuencia del adelanto de horas del meridiano de Buenos Aires, ofrece todas las mañanas, al aparecer, el extracto telegráfico de la mayor parte de la prensa del mismo día en las capitales principales de Europa, sino que en ciertas noticias de gran sensación se ha adelantado en publicarlas á los periódicos de Berlín y de París, y sólo en simultaneidad uniforme con los de Londres y Nueva York. Por ejemplo, cuando ocurrió la trágica muerte del Rey Humberto de Italia, la noticia telegráfica llegó á *La Nación* y *La Prensa*, de Buenos Aires, cuatro horas después del horrible asesinato, cuando en París no se supo, por *L'Eclair* y *L'Evenement*, hasta ocho horas después; la muerte de la Reina Victoria de Inglaterra llegó á Buenos Aires á las tres y cuarenta y cinco minutos de la tarde del día en que ocurrió, y á París no llegó hasta después de las siete de aquella noche. Las correspondencias escritas que los corresponsales, así de *La Nación* como de *La Prensa*, dirigen por los correos, y que comprenden la enciclopedia histórica, científica, literaria, artística, y de cuantos hechos sociales pueden interesar en todo el vasto ámbito de la humanidad, redactada al día, están encomendadas á los escritores más insignes de todas las hablas cultas, principalmente de Europa. De uno y otro periódico fue corresponsal asiduo nuestro ilustre Castelar; de *La Nación* lo fue Trueba, Valera, Unamuno y la Sra. Pardo Bazán; de *La Prensa* lo es Núñez de Arce. La balanza del siglo XIX se hizo, en número especial de *La Nación*, por Remy de Gourmort, Miguel de Unamuno, Teodor de Wizewa, Paolo Mantegaza, W. Schimper, Sidney Low, Henri Fouquier, Max Nordau, José S. Decoud (Paraguay), Luis Orrego Luco (Chile), Aníbal Latino, Roberto J. Payró, Víctor Arreguine, Juan Mitre de Vedia, A. Subercassaux, Paul Hervieu, G. Rovetta, Juan Rameau, Emilia Pardo Bazán, Otto Miguel Croise y Manuel García de Prada.

Con todo, ésta es la mínima parte de su extensa y sabia colaboración. En cuanto á *La Prensa*, sólo en el mundo intelectual de París cuenta como corresponsales asiduos á Henry Houssaye, Jules Lemaitre, François Coppée, Gastón Jallivet, Marcel Prevost y François de Nion. En el palacio consagrado en Buenos Aires á las dependencias todas de *La Prensa*, once ascensores funcionan de continuo, y á veces vertiginosamente. El edificio espléndido se halla coronado por un faro, cuyo servicio permanente lo presta á la navegación del Plata, y á la vez, por medio de luces y signos convenidos, anuncia á la población de la gran ciudad los sucesos que el público espera con mayor impaciencia ó que le informan de algún acontecimiento profundamente sensacional. En la misma torre tienen sus oficinas los encargados del Observatorio meteorológico especial, que *La Prensa* tiene también instalado allí. El hotel de *La Prensa*, además, tiene su sección particular de beneficencia pública. Una de estas oficinas está constituída por una consulta jurídica permanente y gratuita, en provecho de los pleiteantes pobres; otra es un gabinete de consultas médicas y quirúrgicas, servidas por doce profesores con sus respectivos ayudantes, y en cuyas operaciones, también gratuitas, se emplean todos los adelantos últimos de la ciencia, la electroterapia, los rayos Roentgen, etc. La más concurrida de estas oficinas populares y gratuitas que *La Prensa* sostiene y costea en su propio domicilio profesional y artístico, es una biblioteca riquísima, sobre todo en obras de todo género de conocimientos y ciencias de aplicación, á la que están adjuntos un gabinete de química agrícola é industrial, un museo comercial ú otras dependencias de análogo interés. El hotel de *La Prensa*, de Buenos Aires, mantiene á la vez varias escuelas, así elementales como profesionales, á las que asisten de ordinario más de mil doscientos alumnos. Todo esto sin contar las frecuentes Exposiciones parciales de productos de la agricultura y de la industria argentinas que en él se celebran; las conferencias públicas sobre problemas sociológicos, económicos,

científicos, literarios, que en sus espléndidos salones se dan, sin los conciertos y actos de protección para algún artista, y hasta sin las representaciones teatrales que tienen lugar dentro de su edificio.

Donde existe una prensa á esta altura constituída; donde con *La Nación* y *La Prensa* alternan, no sólo otros periódicos de la importancia de *La Tribuna*, *El Tiempo*, *El País*, *El Pueblo*, etc., y no sólo estos periódicos esencialmente nacionales y escritos en el idioma que es también nacional, sino otros que lo están en casi todas las lenguas de las numerosas colonias europeas que forman parte de la población, italianos, alemanes, franceses, ingleses, etc., y, como complemento de toda esta fiebre de publicidad, la numerosa prensa de los Estados y provincias de la próspera República, era natural que, al celebrarse en Abril último el primer centenario de la fundación del primer periódico que vió la luz en las márgenes del Plata, un sentimiento de aprecio común tratara de proponer una ampliación de festividad tan generosa en la promoción de un gran Congreso de la prensa nacional en el actual grado de perfección en que se encuentra. La iniciativa de este Congreso públicamente se ha dicho, en uno de sus actos, que fue del Director de *El Tiempo*, de Buenos Aires, D. Carlos Vega Belgrano, el cual también expuso, como espíritu generador y práctico de él, las dos bases que ennoblecían sus propósitos: la unión fraternal de todos los periodistas de la República y la solidaridad común en el estímulo á la cultura nacional, encarnada en la prensa. La Argentina se va formando á pasos acelerados una gran nación de gran aliento, y en medio de aquella sociedad, que en su conjunto ofrece todavía la pintoresca confusión de tantas lenguas, de tantas razas, de tantas familias humanas, conglomeradas allí á impulsos de un destino irrefragable, despiértase con tal vigor el sentimiento de aquella patria común, que puede decirse que en ninguna otra parte del mundo alborea más espléndida y más ardiente la aurora de un nuevo patriotismo. Heredada, ya por la cuna

ó admitida por la elección, esta patria que amanece, por los que han nacido en su suelo ó por los que la han buscado en las luchas por la existencia, allí el patriotismo se va formando en ímpetus de una adhesión que es como el fanatismo de una nueva fe. Todo en este patriotismo adolescente vibra entusiasmo, y las emociones de la vida nacional se comunican á las colectividades con tal pasión, que desde luego se insinúan en corrientes de una uniformidad admirable de pensamiento y acción. Formulada la idea de la celebración del Congreso, admitida en toda la extensión de su objeto, no fue preciso, como en las viejas sociedades de Europa, buscar los comparas de la idea en esa muchedumbre hambrienta de figurar y cobrar sus apanages, que en todas las capitales de este viejo mundo pulula, ignorante de todo, inconsciente de todo, sin instrucción, sin ideas, sin otro sentimiento en lo recóndito del corazón que colocarse bien siempre en línea para alargar la mano á la distribución de los honores, á las postulaciones del lucro y á las satisfacciones de la vanidad. Desde que la idea de un primer Congreso de la prensa argentina fué á herir las almas de todas aquellas multitudes inteligentes, cuyo pensamiento se cifra en la glorificación del nombre de la patria, el eco de tan grata proposición resonó unísono en toda la vasta cuenca del Plata, y mientras en la capital federal se hacían los debidos preparativos, de todas las provincias llegaban las adhesiones activas, hasta el punto de que el día solemne de la inauguración, en Buenos Aires, se habían inscripto 99 periodistas locales y 65 en las provincias (1).

La adhesión del General Bartolomé Mitre promovió nuevo

(1) Los nombres de los miembros del Congreso, son los siguientes:

DE BUENOS AIRES

Abeille (L.)
 Alvarez (A.)
 Alvarez (J. S.)
 Arévalo (M. A.)
 Argerich (J.)
 Artal (A.)
 Artal (J.)

Azqueta (J.)
 Barreira (P.)
 Beccar (C.)
 Bonatti (H.)
 Burel (Pedro).
 Cabezón (J. M.)
 Campos (J.)

Carlés (M.)
 Carrasco (G.)
 Casanave (J.)
 Casellas (Enrique).
 Castillo (B. del).
 Cebils (F. P.)
 Chamordie (E.)

entusiasmo. Mitre es la primera figura intelectual de la República Argentina, á la vez que es el decano de su ejército y de sus hombres de Estado. En Mitre, cuya vida toda se ha con-

Cittadini (Basilio).	Lugo (De).	Pellicer (E.)
Codino (E.)	Maggi (A.)	Pico del Cerro (A.)
Conte Mac-Donell (F.)	Mangudo (E.)	Piñero (O. M.)
Corbellini (E. I.)	Manzanares (R.)	Praprotnick (J.)
Correa (M. I.)	Mañen (J. J.)	Quesada (Ernesto).
Costa (P. della).	Martínez (Juan C.)	Ramilo (A.)
Dávila (A. E.)	Massa (A. H.)	Reis (C. dos).
Decoud (D.)	Massaut (J. F.)	Reyes (Nicolás).
Diatto (I.)	Matto de Fournell (Carolina).	Ruiz Dominguez (C.)
Dura (F.)	Menéndez Novello (J.)	Saavedra (O.)
Eizaguirre (Manuel).	Mitre (General Bmé.)	Salto (J. J.)
Estrada (A.)	Molitt (A.)	Sarmiento (Tomás).
Ferreira (A.)	Moscardi (J. F.)	Saravi (Pastor R.)
Frankenberg (I. D.)	<i>Nación (La).</i>	Serna (J. de la).
Fusoni (J.)	Nelson (E. M.)	Surrá (B.)
Gache (A. I.)	Nervión (Juana M. de).	Varas (J.)
Gálvez hijo (M.)	Noé (E. C.)	Vedia (A. de).
Ghigliani (A.)	Núñez (J.)	Vedia (M. de).
Giovannitti (V.)	Oliver (M. M.)	Vega Belgrano (C.)
Gori (C. P.)	Ottolenghi (S.)	Vianello (S.)
Ingenieros (J.)	Outtes (I. I.)	Villanova Sáenz (I.)
Kichner (E.)	Parborell (R. F.)	Weigel Muñoz (E.)
Kohn (Enrique).	Payró (Roberto J.)	Weinberg (C.)
Leguina (E.)	Paz Soldán (J. Pedro).	Zevallos (E.)
Lix Klett (C.)	Pearson (J. R.)	Zorrilla (M. M.)
López (Heriberto José).	Pellaro (E.)	
López Benedito (F.)		

DE LAS PROVINCIAS DEL INTERIOR, POR SÍ Ó EN REPRESENTACIÓN:

Alla (F. S.)	Esteves (M. F.)	Panelo (F.)
Alsina (A. A.)	Fernández (M.)	Passaponti (R.)
Alsina (D. E.)	Font (Ricardo).	Pereyra (M.)
Argüello (J.)	Forgues Artigas (J.)	Perna (A.)
Arias (P. N.)	García (P.)	Pinto (A. I.)
Avellaneda (F. N.)	García Fdez. (J. M.)	Pizarro (R. M.)
Bazzano (S.)	Garzón hijo (M.)	Rojas (R.)
Beccar Varela (A.)	Guillón (D.)	Rosenvald (S. M.)
Blanco (Juana E.)	Haurigot (C.)	Sáenz Prudent (C.)
Blancoflores (R.)	Hervás (M.)	Salazar (J. M.)
Bonaparte (L.)	Insúa (N.)	Seiffer (O.)
Burgos (T. M.)	Lara (V. A.)	Silva (J. J.)
Calle (A.)	Leguizamon (G.)	Teisaire (E.)
Campuzano (C. C.)	Llanos (J.)	Torres (J. G.)
Canosa M. (H.)	Maldonado (F.)	Ulsina (S.)
Caracoche (P.)	Méndez Caldera (A.)	Vázquez Barreyro (F.)
Cárdenas (E. M.)	Naso (J. D.)	Vedia y Mitre (M. de).
Chaus (M. C.)	Neira (J. M.)	Vega Segovia (M.)
Croze (E. Della).	Niño (J. M.)	Viano (J. M.)
Díaz Martín (A.)	Oyhanarte (María H. de).	Videla Quiroga (C.)
Díez Gómez (D.)	Palacios (F.)	Zanetta (A.)
Dutter (D.)		Zapata (R. M.)

REPRODUCCIÓN A LA BIBLIOTECA NACIONAL DE LA ARGENTINA
 120 927

sagrado á la pacificación moral, al progreso civil y al engrandecimiento político de su patria, puede decirse que á sus ochenta años de edad se concentra poderosamente todo el alma argentina. Su avanzada edad no ha deprimido, ni su vigor físico, ni la fuerza é inspiración de su inteligencia. Más que un hombre, Mitre es para el alma argentina un monumento; más que un monumento, un altar. A donde Mitre se inclina, de aquella parte se inclina el alma nacional. Pero en esta ocasión, Mitre, que ocupa el más elevado rango en el ejército argentino, que ha ocupado el alto sitio de los Presidentes de la República, y está como incautada en él la Presidencia del Senado; Mitre, cuya fecundidad intelectual ha enriquecido la literatura patria con las juveniles inspiraciones de la lira, con las profundas enseñanzas de la Historia y con el alto magisterio de las ciencias sociales ó políticas, es en el periodismo argentino el decano también, pues gran parte de sus contiendas cívicas en los años de actividad y combate que consagró al triunfo de los ideales, que con gloria común ha visto convertidos en su patria en los brillantes éxitos de su feliz actualidad, fue sostenida en la ciudad con la pluma, como en los campos con la espada, sirviéndole de palenque la ardiente arena del periodismo polémico. El General Mitre no podía mirar sino con una profunda simpatía esta espontánea moción de la prensa. En los tiempos en que él batalló, el régimen del periodismo, hasta en los países más libres, estaba sujeto á la tutela del Estado, en tal forma, que el Estado lo modelaba al tenor de las ligaduras de su legislación especial. El progreso de las ideas, del tiempo y de la jurisprudencia, estas ligaduras las fue limando, hasta entregar la policía del periodismo á la jurisprudencia común y al Código común de las leyes. La prensa, ya libre de tutelas, por sí misma se organiza bajo el ambiente de la libertad. Ella misma se crea las limitaciones que le impone la conciencia de su deber. Ella misma se estimula para abrirse los horizontes de su capacidad y establecer los cánones de su moralidad como instrumento de eficacia so-

cial. Ella, en fin, se congrega, no para dejar establecida entre sí la punible solidaridad de la irresponsabilidad, sino para delinear bien el camino que han de esclarecer las prescripciones del deber y el sentimiento del honor. Este progreso efectivo es el que marca el carácter del Congreso de la prensa argentina, y por este carácter es por lo que, desde el primer momento, obtuvo la adhesión personal del ilustre veterano del periodismo, de la milicia, de la política y de las letras, General Mitre.

Una reunión preparatoria, verificada en los salones de la Sociedad Rural de Buenos Aires el día 26 de Mayo, completó los preparativos orgánicos de la reunión, procediendo á formar una Mesa directiva de las sesiones y á individualizar las comisiones que habían de entender en la admisión y distribución de los trabajos. Esta Mesa interina la presidió el primer Vicepresidente del *Círculo de la Prensa* de la capital, Doctor Cittadini, y como en la Argentina, como en toda sociedad juvenil, el ansia de hablar todavía inspira demasiado abundantemente la palabra, ya se dieron algunos toques prematuros sobre la importancia de una reunión que congregaba é identificaba en pensamientos y emociones comunes á todos los factores de la cultura nacional de la República, amigos y adversarios, ancianos y jóvenes, los que en sus propias personas y trabajos compendiaban las vicisitudes y la evolución del periodismo en los últimos veinte años y los que acababan de entrar en la vida que el periodismo ofrece de continua lucha, de continua tensión intelectual, de generosos entusiasmos y de profundos desalientos. En este discurso del Dr. Basilio Cittadini sólo hubo una nota digna de ser consignada: la de que, como ya se ha dicho, la iniciativa fecunda del acto, enteramente era debida al director de *El Tiempo*, D. Carlos Vega Belgrano, persona que á las cualidades que le encumbran, reúne la de ser en el periodismo argentino el más fiel representante de su primitiva significación, como heredero directo de aquel General, escritor, estadista, Manuel Belgrano, cuyo nombre es una de las más culminantes glorias de la joven na-

cionalidad, y á quien se considera como el precursor de la prensa moderna. La elección de cargos que inmediatamente se hizo, llevó á la Presidencia del Congreso al Dr. Estanislao Zevallos, una de las más legítimas reputaciones científicas del país; á las vicepresidencias, al citado Carlos Vega Belgrano, Mariano de Vedia y Mitre y Alberto I. Gache, este último Presidente del Círculo de la Prensa, y los anteriores, directores respectivos de *El Tiempo* y de *La Nación*. Respecto á las comisiones del Congreso, también quedaron competentemente constituídas la de cuestiones económicas, la de cuestiones profesionales, la de cuestiones morales, etc., cada una de las cuales tuvo, desde luego, que emplearse en el examen de las numerosas proposiciones de temas que se habían presentado.

Llámesese ó no la prensa como en los tiempos en que nuestro ilustre Castelar tenía en ella su cátedra de propaganda de su apostolado democrático, *el cuarto poder del Estado*, la experiencia acredita que es el primero, puesto que á él se le ven rendir parias á todos los poderes establecidos. Los tronos afirman en ella su autoridad; los supremos magistrados de los Estados constituídos en República, en sus elogios fundan sus prestigios; los poderes representativos y los poderes ministeriales la buscan como palanca de la opinión; en ella se despliegan las guerrillas de la habilidad para tantear las fuerzas respectivas en las contiendas internacionales del derecho ó de la ambición en que interviene la diplomacia; todos los poderes, todos los intereses, todos los derechos solicitan de su cooperación el ambiente de la publicidad, y la gloria y el lucro se disputan á sus plantas su favor. ¿Cómo á la inauguración solemne del Congreso de la prensa argentina habían de dejar de concurrir en presencia todos estos poderes y todos estos intereses? El Gobierno argentino se representó en ella por sus Ministros: Jofre, del Interior; Richeri, de la Guerra; Betveder, de Marina, y Magnasco, de Instrucción Pública; la Municipalidad, por su Intendente interino, Zorrilla, y hubo altos funcionarios, ilustraciones en todas las esferas del saber y represen-

tantes del Cuerpo diplomático. Es decir, que el Congreso se inauguró, aunque acto particular, con la ostentación verdadera de un acto nacional. No faltaron adhesiones: de Madrid, se habían anteriormente consignado en las columnas de *La Época*; Barcelona las comunicó por telégrafo, y por telégrafo llegaron las de Chile, el Brasil y las demás Repúblicas fronterizas. En las dobles sesiones diarias que se verificaron del 27 al 30 de Mayo, abundaron los temas de discusión y las proposiciones de acuerdos, hasta el punto de que la sesuda *Nación* estimó que se daba excesiva extensión á la elocuencia. En el momento de la inauguración, Gache, que presidía, saludando las delegaciones de las provincias, decía:—«El espectáculo que ofrece esta sala, es nuevo en la República Argentina. Hemos recibido la visita de los distinguidos delegados que han llegado de lejanos pueblos de América, atraídos por la fama de nuestros progresos, revelados en concursos y exposiciones que desde 1872 el país viene celebrando. Hemos convocado un Congreso científico con asiento en Buenos Aires, para mostrar al mundo el balance de nuestra existencia intelectual. Hemos reunido recientemente una Asamblea pedagógica para concernos á nosotros mismos en lo que somos como depositarios del tesoro de la infancia estudiosa. Como pueblo joven y vigoroso, enseñamos con orgullo las producciones de nuestra naciente industria y las del suelo, que son maravillosas. Ante el soplo vigorizador que alienta las manifestaciones del organismo nacional, nuestro amor propio se siente halagado; todo se transforma por efecto de la rápida asimilación de la vida moderna, y la aldea en cuyas calles abrían surcos veinte años atrás las ruedas de las carretas, desaparece ante el tranvía eléctrico que atraviesa la población, y cede su lugar á los palacios, plazas y avenidas, que dan carácter especial al centro más importante de la América latina. Nuestros Museos encierran riquezas que los sabios estiman. El arte empieza á despertar, y sus primeros pasos sirven ya para demostrar la robustez de nuestro genio. La producción bibliográfica es hala-

gadora, y algunos de nuestros libros pasan los lindes patrios. La instrucción pública se difunde más y más hasta en los apartados rincones de la campaña. Nuestros medios de defensa son poderosos; nuestras naves de guerra representan los tipos más modernos, nos dan una fuerza militar efectiva, y todo contribuye á exhibirnos ante el mundo sosteniendo el cetro del progreso en esta parte de América. La hegemonía argentina no se discute; está asentada sobre bases sólidas, y cinco millones de hombres la defienden. He ahí el momento actual: él es el resultado de noventa años de vida independiente, en cuyo transcurso hemos puesto en juego todos los resortes que la civilización acumulada de los siglos ha hecho llegar hasta nosotros. En medio de tanta actividad, de tanto movimiento que condensa las alegrías, las tristezas, los desfallecimientos y las esperanzas del pueblo, la prensa reclama su puesto preminente en el gran festín que marca la hora suprema de nuestra ascensión hacia los destinos que para la patria presintió el genio de Moreno y Rivadavia. Bien venidos seais vosotros, señores delegados de la prensa argentina, que llegais á nuestra ciudad para traernos el eco de la simpatía de nuestros hermanos de las provincias, y que habéis venido impulsados por un alto sentimiento de solidaridad, respondiendo al llamamiento que el Círculo de la Prensa os hiciera con el objeto de conocernos, estrecharnos, vincularnos más en la obra del progreso argentino, para que cobrando nuevas fuerzas y aunando más nuestras aspiraciones, pueda la prensa ser en el tiempo lo que siempre debió ser el primer Ministro de la opinión, el lazo de unión entre todos los hombres de pensamiento.»

La generación de la prensa argentina, desde que empezaron las luchas de la independencia, se describía en la bella peroración de Gache con pinceladas como las siguientes: «Las ideas de patria libre é independiente se insinuaban entre los hombres que nos dirigían; entre ellos, dos de extraordinario valer, señalados por la Providencia para guiar al pueblo en sus primeros pasos, iniciaron por la prensa su campaña contra

el poder despótico. Mariano Moreno, desde la *Gaceta de Buenos Aires*, y Manuel Belgrano, al frente del periódico *Correo de Comercio*, inundaron lo que hasta entonces era colonia española, del espíritu de la libertad que más tarde conquistaron con el esfuerzo de su brazo. La lucha por la independencia que revelaba desde sus comienzos hombres como San Martín, Las Heras, Guido, Pueyrredón, Alvear, Lavalle, etc., despertó igualmente la pasión de la propaganda por la prensa en favor de la libertad naciente; y al lado de Moreno, que con su calor comunicativo hacía adeptos en todos los momentos, brillaban los geniales chispazos de Vicente López y Planes, Monteagudo, Luca, Lafinur y otros. El triunfo de la causa revolucionaria aumentó la falange de los hombres de pensamiento, que en la prensa preparaban la constitución definitiva del Gobierno; pero la barbarie que desde 1829 se entronizó bajo el gobierno personal de Rozas, amordazó la prensa y pretendió matar las ideas. Con la aurora de Caseros resurgió la libertad de pensar, y la prensa conquistó sus derechos. ¡Ah!, señores, el renacimiento de las libertades nacionales no fue la obra exclusiva de las armas: Sarmiento, López, Mitre, Varela, Alsina, Tejedor, Alberdi, Gutiérrez, Barros Pazos y la pléyade de patricios emigrados en Montevideo, Chile, Perú y el Ecuador, no sólo fueron los precursores de la cruzada libertadora, felizmente terminada el 3 de Febrero de 1852, sino que la llevaron hasta sus últimos límites, poniendo á contribución sus talentos y sus virtudes, su acción patriótica y civilizadora, desde las columnas de los diarios, en los cuales continuaron dirigiendo la opinión y el curso de los acontecimientos. La República Argentina tenía el Gobierno que había querido darse; pero era necesario constituir la sobre bases estables. La prensa nacional estaba empeñada en una gran campaña, cuyas proyecciones tenían dos objetivos principales: hacer desaparecer los últimos restos de las antiguas rencillas entre la familia argentina y evitar la prepotencia del caudillaje que en el interior levantaba el trapo colorado. Después de cincuenta

años de labor y de lucha, palpamos hoy los resultados: la nación se siente fuerte y se engrandece cada día. ¡Honor á los vencedores! ¡Honor y gloria para los luchadores que nos legaron esta obra preciosa de la cultura nacional, que hoy exhibimos como muestra de nuestros progresos! Evoquemos la memoria de Vélez Sársfield, Sarmiento, J. C. Gómez, Piñero, Chassaing, Avellaneda, Andrade, del Valle, Estrada, Goyena, Achaval, Rodríguez, Lucio V. López, heraldos del pensamiento, que con la luz de su ingenio contribuyeron á consolidar las instituciones patrias y dieron carácter y rumbos al alma nacional. Su obra vive y vivirá en las palpitaciones de la opinión argentina, que no se equivoca al entregar sus nombres al agradecimiento patriótico de las generaciones futuras.»

A ninguna nación pueden negarse los títulos en que cimienta sus glorias, y los recuerdos de Gache eran muy oportunos allí donde los horizontes que se iban á bosquejar de una nueva vida para la prensa, debían verse presididos por tradiciones que al alma argentina serán siempre estímulo para el vigor con que desarrolla en todas las esferas su robusta nacionalidad.

Cuando tras la sesión inaugural se reanudó la de los trabajos especiales del Congreso y el Dr. Zevallos substituyó á Gache en la Presidencia á fin de dirigirlos, Vega Belgrano apoyó una proposición para declarar que en el orden de las ideas generales, y en un sentido abstracto respecto á la sociedad, el papel de la prensa debe ser dirigente, sin limitarse á ser el trasunto fiel ó espejo de esta misma sociedad: y como síntesis de sus ideas, las formuló en estas dos conclusiones: 1.^a La prensa debe dirigir y no reflejar la sociedad. 2.^a La prensa nacional debe combinar en sus columnas la información con la doctrina. Realmente, sobre el segundo inciso nada hay que decir, y este es, en todo el mundo culto, el papel que el periodismo desempeña; es decir, primero, el de informar con verdad, con precisión y con abundancia de noticias; segundo, criticar, juzgar y hasta dogmatizar en cuanto á ciencias políticas y so-

ciológicas atañe. Mas el primer punto no puede ser enteramente admitido. El papel dirigente de las sociedades es atributo esencial de los poderes que las rigen. Estos poseen todos los medios del conocimiento interior de todas las cosas públicas que á la industria particular, por diligente que sea, no puede llegar nunca en toda su extensión y verdad; ellos poseen además todos los instrumentos que hacen universal, uniforme y equitativamente la eficacia social de su dirección. Esta dirección debe ser personal, y el periodismo no tiene personalidad; tiene que ser ejecutiva, y el periodismo carece de acción; tiene que ir unida á una estrecha responsabilidad, y el periodismo es siempre irresponsable. Con que el periodismo refleje la sociedad; con que juzgue de los fenómenos sociales, para contribuir á su reglamentación en el terreno de lo ideal y de lo abstracto, cumple bastante su destino: lo demás sería entregar á una entidad que no es un poder lo que son únicamente atributos esenciales del poder.

De estos proyectos utópicos no han faltado temas y conclusiones propuestas, á pesar del gran número de las que rechazaron las comisiones constituídas y cuya lectura se prohibió. Una joven congresista, la señora Juana E. Blanco, tocada de la manía del humanitarismo, que tantas veces se confunde con las ideas de la verdadera caridad, pidió que el Congreso declarara que «la prensa argentina vería con placer que ella fuera la que promoviese una ley de protección para la infancia, procurando dar al niño una educación práctica para la vida». Las leyes de la Beneficencia en ninguna parte coartan la iniciativa de los particulares, ni la iniciativa de las corporaciones que quieren fundar, establecer y aun dirigir establecimientos de caridad. Casi todos los Estados del mundo la practican y sostienen institutos múltiples para aplicar y extender sus beneficios, y la dirección de la infancia asilada en ellos está constituída minuciosamente por la plausible tendencia de educarla de esa manera práctica para la vida que la señora Blanco quería convertir en atributo exclusivo de la

prensa. En Buenos Aires mismo ya se ha citado el ejemplo del periódico *La Prensa*, que á sus expensas costea la educación moral, intelectual y práctica de los mil doscientos niños que protege. La prensa, como colectividad, no puede encargarse de nada que salga fuera de los límites de su acción positiva y legal.

Una proposición presentó el Sr. Carlés y apoyó el Sr. Payró, que tiene indudable importancia, sobre las relaciones de derecho entre las empresas de los periódicos y los periodistas. Realmente, esta cuestión se aproxima bastante á las ideas universales que ponen en boga los problemas del socialismo, y analizada bien, sólo incluye una cuestión desnuda entre el capital y el trabajo. La fórmula de esta proposición, cuya conclusión fue aprobada, es la siguiente:—«El Congreso aspira á que las empresas de diarios se constituyan en sociedades accidentales y en participación entre todos los periodistas que formen las redacciones de los diarios, en las formas, bajo la protección de intereses y con las condiciones que estipulen los interesados.» — Esta proposición no es enteramente original, ni siquiera exclusivamente americana; pues en los mismos términos se ha formulado ya por el Presidente de la *Asociación de la Prensa*, de Roma, y se ha sometido al estudio del Ministro del Gobierno italiano, que en estos momentos informa sobre la nueva legislación de las reformas sociales.

La última proposición que se expuso y aprobó en la primera sesión del Congreso, fue la del Sr. Luis Bonaparte, concebida en estos términos:— «La misión y solidaridad de la prensa de la República en el sentido de radicar la presteza de las instituciones por medio de la propaganda, es una necesidad patriótica del presente.»

La segunda sesión del día 28 fue más laboriosa que la primera. El congresista Sr. Reyes apoyó una proposición sobre la implantación del juicio de Jurados en los delitos y faltas de Imprenta. Aunque la fundó su autor en los preceptos de la Constitución argentina, en la naturaleza de los delitos de la

prensa y en otras consideraciones atendibles, esta forma de enjuiciamiento se ensayó en Europa, cuando en todas partes el régimen de la prensa estaba sometido á legislaciones especiales, con todo género de trabas y garantías, y la verdad es que no dió resultados equitativos. ¿Quién no recuerda en España los Jurados del famoso bienio progresista de 1854 á 1856? Ningún Jurado sentenció jamás con independencia, pues si en la apreciación de los delitos comunes la ley de la imparcialidad es inherente á la conciencia de la rectitud, los delitos y faltas de imprenta se aprecian de ordinario por la inclinación apasionada que se profesa al instrumento del delito y al delincuente, y ni la severidad ni la lenidad suelen ir en estos fallos del brazo de la justicia. La conclusión del Sr. Reyes es la siguiente:—«*Artículo único.* El Congreso de la prensa argentina hace votos porque los Poderes públicos de la nación incorporen á la legislación del país el procedimiento de Jurados para el enjuiciamiento de los delitos y faltas de imprenta, el que calificará el hecho y le impondrá la pena que le corresponda.»

En esta sesión, la promoción verdaderamente importante fue la del Sr. Alejandro Ghigliani sobre *la moralidad en la noticia*. Esta proposición se formulaba así: «El primer Congreso de la prensa argentina hace públicos sus deseos de que en lo sucesivo la prensa nacional procure implantar la más estricta moralidad en sus secciones noticiosas como un homenaje al pueblo y á la dignidad profesional.» *La Nación* hace constar que la discusión de este tema convirtió la sala del Congreso en un campo de Agramante; mas, aunque con la enmienda del Sr. Della Coste, «la prensa *continuará manteniendo* la estricta moralidad», etc., fue aprobada, sentando un principio de indubitable importancia en la misión social de la prensa en todas partes.

La solicitud por la infancia llevó al Sr. Caracoche á proponer *mesas de lectura de periódicos para los niños* en las escuelas. El Congreso lo aprobó; el buen juicio lo rechaza. El periodismo tiene establecidas sus publicaciones especiales

para la infancia; pero estas publicaciones sólo les distraen los días de asueto y de descanso. La educación de la infancia en la inmensa noción de la enciclopedia del saber que hay que ingerir en el alma de los niños es ya un peso exorbitante, y ni aun como recreo son admisibles esas nuevas ocupaciones de su inteligencia. El tiempo otorgado al descanso lo solicitan los ejercicios corporales, que equilibran el desarrollo físico é intelectual, y el periodismo tiene puntos más elevados á que hacer llegar su misión que en distraer la recargada atención intelectual de los niños. Las proposiciones de los señores Carrasco y Cabezón sobre el duelo, el suicidio y el contagio del crimen por medio de la publicidad, entrañan problemas de alta sociología, sobre los cuales no se profundizaron como era debido temas de tanta importancia. Atribuir á la publicidad la responsabilidad de estos hechos sociales, es asunto sobre el cual hay que concordar muchos datos de observación y muchas estadísticas antes de decidirlo. La discusión, aunque muy prolongada, no fue profunda. El presbítero Villanova y Sáenz la trató bajo un punto demasiado estrecho en la esfera exclusiva de la teología y de la religión. En cambio, el Sr. Moscarda, escritor militar, la echó por otros atajos. No medió en ella ningún verdadero filósofo, ningún verdadero estadista; con todo, las conclusiones acordadas fueron las siguientes: — *Sobre el duelo.*—1.º La prensa procederá como si el duelo no existiera. En consecuencia, se negará la publicidad á todo lo que se refiera á esta violación de las leyes.—2.º Siendo el objeto de la prensa informar ó convencer, toda frase ó palabra en que se trate de ultrajar se considerará como no escrita, salvo para la reprobación del lenguaje del que la haya escrito.—*Sobre el suicidio.*—1.º La prensa procederá como si el suicidio no existiera. En consecuencia, se negará la publicidad á todo lo que se refiera á esta violación de las leyes.—2.º Cuando las necesidades de la información hagan imprescindible referirse á la muerte de un suicida, se considerará el asunto como si se tratara de una muerte ordinaria, sin referencia

alguna á la voluntariedad del hecho.—3.º En cuanto á los delitos de homicidio y demás crímenes vulgares, se suprimirán los detalles circunstanciados de los hechos en todo cuanto puedan importar una satisfacción á la vanidad de los criminales ó son estímulo sugestivo para los lectores.—Estas conclusiones son muy sensatas, y si llegan á preceptuarse como obligatorias á la prensa argentina, bueno será que la de los demás países se las apropien para establecer una nueva regla de conducta, no sólo en nombre de la moral social, sino hasta como medicamento contra el asco que produce el espectáculo á que nos ha acostumbrado en estas relaciones repugnantes la imitación de la prensa de Francia en Europa y de la prensa yanqui en el Nuevo Mundo.

En otra proposición sabiamente aprobada también han tenido parte, ya como autores, ya como esclarecedores de la cuestión esencialmente sociológica, el Sr. Ingegneros y sus impugnadores Vega Belgrano, Durá y Weigel Muñoz. Es la cuestión del día en el universo: la protección á la infancia. Las conclusiones recordadas son: 1.ª El Congreso hace votos por que la niñez no sea empleada como medio de la difusión del periodismo. 2.ª Porque se dicte una legislación protectora del trabajo de la infancia como la tienen los países más adelantados. 3.ª Porque se solicite de los diputados nacionales, que forman parte de este Congreso, que se hagan iniciadores de esa legislación del trabajo de la infancia. 4.ª Porque el *Círculo de la Prensa* estudie la manera de arbitrar los medios prácticos conducentes á suprimir el empleo de niños menores de catorce años, en el reparto y venta de hojas diarias y periódicos. 5.ª Porque el Congreso de la Prensa invite á las empresas periodísticas á cooperar á la instrucción y moralidad de los niños ocupados en las industrias tipográficas.

Como complemento de estas reformas morales, en lo que con la industria del periodismo se relaciona, todavía se presentó una proposición del Sr. Villanova y Sáenz, haciendo declarar que el Congreso vería con agrado la asidua y unáni-

me propaganda del periodismo argentino para extirpar de nuestras costumbres callejeras lo que menoscaba la cultura social, como las palabras impropias á la divinidad, las frases de irrisión á los pobres y desvalidos, las groserías á las damas, las burlas ó los insultos á los sacerdotes, á fin de que, instruídos todos en la verdadera libertad y á pesar de las diferencias de opiniones políticas ó religiosas, se conviertan los parajes públicos en templos sagrados de nuestro respeto.

En la sección de asuntos económicos, al Sr. Vega Belgrano se le aprobaron dos conclusiones que se redactaron así: 1.^a La prensa nacional debe tener como ideal el ser un consumidor y contribuyente como los demás que componen el orden económico. 2.^a La prensa nacional, en su estado actual de relativa inferioridad financiera, debe tratar de proceder colectivamente, no parcialmente y menos por intermedio de los individuos que la forman, respecto de las empresas de navegación, ferrocarriles, etc., haciéndoles ver que de ningún modo es ella la única favorecida en ese intercambio de relaciones que mantienen, ni que las ventajas en los precios que ellas realicen son de complacencia, sino compensación de los casi pecuniarios que ellas reciben de los diarios y periódicos en forma de noticias, reclamos y avisos.

Mas en este orden, el Dr. Cittadini presentó una Memoria acerca de las *Instituciones protectoras y cooperativas entre periodistas*, que con el de *la moralidad en las noticias* y la creación del *Instituto de la prensa*, puede decirse que forman las ideas madres del Congreso argentino. La base de la Memoria del Dr. Cittadini descansa sobre este contenido, de incuestionable realidad en el mundo entero:—«*El trabajo intelectual está escasamente retribuido é impide al periodista aplicar en su provecho los principios del ahorro y de la previsión: trabajo ingrato, nervioso, de improvisación, sin descanso, gasta y consume el organismo humano; por lo tanto, del mismo modo que el CÍRCULO DE LA PRENSA DE BUENOS AIRES ha creado un panteón donde descansen los restos mortales de los colegas que*

caen, el Congreso de la Prensa Argentina acuerda que para mejorar las condiciones de todos los periodistas del país, alejando de ellos los peligros de la vejez pobre y desamparada ó de la inhabilitación forzosa por la enfermedad, se cree en toda la República una obra de previsión colectiva con el fin de asegurar el porvenir económico y moral de los obreros de la inteligencia.»

A este proyecto hay que añadir el formulado por la misma comisión de las cuestiones profesionales, bajo estas bases: 1.^a Fundar una *Escuela de periodistas* en la capital de la República. 2.^a Confiar la dirección de la misma á la Comisión Directiva del *Círculo de la Prensa*. 3.^a Que esta *Escuela* sea anónima. 4.^a Que sea inaugurada para el 12 de Octubre del año actual, día del aniversario del descubrimiento de América, debiendo abrirse sus cursos el 1.^o de Marzo de 1902.

Pueden darse por complemento de los trabajos del primer Congreso de la Prensa Argentina: 1.^o La fundación de la *Asociación Nacional de los periodistas argentinos*, que ha de refundir el actual *Círculo de la Prensa*. 2.^o La declaración de nacionalidad argentina, en el uso de su profesión, para los escritores de lenguas extranjeras que publican en la República periódicos redactados en ellas. 3.^o La declaración de la conveniencia de que los grandes diarios se doten de redactores técnicos de las principales carreras, á fin de que sus trabajos contribuyan al torrente de la educación popular. 4.^o Que los corresponsales, en el ejercicio de sus funciones, sean reconocidos con el carácter profesional de la prensa. 5.^o Que periódicamente se celebren nuevos Congresos del periodismo y nuevas *Exposiciones de periódicos*, como la que ha tenido lugar durante las sesiones del actual.

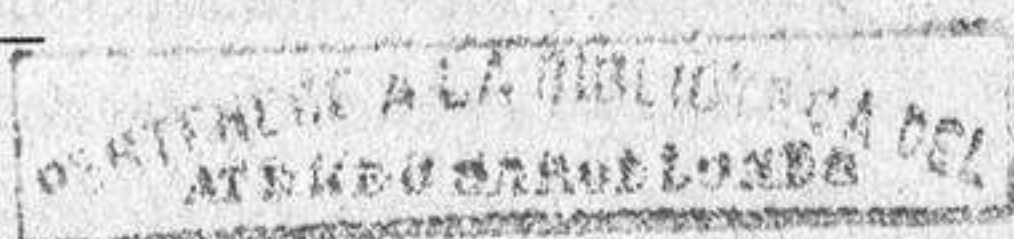
Aunque la celebración del Congreso ha dado ocasión á fiestas especiales como la recepción del Intendente de la Municipalidad, el Banquete de clausura y confraternidad, la visita al puerto y la expedición á la fábrica de Quilmes y á los mataderos de Liniers, su parte moral ha sido consagrada

de una manera tan solemne como grandilocuente por el discurso de su presidente el Sr. Zevallos, de tal oportunidad, de tal amplitud de miras, de tal universalidad de crítica y de conceptos, que puede decirse que es aplicable, del mismo modo que á la Argentina, á todos los pueblos cultos que con unos mismos fenómenos sociológicos viven dentro del régimen de la publicidad, bajo las instituciones que vigoriza el imperio de la opinión. La verdadera importancia de la reunión de este Congreso, es haber en él sometido el organismo y la constitución de la prensa á una reglamentación totalmente libre, totalmente espontánea, y bajo la cual no pueden profesar más principios que los que el Sr. Zevallos establece por lema de esta constitución; es decir: ¡HONOR! ¡TALENTO! ¡PATRIOTISMO! La *Escuela de la Prensa* es lo que forma su ideal. En los Estados Unidos existen, existen en Francia, existen en Alemania, y aunque estas últimas sean las más dignas de imitación, la *Escuela de los periodistas argentinos*, con justos títulos, aspira á ser original. Cada país tiene su genio: al periodista francés no importa dilatar sus conocimientos prácticos por los caminos por donde el periodista alemán los dirige: el periodista francés no tiene más público que el del *boulevard*; el periodista americano ha de ser el periodista de los *trusts*, y sólo el periodista alemán es el periodista de las Cortes y de la alta vida internacional. El periodista argentino debe ser el preparador de esa gran nacionalidad hispanoamericana que se levanta á las orillas del Atlántico, que ya puede disputar la supremacía en el poder y en los intereses de los pueblos de su raza en aquel hemisferio, aunque estén dotados de mayor población que la que ella posee, y que, siguiendo en su progresión ascendente, un día podrá disputar hasta al Norte sus influencias americanas; otro día ¿quién sabe? al Norte y á todos los navegantes la supremacía del Atlántico. El periodista argentino no es más que el soldado que lucha por esta noble epopeya. ¡Eduíquese para ella! ¡Adelante! ¡Adelante!

NICOLÁS PÉREZ MERINO.

LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

DE FITZMAURICE-KELLY.



Confieso que siempre he profesado en cuanto á los Manuales y Epítomes de cualquier arte ó ciencia, aquel viejo y trillado aforismo *compendia sunt dispendia*, no sólo porque hacen perder tiempo á quien los escribe, sino porque sirven de poca ayuda, y aun suelen extraviar á quien por ellos quiera adquirir recto y adecuado conocimiento de las cosas. Sólo la investigación propia y directa puede conducir á este fin, tanto en las ciencias históricas como en todas las demás que tienen por base la observación y la experiencia. Con ser tan elemental esta verdad, conviene inculcarla en la mente de nuestros estudiosos, puesto que en España, más que en ninguna parte, se abusa de los fáciles medios de enseñanza que, simulando el conocimiento real, llegan á producir una ilusión doblemente funesta, y aun suelen incapacitar al sujeto para toda labor formal y metódica. Al empleo continuo (que muchas veces degenera en mecánica repetición) de los llamados *libros de texto*, de los programas y de los apuntes de clase, se debe, en mi concepto, más que á ninguna otra causa, la actual postración de nuestra enseñanza dentro y fuera de las escuelas oficiales, con las honrosas excepciones que deben establecerse siempre en tal materia. El hábito vicioso de no estudiar en las fuentes, de no resolver por sí mismo cuestión ninguna, de tomar la ciencia como cosa

hecha y dogma cerrado, basta para dejar estéril el entendimiento mejor nacido y encerrarle para siempre entre los cancelos de la rutina. Nadie posee ni sabe de verdad sino lo que por propio esfuerzo ha adquirido y averiguado, ó libremente se ha asimilado. Descansar sobre el fruto de la labor ajena por excelente que ella sea, parece indigna servidumbre, contraria de todo punto al generoso espíritu de independencia que en sus días más fecundos acompañó inseparablemente al pensamiento español. Y no se ha de entender que esta censura alcance sólo á los rezagados partidarios de la tradición mal entendida, sino que de igual modo recae sobre los espíritus abiertos con demasiada franqueza á cualquiera novedad, por el solo hecho de serlo ó parecerlo.

Pero con esta salvedad indispensable, hay que reconocer que tienen los compendios, cuando están bien hechos, diversos géneros de utilidad, que en ocasiones puede ser altísimo mérito. Sirven principalmente para recordar lo sabido, presentándolo en orden sistemático y haciendo el inventario de la ciencia en cada momento de su historia. Si el investigador corre el peligro de perderse entre las nociones dispersas y los hallazgos parciales, un buen Manual, que nunca podrá sustituir á las monografías, tiene en cambio la ventaja de dar á los resultados de ellas su propio y justo valor dentro del cuadro general de la ciencia. Hasta el más docto en cualquier ramo del saber, no puede serlo por igual en todos los puntos que abraza: en muchos necesita de ajena indicación y guía, y aunque no hicieran otro bien este género de libros que el de mostrar las fuentes y evitar lecturas inútiles y pesquisas ya hechas, sería patente el provecho que de ellos pueden sacar aun los más presumidos de originales y más desdeñosos del concurso ajeno.

No ha de olvidarse tampoco que la creciente difusión de la cultura ha multiplicado las necesidades intelectuales, forzando á todo espíritu científico ó meramente reflexivo á enterarse de muchas cosas que no tocan directamente al arte ó ciencia que

cada cual profesa, pero que son indispensables dentro de la educación humana, si no ha de torcerse y viciarse con cualquier género de exclusivismo, engendrador fatal de toda pedertería é intolerancia. Claro es que este género de nociones no se adquieren sólo en los tratados elementales, y el que no haya visto otra cosa, nada sabrá con fundamento, pero á lo menos despiertan la curiosidad y preparan y capacitan la mente para recibir la sólida nutrición de los hechos y de sus leyes. Así, en el caso presente, puesto que de historia literaria se trata, lo que más importa, no sólo al que la profesa, sino al mero aficionado, no son los libros de crítica, sino los mismos monumentos literarios contemplados cara á cara como los de otro arte cualquiera. Pero no hay museo sin catálogo, ni es pequeño mérito hacer un catálogo bueno. La insensatez sería imaginar que la descripción más completa, el inventario más minucioso, el más elocuente discurso, pudieran suplir en ningún caso á la visión directa de la obra de arte ni á la impresión personal que en cada uno de los contempladores deja. Duele decirlo, pero es forzoso: la historia de la literatura, tal como entre nosotros suele enseñarse, reducida á una árida nomenclatura de autores que no se conocen, de obras que no se han leído, ni enseña ni deleita, ni puede servir para nada. Hay que sustituirla con la lectura continua de los textos clásicos y con el trabajo analítico sobre cada uno de ellos. El Manual puede servir de preparación, de ayuda, de recordatorio; pero siempre ha de ser un medio, jamás un fin.

Y conviene, además, que este instrumento de trabajo sea lo más perfecto posible y se renueve continuamente, siguiendo todos los progresos de la ciencia. Los estragos que causa un Manual atrasado de noticias, pobre en los juicios, incoherente y superficial, son á veces irremediables. Debe tener, además, ciertas condiciones literarias que permitan leerlo seguido, una vez por lo menos, antes de convertirse en libro de consulta.

Si en todas materias importan estas condiciones, en historia literaria son indispensables. Porque la historia literaria se

ha renovado enteramente en nuestros días, y, salvo muy calificados precedentes, puede decirse que es una creación del siglo XIX. Tal como hoy la entendemos, juntando el sentido estético con la curiosidad arqueológica, poniendo á contribución la psicología y la sociología, está ya tan distante de sus modestos orígenes, que parece una nueva y genial invención, una ciencia nueva que de otras muchas participa y con sus despojos se enriquece.

Antiguamente la crítica de los autores, estudiados por lo común bajo la mera relación del estilo, solía englobarse en los tratados de preceptiva, á modo de comprobación experimental de la doctrina retórica que en ellos se inculcaba (así Blair, Batteux, Hermosilla...) ó bien servía de introducción á los florilegios y crestomatías de poetas y prosistas, como vemos, sin salir de España, en las dos excelentes colecciones de Quintana y Capmany, que todavía no han envejecido ni han sido sustituidas por otras mejores; ó en los discursos preliminares que el abate Marchena y D. Manuel Silvela pusieron á sus respectivas antologías, publicadas en Burdeos casi simultáneamente y como en competencia. Existían, además, entre nosotros, eruditos y voluminosos libros á tenor de la *Historia literaria de Francia*, de los Benedictinos, ó de la de *Italia*, de Tiraboschi, aunque ni remotamente podían competir con estos dos egregios monumentos de ciencia sólida y erudición vastísima, que ven pasar una edad y otra sin que se conmueva su indestructible fundamento. Ni el fárrago de los Padres Mohedanos, que no llegaron siquiera á acabar la época hispanoromana, por haberse distraído en impertinentes disertaciones, ajenas de todo punto á la literatura; ni la temeraria y superficial, aunque á veces ingeniosa, y no siempre desacertada, apología del abate Lampillas; ni otras tentativas todavía menos felices, podían sacar la historia de nuestras letras del caos en que yacía, á pesar de la buena voluntad y loable patriotismo de sus autores. Nuestra única historia literaria continuaba siendo la grande obra bibliográfica de D. Nicolás An-

tonio, admirable para su tiempo, pero que ya en el siglo XVIII parecía incompleta y requería corrección y aumento, que debió, en parte, á las investigaciones de muchos eruditos de aquella centuria, autores de bibliografías y de monografías dignas de encomio. La arqueología literaria recordará siempre con respeto el nombre del Padre Sarmiento, autor del primer ensayo formal sobre los orígenes de nuestra poesía, y todavía más el nombre de D. Tomás Antonio Sánchez, primer editor y comentar de los poetas anteriores al siglo XV, tarea en que mostró condiciones de método y crítica muy superiores á su tiempo. En otro género, Moratín abrió largo camino con su memorable libro de los *Orígenes del teatro*, que junta al atractivo de las noticias enteramente peregrinas cuando él escribía, los aciertos de una crítica sana y discreta, aunque algo limitada y poco expansiva, y la gracia insuperable de una prosa que es modelo de tersura y sencillez elegante.

Pero con la excepción casi única de Moratín, que buscaba principalmente en su tarea erudita algún solaz para su ánimo, tan contristado y melancólico en sus últimos años, hubo una especie de divorcio entre la crítica que pudiéramos llamar retórica y la arqueológica. Mientras la primera se limitaba á elogiar ó censurar algunas obras (que siempre solían ser las mismas), basando el juicio en ciertos preceptos tenidos entonces por infalibles (sentido que todavía persiste en las anotaciones de Martínez de la Rosa á su *Poética*), la segunda solía prescindir sistemáticamente del valor de la forma, y aun daba entrada en el cuadro de la literatura á todo género de producciones científicas ó meramente útiles, estimándolas á todas como documentos curiosos de los siglos pasados, sin preocuparse para nada de su valor intrínseco.

Vino á cambiar el aspecto de las cosas la aparición y difusión de la nueva disciplina llamada Estética ó Filosofía de lo Bello, que, reintegrando el valor del elemento puramente artístico, trajo un nuevo concepto de la literatura, dentro del cual vivimos, y que muy pronto hubo de manifestarse en

las nuevas historias que primeramente en Alemania y luego en los demás países comenzaron á escribirse, siendo de las primeras y más leídas la del kantiano Bouterweck, en que se concedió notable espacio á las literaturas castellana y portuguesa, mostrándose el autor bastante versado en la primera, y todavía más en la segunda. Siguió muy de cerca sus huellas, sin mejorarle casi nunca, el ginebrino Sismondi en su *Historia de las literaturas del Mediodía de Europa*, libro muy ruidoso en su tiempo y ya olvidado, no sólo por lo insuficiente de sus datos y la gran cantidad de sus errores, sino por el punto de vista estrecho y fanático en que el autor se coloca, con todo el fervor de la intolerancia protestante más enconada.

La decadencia del pensamiento español había llegado á tal punto en el primer tercio del siglo XIX, que á falta de una historia de la literatura nacional que nadie se cuidó de escribir (puesto que el único que era capaz de hacerla, es decir, Don Bartolomé Gallardo, se pasó la vida acumulando inmensos materiales que á todos han aprovechado menos á él), se tradujeron primero la obra de Bouterweck y luego la de Sismondi, á pesar de los crasos errores en que abundan una y otra, y de las injurias al nombre de nuestra patria que tanto afean las páginas de la segunda. Fortuna fue, en medio de todo, que cayesen en manos de buenos traductores, que añadieron mucho y rectificaron bastante, con lo cual se atajaron algunos inconvenientes y se remedió la necesidad del momento.

Cuando la enseñanza de la historia literaria que ya habían profesado, aunque por breve tiempo, Estala y otros en los antiguos Estudios de San Isidro, fue renovada por el plan de 1845, y entró en el cuadro general de las asignaturas universitarias, el mismo Director de Instrucción Pública que redactó aquel plan, encontró muy útil, y asimismo muy lucrativo para él, componer un libro de texto é imponerle á todos los establecimientos del Reino. Así nació el *Manual de Literatura* de D. Antonio Gil y Zárate, que ha servido de texto á varias generaciones de estudiantes, y que por sus condiciones

didácticas merece relativa alabanza, si se le compara con casi todo lo que ha venido después. Gil y Zárate, que aun en el teatro, su principal vocación, no pasó de una discreta y laboriosa medianía, no tenía, ciertamente, el fondo de erudición y de crítica necesario para escribir un libro de este género; y, en realidad, puso muy poco de su cosecha, limitándose á compilar, muchas veces en términos textuales, las noticias y los juicios que halló en el *Teatro de la elocuencia* de Capmany para los prosistas, en las introducciones de Quintana para los poetas épicos y líricos, en los *Orígenes* de Moratín y en las *Lecciones* de D. Alberto Lista para el teatro. Pero como tales escritos eran de lo mejor que hasta entonces había, el compendio de Gil y Zárate participó de las buenas cualidades de sus modelos, y se comprende que corriera con estimación. Al cabo, los fragmentos zurcidos tenían valor, y era un literato de profesión quien los había ordenado, con cierto criterio tolerante y ecléctico.

Pero no á todos podía satisfacer tan mezquina sinopsis. La literatura española, considerada al principio como un apéndice de la clase llamada de literatura general ó de preceptiva literaria, comenzaba á emanciparse, y se había fundado ya una cátedra especial para su enseñanza. Coincidió con esta novedad universitaria la aparición en lengua castellana de la obra del norteamericano Ticknor, traducida del inglés por D. Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia, y tan copiosa y doctamente adicionada por los traductores (en especial por el primero, á quien pertenecen casi todas las notas), que podía considerarse como una obra en gran parte nueva. Hoy mismo, el texto original de Ticknor es mucho menos consultado y estimado por los eruditos de todas las naciones que esta versión española ó la alemana de Julius, enriquecida con un suplemento de Fernando Wolf. Del libro de Ticknor puede decirse mucho bueno y mucho malo, según el punto de vista en que nos coloquemos. Si se le mira como Manual bibliográfico, su mérito fué eminente y su utilidad innegable:

las indicaciones que contiene son casi siempre precisas y seguras, aunque en algunos capítulos muy incompletas. Todo trabajo de este género está condenado á envejecer muy pronto, pero el de Ticknor no ha envejecido del todo, y en algunas secciones resiste á la acción destructora del tiempo. Lo que menos vale en él, lo más anticuado y lleno de errores es, sin duda, la historia de la Edad Media; pero téngase en cuenta que ésta ha sido renovada por entero en España y fuera de España durante estos últimos años, y que Ticknor no alcanzó la mayor parte de estos descubrimientos, ni estaba preparado, por su educación exclusivamente clásica, para asimilarse los que ya se habían hecho en su época. Hay en toda la obra una falta de orientación crítica, una vaguedad y superficialidad de pensamiento, una falta de penetración estética, que no pueden disimularse con toda la erudición del mundo. Rara vez pasa de la corteza de los libros; sus juicios son muchas veces de insigne trivialidad, y otras resultan contradictorios hasta en los términos. Amontonadas, además, en breve espacio todo género de obras, buenas y malas, ni las primeras lucen como es debido, ni es posible formarse idea del conjunto, ni creo yo que nadie, y menos un lector extranjero, pueda, sin otro guía que Ticknor, distinguir, en medio de esa confusión, las verdaderas cumbres de nuestra literatura.

No ya autores, sino géneros enteros de nuestra literatura, fueron enteramente inaccesibles para Ticknor. De ascéticos y místicos no se hable. Santa Teresa ocupa menos espacio en su historia que cualquier dramaturgo ó novelista de tercer orden. A Fray Luis de Granada se le despacha en una página, y á San Juan de la Cruz en media. Y no es lo peor la concisión, sino la vaciedad de la crítica, y á veces el olvido de nociones muy elementales. De Fray Luis de León dice, por ejemplo, que escribió sus odas en *quintillas nacionales*, confundiendo, por inadvertencia ó por falta de oído, combinaciones métricas tan diversas como las *quintillas* y las *liras italianas*.

No tienen por objeto estas observaciones disminuir de ninguna manera el justo crédito de una obra en que tanto hemos aprendido los españoles, y que tanto ha servido para dilatar por el mundo la noticia de nuestros varones insignes en letras, y despertar la afición y la curiosidad por nuestros libros. El servicio que Ticknor hizo á la vulgarización de nuestra literatura, sólo puede compararse con el que Stirling hizo á la historia de nuestras artes. La lengua, poco menos que universal, en que escribieron; la misma ligereza de su crítica; la ausencia de toda pretensión dogmática y transcendental, y el conocimiento positivo que tenían de los detalles, les proporcionaron lectores de todo género y en todo país, y prepararon el campo para estudios más severos.

Aunque la obra de Ticknor no hubiera tenido en España más resultado que suscitar indirectamente la aparición de la *Historia crítica* de Amador de los Ríos, primera de su género escrita por pluma nacional, deberíamos estar agradecidos al laborioso y erudito ciudadano de Boston. La *Historia crítica*, que en siete grandes volúmenes llega sólo hasta las postrimerías de la Edad Media, no pertenece al género de los *Manuales*, y por consiguiente, no debemos juzgarla aquí, ni es empresa para acometida en pocas líneas. Saludémosla como un venerable monumento de ciencia y paciencia, de erudición y patriotismo, imperfecto sin duda como todas las obras humanas, y más las de tan colosales proporciones, pero digno de todo respeto por la grandeza del plan, por la copia enorme de materiales nuevos, por la amplitud de la exposición, por los frecuentes aciertos de la crítica y aun por el vigor sintético de algunas clasificaciones. Partes hay en esta vasta construcción que el tiempo va arruinando. Es ley fatal de las ciencias históricas vivir en estado de rectificación continua. El estudio comparado de las literaturas, que en tiempo de Amador apenas había nacido, ha hecho luego tales progresos, y muestra hoy tal pujanza, que por sí solo desata muchas cuestiones imposibles de resolver dentro de una literatu-

ra sola. A esta luz se han aclarado muchos enigmas de nuestra poesía épica, de los orígenes de nuestra lírica, de la generación de los cuentos y las fábulas; y en algunas cosas ha cambiado enteramente el punto de vista, y hasta el orden cronológico de los documentos. Pero los mismos adversarios de Amador tendrán que acudir siempre á su obra en busca de armas para impugnarle, rindiendo justo tributo á su labor inmensa y honrada, al tesón férreo de su voluntad, á la natural perspicacia y solidez de su espíritu, ya que no otorguen igual alabanza al estilo por demás enfático y pomposo con que solía abrumar sus doctas enseñanzas.

Coincidió con este grande esfuerzo la *Biblioteca de Autores Españoles*, en cuyos prólogos, muy desiguales por otra parte, se encuentran notables capítulos de historia literaria, y hasta algún período de ella magistralmente tratado. Nada substancial hay que añadir, por ejemplo, á la bella introducción que D. Leopoldo A. de Cueto puso á los poetas líricos del siglo XVIII, y en la cual se contienen además preciosas indicaciones sobre el movimiento general de las ideas en aquella centuria. El *Romancero*, de Durán, tesoro de la tradición épica; la magistral, aunque no terminada, edición de Quevedo, por D. Aureliano Fernández-Guerra; la de Santa Teresa, por D. Vicente de la Fuente; el elocuente estudio de González Pedroso sobre los autos sacramentales; algunos de los tomos de Hartzenbusch relativos al teatro; la introducción de Gayangos á los *Libros de Caballerías*, y hasta los ensayos algo prematuros de Aribau y Navarrete sobre los novelistas anteriores y posteriores á Cervantes, son trabajos que honran la memoria de sus autores, y tampoco son los únicos que en la colección deben recomendarse. No todos los eruditos empleados en ella mostraron el mismo celo y conciencia; pero, en conjunto, la empresa fue altamente meritoria. Mucho falta en ella, y algo sobra; pero si tal publicación no existiese, sería, para la mayor parte de las gentes, tierra incógnita la antigua literatura castellana, que, merced á ella, dejó de ser patri-

monio exclusivo de los bibliófilos y entró en la circulación general.

Con los prólogos, buenos y malos, de la *Biblioteca* de Rivadeneyra; con los Manuales de Gil y Zárate y Ticknor, y, á lo sumo, con algunos extractos de Amador de los Ríos, en lo concerniente á la Edad Media, han venido compaginándose los libros de texto que han corrido con más ó menos fortuna en nuestras aulas. Apenas hay otra excepción apreciable que la no terminada *Historia de la literatura española*, del distinguido profesor de Sevilla Fernández-Espino, que trató de los prosistas y poetas líricos del siglo xvi, con estudio directo, con buen gusto y crítica acertada en general, ya que no muy nueva y profunda. Pero esta obra quedó suspendida en el tomo primero, y faltan en ella por completo la historia del teatro, la literatura del siglo xvii y la del xviii.

De los restantes, prefiero no hablar, por consideraciones bien obvias. Algunos de sus autores eran capaces de hacer mucho más de lo que hicieron; pero el perverso sistema de nuestra enseñanza, el contagio del medio ambiente, los condenó al deslucido papel de repetidores y rapsodistas. Otros no tenían vocación literaria, y olvidaron hasta el elemental principio de leer los autores sobre cuyas obras pretendían formular sentencia. Era más cómodo hacer críticas con críticas, y de este modo se han venido perpetuando y acrecentando los errores hasta un grado increíble. Ni en esto se advierte gran diferencia entre los Manuales salidos de la Universidad y los que se han escrito fuera de ella. *Iliacos intra muros peccatur et extra*. Noticias mandadas recoger hace medio siglo; juicios estereotipados de la antigua preceptiva; vaguedades ampulosas, con disfraz de filosofía: tal es el desabrido manjar que suele ofrecerse á nuestra juventud, en sustitución de la más amena de las enseñanzas. Ni siquiera puede consolarse con la lectura de los textos, porque entre nosotros (vergüenza de decirlo) apenas se conocen las ediciones críticas para los estudiantes, ni siquiera las crestomatías bien anotadas; y las po-

cas y ya antiguas que tenemos, por raro caso llegan á sus manos. ¿Quién nos dará, por ejemplo, algo que se parezca al *Handbuch der Spanischen Literatur*, de Luis Lemcke, que Alemania disfruta desde 1855?

Angustia el ánimo la lectura de las compilaciones á que aludo. De ellas puede decirse con verdad que son mera apariencia y simulacro de libros. Quien por ellas nos juzgue, nos supondrá cuarenta años más atrasados de lo que realmente estamos. Y téngase en cuenta que en el último tercio del pasado siglo la historia de la literatura española ha sido renovada por completo en todos sus géneros y en todos sus períodos, por obra de extranjeros y de españoles, y que este trabajo crítico, lejos de descender, va aumentando con rapidez pasmosa, sin que haya día que de Francia, de Italia, de Inglaterra, de la América anglo-sajona, y sobre todo de la redentora Alemania, á quien debimos la primera y más profunda rehabilitación de nuestro genio nacional, vengan en tropel monografías, tesis doctorales que son libros, ediciones críticas y cada vez más acrisoladas de nuestros clásicos, y hasta bibliotecas enteras y revistas especiales consagradas al estudio de las literaturas de la Península española. ¡Cómo contrasta esta alegre y zumbadora colmena, en que todo es actividad y entusiasmo, con el triste silencio, con el desdén afectado, y hasta con la detracción miserable que aquí persigue, no ya las tareas de los modestos cultivadores de la erudición, que encuentran en ella goces íntimos mil veces superiores á todos los halagos de la vanidad y de la fama, sino lo más grande y augusto de nuestras tradiciones, lo más sublime de nuestro arte, lo más averiguado é incontrovertible de nuestra historia, que suele calificarse desdeñosamente de *leyenda*, como si hubiésemos sido un pueblo fabuloso, y como si la historia de España no la hubiesen escrito en gran parte nuestros enemigos y aun en sus labios no resultase grande!

Designio providencial es, sin duda, que los de fuera sean los llamados á vengar á la España antigua del vil menospre-

cio en que la tienen sus descastados herederos. Gracias á esa labor inmensa, que aquí con buena voluntad secundamos unos pocos, tendrá, quien de buena fe los busque, consuelo para lo presente, advertencia y enseñanza para lo porvenir, y logrará el bien inestimable de vivir en comunión con el espíritu de su raza y considerarse solidario de su tradición: lazo sagrado que no se rompe nunca sin tanto daño de los individuos como de los pueblos.

Aliados nuestros son en esta campaña, y tanto más dignos de agradecimiento cuanto son más desinteresados sus esfuerzos, los doctos de otros países que escriben con amor é inteligencia sobre cosas españolas; y con ellos debemos cultivar relaciones cada día más frecuentes y amistosas, pospuesta toda mezquina rivalidad, domada toda sugestión de amor propio, y hasta perdonando, cuando necesiten indulgencia, las asperezas injustas de la crítica, los desahogos de mal humor, los alardes de superioridad petulante, siempre que estos defectos de crianza y cortesía, más que de literatura, vayan compensados con méritos positivos, con servicios y obsequios reales al ídolo de nuestros amores, á la inmortal y desventurada España, en cuyas aras debe consumir el fuego todo sentimiento impuro y menguado, de iracundia ó de vanagloria.

No hay que hacer reserva alguna respecto de hispanistas como el Sr. Fitzmaurice-Kelly, que más bien deben calificarse de *hispanófilos*, y en algún caso de *hispanis hispaniores*, como se ha dicho de algunos críticos alemanes. Años hace tiene ganada entre nosotros una especie de ciudadanía literaria, á la cual le dan pleno derecho su *Vida de Cervantes*, una de las mejores que en ninguna lengua se han escrito, sus elegantes reproducciones del más antiguo *Quijote* inglés y de la más antigua *Celestina* (traducciones de Shelton y Mabbe), con prólogos que demuestran tan buen gusto como erudición; y sobre todo, su magnífica edición castellana de *El Ingenioso Hidalgo*, donde podemos leer con más seguridad que en otra alguna el texto de la obra inmortal. Trabajos de este género eran la más

sólida preparación para el compendio publicado en 1898, obra de poco volumen, como destinada á formar parte de la serie de Manuales literarios del editor Gosse, pero superior en miras críticas y en acierto de ejecución á otras mucho más extensas. Basta leerle, en efecto, para convencerse de que Mr. Kelly posee la materia de que habla, si bien no la domine por igual en todos sus pormenores, cosa difícil de exigir á quien abarca un cuadro tan vasto. La información, muy completa en algunas partes, no lo es tanto en otras: por lo común, la exposición está hecha sobre las fuentes, pero hay puntos en que el autor no ha podido menos de ayudarse de los estudios ajenos, incorporando sus resultados con buen criterio, y valiéndose, en general, de las últimas y más apreciables investigaciones. La bibliografía está al corriente, y es muy poco lo que en ella hay que añadir ó enmendar.

Pero otros méritos mucho más raros y de especie más alta avaloran el libro presente. Fitzmaurice-Kelly no es un árido erudito, sino un fino y delicado literato, un hombre de gusto y de alma poética, que siente con viveza lo bello y lo original, y expresa con elegancia y hasta con calor su entusiasmo estético. Aun en los límites de un compendio logra evitar la sequedad y se hace leer con agrado. Versado en todas las literaturas modernas, y muy especialmente en la francesa y en la de su país, ameniza su trabajo con curiosas comparaciones, con reminiscencias familiares á los lectores británicos; y traza indirectamente, á la vez que la historia de la literatura española; la de su influencia en Europa y sus relaciones con las demás literaturas, ofreciendo en este punto novedad, singularmente para los españoles. Irlandés y de origen católico, el Sr. Kelly se muestra exento de la mayor parte de las preocupaciones inglesas, más duras y tenaces que las de ningún pueblo, y comprende y estima el carácter peculiar de nuestra civilización, aun en aquello que es antítesis viva del pensamiento y del carácter inglés. Todo el libro deja una agradable impresión de *dilettantismo* artístico, semejante al de las obras de

Schack, y aunque no tiene la profundidad de algunas páginas de Wolf y de Clarus, participa del hospitalario y generoso espíritu de la crítica alemana de los tiempos románticos.

Lleva la presente edición española grandes ventajas al original inglés, hasta el punto de poder estimarse como obra nueva. Parte de estas mejoras se deben al autor mismo, que, con loable conciencia, ha sometido el texto á escrupulosa revisión, corrigiendo en él la mayor parte de los descuidos que notó la crítica cuando por primera vez se dió á la estampa, y otros varios que se ocultaron á los censores. Ha tenido, además, este libro la buena fortuna, que pocos logran, de dar en manos de un traductor tan inteligente como modesto, que, además de cumplir su trabajo de intérprete con la mayor bizarría, ha ocultado en la humilde forma de notas un caudal de doctrina propia y bien digerida, de que otros hubieran hecho pomposo alarde en libros que llevaran su nombre. El Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín, uno de los jóvenes de mayor cultura, de más sólidos y varios estudios, y de mejor dirección crítica que hoy tenemos en España, ha hecho este excelente trabajo como por vía de pasatiempo en sus graves tareas jurídicas y filosóficas, de las cuales hemos visto ya excelentes muestras en algunos opúsculos y en la versión de un diálogo platónico, y tendremos pronto copioso fruto en la *Biblioteca de juristas españoles de la Edad Media* y en el libro que prepara sobre la vida, obras y doctrina del gran pensador valenciano Juan Luis Vives.

Retocado y mejorado en esta forma el *Manual de Literatura Española* por los esfuerzos aunados del autor y del traductor, que han estado en correspondencia asidua mientras este volumen se imprimía, sale á luz sin necesidad de ociosos encomios; y él se abrirá seguramente camino, siendo tan clara la ventaja que lleva á los anteriores, sin excluir acaso el de Ticknor, que es mucho más extenso, pero mucho menos crítico, y que, como quiera que sea, pertenece á una categoría de obras muy distinta.

Aquí pudiera terminar este prólogo, y sin duda ganarian en ello los lectores; pero el honroso encargo que autor, traductor y editor me han confiado, parece que exige de mí algunas palabras más sobre ciertos puntos en que mi opinión difiere de las consignadas en este *Manual*, y sobre algunos vacíos que en él me ha parecido notar. Entiéndase que lo que voy á decir no lleva ni asomos de censura magistral, ni es más que un buen deseo de que este libro logre en las sucesivas ediciones, que probablemente ha de tener, toda la perfección posible. Numeraré estas observaciones para mayor claridad:

I. Tratando por incidencia de la fabulosa *Crónica de Turpin*, se indica como muy probable que los primeros capítulos fueron escritos por un monje español anónimo en Santiago de Compostela. Tal opinión tiene, ó ha tenido, en su favor, la autoridad más grande en estas materias, la de Gastón Paris en su memorable tesis latina: *De pseudo-Turpino* (1865). Pero hay graves razones que mueven á creer que, aunque el falsario escribía en Galicia, no era español, sino francés: uno de los muchos monjes galicanos que cayeron sobre España como sobre país conquistado, y que sirvieron grandemente á las pretensiones de la Iglesia compostelana. Es imposible que un español ignorase en tanto grado la historia de su pueblo, y que profesase tal odio y aversión á sus compatriotas, y desfigurase de tan odiosa manera sus hechos. Muchos afrancesados hubo en Compostela, allá por los buenos tiempos de Dalmacio y de Gelmírez, pero ninguno llegó á tal extremo. Hay sobre esta cuestión estudios muy dignos de tenerse en cuenta: uno de D. Andrés Bello, en los *Anales de la Universidad de Chile* (1852-58) (1), que llega á atribuir la falsificación al mismo Dalmacio, obispo de Iria, que era francés de nación, como es notorio; y otro de Dozy en la tercera edición de sus *Re-*

(1) Reproducido en el tomo VI de la monumental edición de las *Obras Completas* del sabio americano, hecha en Santiago de Chile.

cherches (1881), tan semejante al de Bello en argumentos y conclusiones, que sin temeridad puede creerse, no sólo que el famoso orientalista holandés tuvo á la vista el trabajo del grande y modesto profesor americano, sino que le explotó ampliamente, aunque tuvo buen cuidado de no citarle ni una vez sola.

II. La calificación de *vasco*, dada á D. Alonso de Ercilla en un pasaje de la introducción, y no corregida en el texto, ha de entenderse de la oriundez y no del nacimiento, puesto que consta por su partida de bautismo (*Boletín de la Academia de la Historia*, tomo XII, 447) que era madrileño, cristianado en la parroquia de San Nicolás. Aun de su padre el jurisconsulto Fortun García se disputa si nació en Bermeo ó en Sevilla.

III. Trata el Sr. Fitzmaurice-Kelly con mucha discreción y pulso la cuestión relativa á la supuesta influencia arábica en la poesía castellana; pero, á mi ver, concede demasiado á los sostenedores de ese mito, suponiendo que el Marqués de Santillana imitó de caso pensado la forma métrica de un *zachel* ó de una *muvaschaja* árabe. No es inverosímil que el Marqués llegara á aprender algo de árabe vulgar, en el tiempo que fue frontero contra Granada; pero los versos que Schack cita, y á los cuales el Sr. Fitzmaurice alude, son una de tantas serranillas, cuya filiación y tipo métrico ha de buscarse en la lírica provenzal, ó, mejor por ser más inmediata, en la galáico-portuguesa.

IV. El *Cesáreo* citado como autor de romances insertos entre los de Lorenzo de Sepúlveda, y por cierto mucho mejores que los de ese autor, no es ningún poeta de este apellido, sino un anónimo que se encubrió con el título de «caballero cesáreo (es decir, servidor de Carlos V), cuyo nombre se guarda para mayores cosas», y que, por algunos indicios, puede conjeturarse que fue el *magnífico caballero* Pero Mexía.

V. Aun dadas las proporciones exiguas de un compendio, me parece demasiado breve el espacio que en éste se concede

á los poemas de *Alexandre* y de *Fernán González*, dignos de consideración, no sólo por su antigüedad, sino por otras circunstancias. El primero de estos poemas, sea ó no de Berceo, (como sostuvo D. Rafael Floranes y vuelve á sostenerse ahora) es la primera aparición de dos temas clásicos, el de Alejandro y el de Troya, en la literatura española, y tiene pasajes escritos con verdadero talento poético y cierta elevación de estilo, aunque el conjunto sea árido y fastidioso. El *Fernán González* vale mucho más, y sus leyendas poco se parecen á las de Berceo. Son leyendas épicas interpretadas y refundidas por un poeta monástico; y como quiera que los primitivos *Cantares de gesta*, relativos á Fernán González, han perecido y sólo nos queda este *rifacimento* en forma de *mestér de clerezia*, no hay para qué encarecer lo mucho que importa en la historia de nuestra poesía épica-histórica.

VI. Mayor espacio hubiera yo deseado también para la *Grande e general Estoria* del Rey Sabio, obra cuya importancia no ha sido aún rectamente aquilatada, y en la cual se hizo mucho más empleo de las fuentes orientales que en la *Crónica general*. Se conoce que el Sr. Fitzmaurice-Kelly no ha tenido tiempo ú ocasión de examinar los pocos y raros manuscritos que de dicha *Grande Estoria* se conservan, aguardando editor ó por lo menos un erudito paciente que la analice por completo, y extraiga de ella todo lo que no procede de la Biblia y de los autores clásicos, sino de libros árabes y acaso hebreos.

VII. Dáse por cosa probada que Alfonso «trajo de Córdoba, Sevilla, Toledo y París, *cincuenta* hombres entendidos para traducir el *Quadripartitum* de Ptolomeo y otros tratados de Astronomía». Nada menos probado ni más improbable que semejante noticia. El número de los astrónomos que intervinieron en las *Tablas Alfonsies* y en la traducción de los *Libros del saber de Astronomía*, y cuyos nombres se expresan en los tratados mismos, escasamente pasan de *doce*, judíos los más y cristianos algunos, sin que entre ellos se haga mención de ninguno venido de París. El inventor de la fábula de los *cin-*

cuenta sabios reunidos en Toledo, fue el insigne falsario Román de la Higuera, á cuyas palabras dió incautamente crédito el Marqués de Mondéjar (*Memorias históricas del Rey Don Alfonso el Sabio*, pág. 456). Véanse las disparatadas palabras del jesuíta toledano:

«Mandó el Rey se juntasen Aben Ragel y Alquibicio, sus maestros, naturales de Toledo; Aben Musio y Mahomat, de Sevilla; y Joseph ben-Alí y Jacob Ab-vena, de Córdoba, y otros más de cincuenta por todos, que truxo de Gascuña y de París con grandes salarios; y mandóles traducir el *Quadripartitum* de Ptolomeo y juntar libros de Mentesan y Algazel. Dióse este cuidado á Samuel y Jehudá El Conheso, Alfaquí de Toledo, que se juntasen en el alcázar de Galiana, donde disputaron sobre el movimiento del firmamento y estrellas. Presidían, cuando allí no estaba el Rey, Aben Ragel y Alquibicio. Tuvieron muchas disputas desde el año de 1258 hasta el de 1262, y al cabo hicieron unas tablas tan famosas como todos saben.»

Para graduar el crédito que merecen estas noticias, baste decir que el Aben Ragel, á quien se supone maestro del Rey Sabio y Presidente de la Academia de Toledo en sus ausencias, vivió en Córdoba *en el siglo XI*, y Alchabitio, que todavía es anterior, estaba ya traducido al latín por Juan Hispalense en el siglo XII. Aben Musio, Joseph ben-Alí, etc., son entes de razón. Las *Tablas* no se empezaron en 1258, ni se terminaron en 1262; consta en ellas mismas que estaban acabadas diez años antes, en 1252. Lo de los palacios de Galiana, convertidos en observatorio, no deja de ser una romántica y galana fantasía del buen Padre.

Me he detenido en este punto, porque siempre es conveniente arrancar la cizaña que en nuestra historia sembraron los impostores del siglo XVII, y hay que estar prevenidos contra sus invenciones, que á veces se han deslizado en libros muy formales. Por lo mismo que Mondéjar es un historiador muy crítico y enemigo jurado de los falsos cronicos y de sus

autores, se ha copiado su testimonio sin recelo. La verdadera historia de los libros astronómicos de Alfonso el Sabio, está en los libros mismos, que afortunadamente son del dominio público, gracias á la monumental publicación de nuestra Academia de Ciencias Exactas. Allí constan las fechas de cada tratado y los nombres de los intérpretes que tomaron parte en esta memorable enciclopedia científica del siglo XIII.

VIII. Que las leyendas del ciclo bretón fuesen mucho más populares en Galicia y en Portugal que en el resto de la Península, es hecho innegable, pero no por eso podemos afirmar que fuesen «completamente desconocidas en el resto de la Península». Ya en los *Anales Toledanos Primeros* (*España Sagrada*, XXII, 381), que terminan en el año 1217, se habla del Rey Artús y de la batalla que tuvo con Morderete. Sabida es aquella picaresca alusión del Archipreste de Hita en la *Cantiga de los clérigos de Talavera*:

Ca nunca fue tan leal Blanca Flor á Flores,
Nin es agora *Tristán* con todos sus amores.

De la Tabla Redonda, «que fue en tiempo del Rey Artús», hay mención en la *Gran conquista de Ultramar*, traducida por orden de D. Sancho IV; y de las profecías de Merlín en la *Crónica del Rey Don Pedro*, de Ayala. Mucho más antiguo parece el conocimiento de este ciclo en la literatura catalana, pues ya hay alusiones á él en los famosos versos de Giraldo de Cabrera al juglar Cabra, compuestos por los años de 1170, en pleno reinado de Alfonso II de Aragón, y que contienen una enumeración de las narraciones poéticas más en boga. Pero no hay duda que la primera elaboración española de la *materia bretona*, anterior á los fragmentos del *Tristán* castellano de la Biblioteca del Vaticano, aunque se los pretenda hacer remontar, como quiere Baist, hasta el primer tercio del siglo XIV, son los *Lais de Bretanha* del cancionero Colocci-Brancuti, sobre los cuales ha escrito tan doctamente Carolina Michaëlis.

IX. Al lado del viaje de Ruy González de Clavijo debió hacerse mención del delicioso libro de las *Andanzas y viajes*, del cordobés Pero Tafur, que recorrió muchos menos países y menos incógnitos que los visitados por Clavijo, pero que los describe mucho mejor, y que merece compartir con él el principado de nuestra literatura geográfica del siglo xv, digno prelude de la del siguiente.

X. El *Carro de las donas*, escrito en catalán por Fr. Francisco Eximenis, no es una versión del libro *De Claris Mulieribus*, sino un libro original en que Boccaccio está utilizado como otros muchos autores. El plan y propósito de ambas obras son enteramente distintos.

XI. Ningún autor de verdadera importancia puede decirse que falte en el cuadro que el Sr. Fitzmaurice-Kelly nos presenta de nuestra literatura anterior al reinado de Carlos V; pero hay una inexplicable omisión que no puede pasarse en silencio, por lo mismo que es tan fácil de subsanar y que todo el mundo ha de reparar en ella. En ninguna parte del libro hay tratado especial sobre los romances viejos: se habla rápidamente de ellos en varios lugares, sobre todo en la introducción; el autor se muestra perfectamente enterado de la materia, y libre de las preocupaciones todavía arraigadas en el ánimo de muchos; niega la supuesta antigüedad de estos cortos y bellísimos poemas; les asigna su verdadero puesto en la cronología literaria; apunta su derivación de los *Cantares de Gesta* y de las crónicas, pero todo esto como de pasada, sin insistir en materia tan capital, sin clasificarlos siquiera, sin hacer un estudio, aunque fuese somero, de los ciclos épicos, y prescindiendo casi por completo de géneros enteros como los romances carolingios y los novelescos y caballerescos sueltos. Es de suponer que en las próximas ediciones de su libro conceda el Sr. Fitzmaurice á esta parte tan selecta de nuestro tesoro poético la atención que merece, dedicándola un capítulo entero, sobre la base del admirable libro de D. Manuel Milá y Fontanals (*De la poesia heroico-popular*),

cuyo grande espíritu vemos resurgir ahora en los trabajos del joven D. Ramón Menéndez Pidal, digno continuador de los esfuerzos de aquel maestro ejemplar que orientó nuestra crítica en las tinieblas de la Edad Media, y nos enseñó á todos el recto camino y la severa disciplina del método.

XII. El estudio sobre los poetas y prosistas de la época de Carlos V, es uno de los trozos más excelentes de la obra que analizamos. La mayor parte de sus juicios están libres de toda controversia. Por mi parte, sólo haré una excepción respecto de Cristóbal de Castillejo, que no me parece bastante estimado por el Sr. Fitzmaurice. Se concibe que Quintana, con su rigor clásico, le escatimara hasta el nombre de poeta; pero un crítico de nuestros días no puede ser insensible al halago de aquellos versos tan fluidos, tan sabrosos, tan picantes y netamente castellanos, en que todo es soltura y donaire. El que prefiriera Castillejo los versos cortos á los endecasílabos, nada prueba contra sus dotes poéticas ni contra el contenido de su poesía. A nadie hay que pedirle cuenta de los metros que usa, sino de la habilidad con que los maneja y del caudal de pensamientos que en ellos vierte. Ni pueden estimarse fútiles, por el mero hecho de estar en antiguas coplas de pie quebrado, composiciones de tanto alcance satírico como el *Diálogo de las condiciones de las mujeres* ó el *de la vida de la corte*, que están llenos de las más audaces ideas del Renacimiento, y parecen inspirados en Ulrico de Hutten y en Erasmo. Castillejo fue, en fondo y forma, mucho mayor poeta que Boscán, Cetina y Acuña, y más que el mismo D. Diego de Mendoza, cuya verdadera grandeza intelectual no ha de buscarse principalmente en sus versos. Castillejo es el Clemente Marot español, y desde este punto de vista debe ser juzgado.

XIII. La agria cuestión entre el Dr. Villalobos y el Comendador griego Hernán Núñez, no versó sobre la traducción del *Amphytrion*, de Plauto, hecha por el primero, sino sobre sus glosas á Plinio, como puede verse en las Cartas de Villalobos, publicada por la Sociedad de Bibliófilos Españoles.

Este escritor donosísimo, modelo de prosa familiar, é importante también como vulgarizador científico, merecía mayor espacio del que se le consagra en este Manual.

XIV. El error de Quevedo, en lo relativo á la persona de Francisco de la Torre, no fue tan grande como el Sr. Fitzmaurice pondera. En ninguna parte le confundió con el autor de la *Visión delectable*, ni citó para nada semejante libro, ni tampoco las coplas del *Cancionero general*, porque si las hubiera tenido presentes, la comparación del estilo le habría desengañado. Lo que le descaminó, haciéndole suponer al poeta más antiguo de lo que era, fue un verso de Boscán, que cita, juntamente con otros poetas, entre ellos Garcilaso, «al bachiller que llaman de la Torre». Pero aun así, su buen sentido le infundió alguna sospecha, y por eso añade: «antigüedad á que pone duda el propio razonar suyo, tan bien pulido con la mejor lima destos tiempos, que parece está floreciendo hoy entre las espinas de los que martirizan nuestra habla». Para que todo sea misterioso y contradictorio en lo que se refiere á este dulcísimo poeta, Faria y Sousa dice redondamente: «Consta que fue conocido de Lope de Vega»; y el mismo Lope parece que lo desmiente en el *Laurel de Apolo*, suponiéndole contemporáneo de Garcilaso y celebrado por él. No es materialmente imposible compaginar las dos noticias, pero sorprende tanta longevidad. Acaso Lope quiso decir que Francisco de la Torre era digno de ser celebrado por Garcilaso y de estar á su lado en el Parnaso, ó imaginó con fantasía poética que allí estaban juntos ambos ingenios, y que Garcilaso celebraba al supuesto Bachiller. Ó acaso la especie del conocimiento de Lope de Vega con el incógnito La Torre (especie importante por ser el único testimonio directo que hay de su existencia), sea uno de tantos embustes como abundan en los libros de Manuel de Faria, y especialmente en sus comentarios á Camoens.

XV. Ha sido ligera distracción calificar de sevillano á Luis Barahona de Soto. Consta que nació en Lucena, estudió

en Osuna y murió en Archidona. La averiguación de su verdadera patria ya la hicieron Gallardo y D. Aureliano Fernández-Guerra, y de las andanzas de su vida dará cuantas noticias pueden apetecerse el hermoso libro de D. Francisco Rodríguez Marín, premiado por la Academia Española y actualmente en prensa. Allí aparecerá también completa la colección de sus poesías líricas, casi todas inéditas, pero dignísimas de salir de la obscuridad, porque son de lo mejor de su tiempo. Además, el Sr. Rodríguez Marín demuestra plenamente, á mi juicio, que Barahona es el autor de los *Diálogos de Montería*, publicados como anónimos por la Sociedad de bibliófilos españoles.

XVI. Ya que se habla del *Carlo Famoso*, de D. Luis Zapata, y se maltrata, como es debido, aquel fastidioso é ilegible poema (reprobación que debe extenderse á los demás versos impresos y manuscritos del mismo autor), convendría decir que este descaminado versificador tuvo la suerte de dejar un libro en prosa de lo más ameno y curioso que puede darse; una *Miscelánea* de anécdotas y casos de su tiempo, que es fuente de primer orden para la historia de las costumbres del siglo xvi. Está en el tomo XI del *Memorial histórico español*, colección en que abundan los documentos literarios, y que echo de menos en la nutrida bibliografía que acompaña á este Manual.

XVII. A propósito del famoso soneto *No me mueve, mi Dios, para quererte*, apuntaré como un dato más, y sólo á título de curiosidad que puede añadirse al excelente estudio del señor Foulché-Delbosc sobre este tema, la extraña analogía que presenta con estas últimas líneas de *El Rómulo* del Marqués Virgilio Malvezzi, traducido por Quevedo en 1631:

«Digamos, pues: No os amo, Señor, sólo porque me habéis criado; antes volveré á la nada por vos. Ni os amo porque me prometéis la visión bienaventurada de vuestra divina esencia; antes iré de mi voluntad al infierno por vos. No os amo, mi Dios, por temor de mal; que si es vuestra voluntad, yo le ape-

teceré como sumo bien. Os amo porque sois todo amable, porque sois el mismo amor...»

No tengo á la vista el *Rómulo* en italiano, pero supongo que Quevedo le traduciría fielmente, y no añadiría de su cosecha tan extraño final á la vida del primer Rey de Roma. Y como no es de creer que en un libro político y profano fuese á buscar sus afectos místicos el autor del soneto, tenemos un indicio más de que ya en 1629, en que imprimió Malvezzi su libro, existía el soneto, ó bien algún otro texto, en prosa ó en verso, en latín ó en lengua vulgar, que encerraba los mismos conceptos.

XVIII. A renglón seguido de haber hablado con excesivo rigor de las ocho comedias de Cervantes, llamándolas otros tantos fracasos (*failures*), hace el Sr. Fitzmaurice-Kelly justo elogio de los entremeses, y añade que entre estas farsas, la de *Pedro de Urdemalas* es la más brillante y primorosa. Y da la pícara casualidad de que *Pedro de Urdemalas* no es entremés ni farsa, sino una comedia en tres jornadas, digna ciertamente de encomio, como lo son también, por méritos diversos, *La Entretenida*, *El Rufián dichoso* y alguna otra de las comedias de Cervantes, tradicionalmente denigradas, sin que á los cervantistas mismos se les ocurra leerlas. Claro es que esta censura de ningún modo puede aplicarse al Sr. Fitzmaurice-Kelly, que en su *Vida de Cervantes* da pruebas de haberlas leído con atención, aunque en esta ocasión se haya distraído, como á todos nos sucede á cada momento en las cosas que nos son más familiares. Distracción es también, aunque mucho más leve, atribuir á Juan Domingo Roncallolo el libro de las *Varias aplicaciones y transformaciones*, para el cual escribieron sonetos burlescos Cervantes y Quevedo. El autor de este peregrino y ridículo libro se llamaba D. Diego de Rosell y Fuenllana, «sargento mayor en las partes de Italia»; y Roncallolo fue el impresor napolitano que estampó su obra en 1613.

XIX. Es muy bello y animado el cuadro que nos presenta el Sr. Fitzmaurice de nuestra gran literatura de los siglos xvi

y xvii; pero se advierten en él ciertas omisiones graves y enteramente contrarias á la equidad. Tomemos por ejemplo los épicos. ¿Cómo habiéndose hecho mención de poemas que no tienen de tales más que el metro, como la *Austriada* y el *Carlo Famoso*, no se dice ni una palabra de los tres mejores, que juntamente con la *Araucana*, poseemos: de la *Cristiada*, del P. Ojeda, que en sus buenos trozos llega á emular á Milton y á Klopstock, y deja á mucha distancia á Jerónimo Vida y á todos los poetas sagrados del Renacimiento; de *La Creación del Mundo*, del Dr. Alonso de Acevedo, el primero de nuestros poetas descriptivos, y en el manejo de la octava real, digno rival de Céspedes; y finalmente, de aquella intrincada selva poética en que la opulenta y lozana fantasía de Bernardo de Valbuena lidió con la del Ariosto, sin quedar enteramente vencido en la contienda? Ni para el *Bernardo*, ni para *El siglo de Oro*, ni para la *Grandeza Mexicana*, ha habido un rincón en estas elegantes páginas donde suenan los nombres de tantos ingenios por todo extremo inferiores á este grande y genial poeta, á quien dedicó Quintana un tomo entero de su *Musa Épica*. Y omitiéndose producciones originales de tanta cuenta, no es mucho que también falte el Licenciado Juan de Arjona, que sólo empleó su vida en traducir la *Tebaida* de Estacio, aunque esta traducción sea, sin duda, la mejor que de ningún poeta latino se haya hecho en castellano, y uno de los mejores modelos de versificación y lengua poética que en el siglo xvi pueden hallarse. ¡Qué no hubiera hecho Arjona si en vez de traducir la *Tebaida* hubiera traducido la *Eneida* en aquellas magistrales octavas suyas, trabajadas con tan docto artificio! Salvo la mala elección del poeta traducido, su obra merece figurar en toda historia de la literatura castellana, como figura la *Iliada* de Pope en toda historia de la literatura inglesa.

XX. Más reparable es la omisión de géneros enteros. Los prosistas didácticos, que tanto importan en toda literatura y son los que determinan el punto de madurez de la lengua me-

dian­te su aplicación á todo género de materias, apenas están representados en el presente *Manual*. Ya adivino lo que á esto ha de responderse. Lo mejor y más selecto del pensamiento español está en latín. El latín era la lengua oficial de la Teología, de la Filosofía, de la Jurisprudencia, en sus manifestaciones más altas. En latín escribían, no sólo los teólogos y filósofos escolásticos, sino los filósofos y pensadores independientes: Vives y Fox Morcillo, Sepúlveda, Gómez Pereyra y Francisco Sánchez. Pero en esto, como en todo, hubo excepciones; y así como al lado de la Teología de las escuelas, nunca más floreciente que en el período que va desde Vitoria hasta Suárez, creció pujante y viviendo de su sávia la Teología popular de los ascéticos y de los místicos, así también en el campo de los innovadores filosóficos hubo algunos, no muchos, que emplearon la lengua vulgar como instrumento. En castellano, y en admirable castellano, escribió Simón Abril su *Lógica* y sus *Apuntamientos sobre la manera de reformar los estudios*; en castellano escribieron Huarte y D.^a Oliva sus curiosos *Tratados de Psicología experimental*; en castellano, su *Filosofía Natural* Alonso de Fuentes. En otras ramas de la ciencia todavía era más frecuente el uso del romance, y puede decirse que los médicos y naturalistas se adelantaron á todos en este punto. Monumentos de lengua castellana en su mejor período son los libros de nuestros primeros anatómicos, Valverde, Bernardino Montaña y Luis Lobera de Avila. En un libro castellano, y con la modesta aparien­cia de un comentario á Dioscórides, consignó el Dr. Laguna, con tanta amenidad como erudición, la ciencia botánica de su tiempo. La bellísima *Historia Natural de las Indias*, del P. Acosta, ¿quién duda que pertenece á la literatura tanto como á las ciencias físicas? ¿Cómo se ha de omitir entre los textos de lengua la *Agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera, que es uno de los más clásicos y venerables? ¿No tuvo, por ventura, notables condiciones de escritor, aun en las materias más áridas, el Bachiller Juan Pérez de Moya, ingenioso vulgarizador de los conoci-

mientos matemáticos? En general, todos los libros que tenían algún fin de utilidad inmediata, se componían en la lengua de la muchedumbre. No era aún la lengua de la ciencia pura, pero era la lengua de las aplicaciones científicas. Tenían que usarla forzosamente los tratadistas de cosmografía y náutica, como Martín Cortés y Pedro de Medina; los metalurgistas, como Bernal Pérez de Vargas y Alvaro Alonso Barba; los plateros y quilatadores, como Juan de Arphe; los arquitectos, como Diego de Sagredo; y en general, todos los tratadistas de artes y oficios. Gran parte de las riquezas de nuestra lengua está contenida en esos libros que nadie lee. Muchos de ellos nada importan para la literatura; pero hay otros, como los escritores de arte militar y los políticos y economistas, en los cuales abundan páginas que, ya por la viveza de la expresión, ya por la gracia candorosa, ya por el nervio de la sentencia, ya por el vigor descriptivo, pueden ponerse al lado de lo más selecto de la prosa literaria de ese tiempo, con el singular atractivo de estar por lo común exentos de todo género de afectación retórica. El número de estos libros es tan grande, que impone hacer de ellos una selección inteligente y por grupos, y no sería de poca honra para nuestra lengua la crestomatía que de ellos se formase, para lo cual existen ya recomendables ensayos.

Es claro que entre los prosistas científicos y técnicos, los que tienen relación más inmediata con la literatura y en cierto modo hay que considerar inseparables de ella, son los gramáticos y los preceptistas literarios, puesto que la historia de la lengua y la historia de las ideas artísticas llega á confundirse con la historia del arte de la palabra hablada ó escrita. Nebrija y el autor del *Diálogo de la lengua* están oportunamente recordados por el Sr. Fitzmaurice; pero creo de toda justicia añadir el nombre de Bernardo de Aldrete, primer investigador de los orígenes de nuestro idioma, al hacer mención de Covarrubias, nuestro primer lexicógrafo. Críticos y preceptistas se mencionan bastantes en el cuerpo de la obra;

pero echo de menos á los dos más profundos comentadores de la *Poética* de Aristóteles, el Dr. Alonso López Pinciano en el siglo xvi, y D. Josepe Antonio González en el xvii; al Licenciado Juan de Robles, autor de los amenos y substanciosos diálogos que llevan por título *El Culto Sevillano*; á Fray Jerónimo de San José, cuyo *Genio de la historia*, tan bien escrito como pensado, puede ser todavía de útil enseñanza; y á algún otro de menos nombre.

Insisto tanto en esta materia, no porque deje de comprender que en una historia literaria deben ocupar el mayor espacio las obras de arte puro, las creaciones poéticas en el más amplio sentido de la palabra, sino porque la omisión total de las restantes manifestaciones puede hacer caer á muchos en el vulgar error de suponer que nuestra literatura de los dos grandes siglos se reduce á novelas, dramas, versos líricos y libros de devoción, siendo así que no hubo materia alguna que en castellano no fuese tratada y enseñada, con más ó menos acierto en cuanto á la doctrina, pero muchas veces con gallardía y desembarazo, con un vocabulario netamente castizo que, por desgracia, hemos olvidado ó sustituido por la jerga franca de las traducciones al uso. Es cierto que este daño no puede atajarse en un día, dada nuestra secular prostración y creciente abatimiento; pero algo podría remediarse si nuestros hombres de ciencia, cuya educación hoy por hoy no puede menos de ser extranjera, interpolasen sus arduas labores con el recreo y curiosidad de la lectura de nuestros libros viejos (como ya comienzan á hacerlo algunos), pues suponiendo que nada tuviesen que aprender en cuanto al fondo, aprenderían por lo menos los nombres castellanos de muchas cosas, y quizá se animasen á imitar aquella manera llana, viva y familiar de nuestros antiguos prosistas, que hace agradables aun para el profano libros que por su contenido no lo serían en modo alguno. Y esto se aplica, no sólo á los libros graves de ciencia ó arte, sino á los de apariencias más frívolas, á los de juegos, ejercicios y deportes caballeres-

cos y populares, como la equitación, la esgrima, la caza y hasta el baile. En todos estos géneros tiene la lengua castellana preciosidades, y un historiador de la literatura no debe olvidarlos completamente, aunque sólo sea por la luz que dan á la historia de las costumbres, y, por consiguiente, á la recta interpretación de los documentos literarios.

XXI. Esta misma exclusiva atención que el Sr. Fitzmaurice concede á las obras de índole estética pura, le hace ser injusto con la literatura del siglo XVIII en general, y con algunos de sus principales representantes en particular. Nadie niega la inferioridad artística de aquel siglo. La novela puede decirse que había muerto. El teatro popular se reduce á los sainetes de D. Ramón de la Cruz y de Castillo, olvidado este último por el Sr. Fitzmaurice-Kelly, aunque valga tanto como el primero, si no en cantidad, en calidad, es decir, en fuerza cómica, dotes de observación y gracejo del diálogo. El teatro clásico no produjo más obras de indiscutible mérito que las comedias de Moratín, perfectas sin duda (dos á lo menos) dentro de su género algo tímido; pero que con toda su perfección académica no pueden contrabalancear el enorme peso del único teatro español que el mundo conoce y admira. Los excelentes líricos, uno de ellos verdaderamente grande, que aquella centuria engendró en sus postrimerías, pertenecen al siglo XVIII por su nacimiento, educación é ideas; al XIX por la fecha de sus más célebres composiciones, en cuyo brío y pujanza no influyó poco la tormenta política de 1808 con todas sus consecuencias. Pero en aquel siglo de estimables medianías y de buenos estudios se cultivó con grande ahinco la prosa didáctica y polémica, y aparecieron una porción de obras utilísimas, que suponen un gran movimiento de ideas, un celo del bien público, una actividad en la cultura general, que hoy mismo nos puede servir de estímulo y aun avergonzarnos en la comparación. No hablaré de los grandes trabajos de investigación histórica, que nunca han rayado en España más alto; ni de la crítica arqueológica y artística que enton-

ces nació; ni de la controversia filosófica, tan viva, entre los sensualistas y los escolásticos, entre los partidarios de la Enciclopedia y los conservadores de la tradición; ni de los viajes y expediciones de naturalistas y geodestas; ni de la propaganda de las ideas económicas, en que tuvo Campomanes la mayor parte. Pero lo que no se puede omitir es que los más notables escritores del siglo XVIII son prosistas de este orden, y no pueden ser bien juzgados sino desde este punto de vista. Jovellanos, por ejemplo, resulta muy empequeñecido si sólo se considera en él al poeta lírico y al autor de *El Delincuente Honrado*. El voto casi unánime de los españoles, que pone á Jovellanos á la cabeza de nuestros escritores modernos, no se funda en esas obras, sino en sus escritos políticos, económicos y pedagógicos, en la *Ley Agraria* (que en Francia pareció digna de Turgot, y digna de Adam Smith en Inglaterra), en el *Tratado de Educación*, en la *Defensa de la Junta Central*, en los discursos de Bellas Artes, en la memorias arqueológicas sobre Mallorca, en su riquísimo epistolario, en toda su inmensa labor de polígrafo, que hace entrar en el molde de la lengua castellana y del período ciceroniano la parte mejor y más sana de las ideas del siglo XVIII, noble y castizamente interpretadas. Como prosista, Jovellanos tiene muy pocos rivales; como poeta, sería uno de tantos imitadores hábiles, si no le salvarsen sus dos sátiras y algunas epístolas. Y sin embargo, el Sr. Fitzmaurice apenas habla de sus obras en prosa, que son innumerables. La misma preterición comete respecto de D. Juan Pablo Forner, á quien sólo nombra para decir que fue antagonista de Iriarte, contra el cual escribió el libelo de *El Asno Erudito*. Ciertamente, quien sólo conociese á Forner por esta grosera é insulsa diatriba, formaría de él un juicio enteramente contrario á la verdad, teniéndole por un pedante brutal y estrafalario. Pero quien haya examinado sus obras serias, sus *Reflexiones sobre la historia*, sus *Observaciones sobre la tortura*, su refutación del Ateísmo, sus *Exequias de la lengua castellana*, que son el mejor libro crítico de su tiempo, su

informe sobre el estado de la enseñanza filosófica en la Universidad de Salamanca, y otros muchos rasgos de su fecunda pluma, reconocerá con Quintana que Forner era varón de «inmensa doctrina», y juntamente con esto, pensador original y agudo, prosista vigoroso, desembarazado y correcto, siquiera fuese descomedido en sus folletos satíricos, y duro, bronco y desapacible en la mayor parte de sus versos.

Por razones muy obvias prescindo de la parte de este Manual, dedicada á la literatura moderna. Faltan en ella bastantes nombres (los de Piferrer, Quadrado, Pastor Díaz y Ruiz Aguilera, por ejemplo), y quizá sobra alguno, mucho menos digno de loa. Algunos juicios me parecen definitivos; con otros no estoy conforme: creo, por ejemplo, que ni García Gutiérrez (que hizo algo más que *El Trovador*), ni Hartzenbusch (que hizo algo más que *Los Amantes de Teruel*), ni el mismo Tamayo (entre cuyos dramas no se menciona siquiera *Lances de honor*, que es por ventura el más original y valiente de todos los suyos), están apreciados en su justo valor ni estudiados en la rica y varia galería de sus obras. Pero el discutir todo esto me obligaría á dar doble extensión á este prólogo; y, por otra parte, siendo yo de los más benévolamente tratados por mi amigo Fitzmaurice-Kelly, parecería sospechoso en lo que alabase y quizá ingrato en los reparos que pusiese. Además, se trata de materia que está al alcance de todos, que no ha adquirido estado definitivo, y en que nada tiene de particular que no coincidan siempre los fallos de un extranjero con los que en España son más generalmente admitidos.

Y aquí doy término á estas observaciones, que muchos graduarán de impertinentes y prolijas, pero en las cuales he querido dilatarme por lo mismo que se trata de un libro de positivo y relevante mérito que está destinado á prestar grandes servicios, y que nada perdería con estas enmiendas de detalle, suponiendo que yo tuviese razón en todas ellas. Ninguna obra de este género nace perfecta; basta que supere con mucho á las anteriores, y yo me regocijaré de que, penetran-

do este libro en la enseñanza, pueda gloriarse su autor como se glorió Antonio de Nebrija de haber desarraigado de toda España «los doctrinales, los Pedro Elías y otros nombres aún más duros, como los Galteros, los Ebrardos, los Pastranas y otros no sé qué apostizos y contrahechos gramáticos, no merecedores de ser nombrados».

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Santander, 15 de Julio de 1901.

VIAJE DE UN ESPAÑOL Á TIERRA DE CHINA

SOLEDAD (1)

Suez á la vista, es decir, un fondo de casas á orilla del agua, allá en la playa, y entre ellas y nosotros unas cuantas balandras mal cuidadas y sucias, en las que vienen árabes, aún más mugrientos, á ofrecernos dátiles, higos secos y cajitas de rajat lakum. La gente del vapor no les permite subir, pero ellos no necesitan escala, trepan por el mástil de su barca, y, cuando los bandazos descomunales de ésta los acerca, desde el tope saltan á la borda.

Uno tras otro van entrando en la bahía los vapores que nos seguían; cuando el último acaba de reunírseos, la sirena del nuestro pita, y emprendemos otra vez la marcha.

Casitas blancas de Suez, terrados á estilo de moros, y tú, canal, que tan distinto recuerdo, pronto os ví distantes, más distantes, muy distantes, y os perdí en la lejanía transparente.

Ibamos por el golfo, y á medida que marchábamos entrábase al fondo del alma el sentimiento de soledad, que cayó so-

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA de 1.º de Julio de 1901.

bre mí la noche que salí de casa. Llevaba los ojos abiertos, mas la mirada parecía resbalar sobre lo que veía, y de retorno sólo se traía mayor sencillez de tristeza.

¡Qué lugar aquél! El mar es verde, verde obscuro, como sólo se ve allí ó en las pinturas; las tierras, que pasan á lado y lado, rojizas; el cielo, azul, puro añil desleído en un solo tono: tierras, cielo, mar, todo acaba cortado por líneas perfectamente distintas, y allí no hay nada que no sea verde, rojizo ó azul, nada más que el vapor que pasa por la desolación inmensa, y se apresura á pasar porque extraña el sitio.

¿Quién se atrevería á llamar paisaje á los montones de arena calcinada, que arrancan de la mar inmóvil y suben á buscar la bóveda azul sin que un árbol, ni un matojo de zarzas, ni una brizna de hierba cubra sus laderas? ¿Quién que pintara las dos tintas monótonas del mar y el cielo, creería en su obra luego que el original no estuviese delante?

Figúrese, señor, una vista de la tierra en los días de la creación, cuando de la mano de Dios no habían salido aún animales ni plantas, ó si no en la mañana aquella en que, después del diluvio, brilló el sol por vez primera sobre la tierra, lavada de su impureza y sus ropajes, imagíneselo tan triste y solo como pueda, muy quemado, muy árido, y aun lo es más el pasaje famoso en que Asia y África se miran, y, á manera de saludo, cambian sus arenas.

Al medio día, á la tarde, siempre lo mismo: de la parte de Africa, viendo las costas de Egipto; de la parte de Asia, la Península del Sinaí.

Oí decir que se le divisaba al Monte Santo, allá entre los picachos de una sierra que cierra el horizonte del lado que el sol sale, y como me hallaba tristón y apenado, pensando sacar consuelo de su contemplación, llevé la vista á la más alta de las cimas, que era la más lejana también. Díjeme que á la montaña aquella había descendido el Altísimo; quise sentir algo, y os digo con verdad que nada sentí.

Miraba fijamente, y cuanto más miraba íbase mi imaginación más lejos, á mi tierra, á mi casa; veía á mi hijo corriendo por todas las habitaciones, y renacíame el deseo de tenerlo otra vez á mi lado. El recogimiento y la adoración que yo esperé bajarán al fondo de mi alma; á la contemplación de tales lugares no llegaban, y si llegaba á abstraerme, sólo se me ocurría que el cielo añil, tornado cárdeno, y el espacio, encendido por los relámpagos que acompañaron al Señor, debía ser horrendo. Buscaba consuelo, y el corazón se me encogió más aún. A la idea de cómo debieron ser los cielos, las tierras y los mares, el día solemne entre los solemnes del Sinaí, esperando sentir temor de Dios, me sobrecogió á modo de miedo.

DE DOS SEÑORES VIAJEROS Y DEL TÉRMINO DE MIS SOLEDADES

Y así continué, y así estaba al despertar la mañana del domingo, día que cumplía la primera semana del viaje, pensando en los míos que quedaban en tierra de España, calculando el tiempo que había de transcurrir para que yo recibiese la primera carta, para mi vuelta, para mil cosas más.

Lo que acabábamos de pasar, el viaje de suave deslizamiento por las aguas muertas del canal, la eterna vista de arenales terrosos, perdíase en la memoria como si fuera recuerdo de años.

Tan ensimismado estaba, que ya hacía un buen rato que andaba por cubierta cuando empecé á darme cuenta de lo que hacían á mi lado. Noté que la parte del vapor en que yo estaba quedaba sola, oí una campanilla, y pasando á la banda opuesta, ví gente descubierta, mujeres arrodilladas, y al fondo del corredor que cerraban lonas y banderas, un sacerdote que se acercaba á un altar, con el cáliz en las manos.

La misa en el mar. ¿Qué espera su merced que yo le diga? francamente, ¿que es escena grandiosa? ¿que lleva á altos y re-

ligiosos pensamientos? Así debe ser para otros, sí, señor; así debe ser, porque más de una vez lo he visto escrito; pero yo, pecador de mí, presencié tan solemne espectáculo, y á pesar de mi buena voluntad, quedéme bajo, bajo, entre las realidades archiprosáicas.

Antojábaseme que los que me rodeaban estaban rabiando porque la misa terminase, que los que leían no pensaban en lo que decía el libro, ni los otros en lo que tenían delante; y cuando el señor cura echó la bendición y se retiró con el cáliz, habría jurado que todos respiraban satisfechos como chiquillos que salen de la escuela.

Lo cual no quiere decir que tal fuera el caso, sino que á mí me lo pareció. Estaba yo empecatado, ninguna duda me cabe, y por eso, después de calumniar de descreídos á mis compañeros, se me antojó que ellos, su conversación, hasta el vapor mismo, tenían la culpa de mi falta de fervor, que si yo no me había conmovido á la vista del monte de la Zarza, y hasta casi me reí cuando ví á un fraile señalar el punto preciso por donde Moisés había cruzado el Mar Rojo, era por estar en su compañía, por ir en aquella feria sin tiendas, posada flotante ó como quiera llamarla, que yo solo, en presencia de tan sublimes lugares, habría caído postrado en adoración.

Esto era orgullo, señor mío; soberbia inmensa. Ni yo era mejor que los que me rodeaban, ni su presencia me hacía peor de lo que yo era; y si hubiese tenido tanto así de gracia, habría sentido la presencia del Altísimo allí igual que en el fondo del desierto.

Poco después, cuando bajaba á almorzar, me encontré en la escalera al Sr. Cohen. Se encaró conmigo, como si me anduviera buscando, y dijo:

—¿Ha visto usted al Obispo?

—No, señor; como la costa está tan lejos y no tenía arriba los...

Me interrumpió impacientado, y dijo:

—El que está á bordo, el Obispo católico.

Seguí mirándolo fijamente sin desplegar los labios.

—Pero, ¿lo ha visto usted?—insistió.

—¿A quién?

—Al Obispo.

—¡Ah!...

—¿Lo ha visto ya?

—No sé; quizás...

—Sí, sí; quizás — prorrumpió, y entreverando esas palabras con otras que, por fuera, parecían tacos alemanes, se marchó en busca de quien supiese dar todo su valor á la noticia.

Mientras almorzaba le ví pasar y repasar varias veces por delante de la lucera, y supuse que andaría tomando vistas del Obispo aquel que se nos aparecía sin saber cómo ni por dónde.

Cuando volví á cubierta ví á un señor grueso, bajito, con sotana morada y una cruz de oro pendiente sobre el pecho, que hablaba en medio de un grupo de frailes franciscos. Los frailes venían en el vapor desde Marsella, al señor bajito lo encontraba por primera vez, acerquéme y le besé el anillo á su ilustrísima.

—¿Español?—me preguntó.

—Sí, señor.

Es gran recomendación para los sacerdotes de todos los países, sacerdotes católicos, se entiende, el ser de nuestra tierra, y si por desgracia se añade á esa condición la de ser carlista, la recomendación se mejora en tercio y quinto.

Hablé un poco con el señor Obispo y su coro, y los dejé. Tenía prisa por encontrarme al Sr. Cohen. Apenas me vió, levantóse de su silla y me gritó:

—¿Pues no decía usted que no lo había visto?

—¿A quién?

—Al Obispo.

—Sí.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?...

—¿Cómo le habla?

Sonreí, y dándole una palmadita en el hombro, dije:

—Famoso, famoso este señor Cohen.

—Pero...

—Nada, famoso; — y sin más, me senté en la silla que él acababa de dejar.

Me miraba incomodado, casi diría furioso, y todo porque no sabía por dónde tomar mi contestación. La idea de que alguien pueda reirse de él, no le ha pasado jamás por el magín. Decíase que mis palabras eran una prueba más de mi imbecilidad; pero esa explicación tan halagüeña para él, no le dejaba del todo satisfecho.

De pronto, cansado de darle vueltas al acertijo, separó de mí la vista, la fijó en un caballero que estaba frente á mí, y recobrando el tono usual de superioridad, dijo:

—Tengo el honor de presentarle á usted al Mayor Wall.

Hice una reverencia, y tendí la mano al Mayor.

—Una persona—siguió Cohen—de indiscutible mérito.

—Pues cuando usted lo afirma...—intercalé.

Me miró el Mayor, y cortando la palabra al Sr. Cohen, propuso que pidiéremos un *cock-tail*.

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE VIAJE

SE ME PRESENTÓ UN AMIGO

Un señor que, cuando menos lo esperaba, me dirigió la palabra. Contaba para ello con el título indiscutible de hablar y discurrir en castellano.

No me había tratado antes porque me creía de otra procedencia, mejor dicho, no sabía de dónde podría ser.

—Sin oírle hablar—me dijo—conocí que no era usted francés, porque no llevaba botón de condecoración ninguna; ni in-

glés, porque comía de todo y con naturalidad; ni alemán, porque gasta usted camisola; ni yanqui, porque no le he visto pedir hielo; pero de las demás naciones no sabía cuál darle por patria, y como usted era el único que me quedaba sin clasificar, pregunté á los camareros.

Yo soy de Castres, en el Languedoc; mi madre era tortosina; ahora viajo por cuenta de una casa de Burdeos.

No crean que empleó muchas más palabras de las que dejo escritas, y si dijo más, como salieron á escape unas tras otras, se me borraron de la memoria. Aún no me había dado yo cuenta de su persona cuando él acabara de hablar, y plantado delante de mí con la gorrilla ladeada, una mano en el bolsillo del pantalón, y en la otra una pipa corta, me miraba pidiendo franqueza por franqueza.

Después llegué á estimarlo sinceramente, pero en el primer momento me cargó hasta los topes. Era un gran sujeto, con mucho, mucho corazón y un afán extraordinario por enterarse de todo.

¿De qué no se cansará uno? Hasta de ver tierra desde el mar.

Ganas tenía de que desaparecieran las ingratas playas del golfo de Suez, y algo bueno hubiera dado porque en ella quedaran el comisionista francés y mi compañero de camarote.

De noche, bajo miles de miles de estrellas que titilan en el cielo, negro de puro azul, fuíme al castillo de proa.

La tierra desaparecía en el horizonte por uno y otro lado. No habría luna hasta cerca del anochecer; el *Saghalien* marchaba, mar Rojo adelante, sobre la masa obscura de las aguas, y en el punto en que las cortaba el tajamar, dos rebordes luminosos surgían.

Eran franjas anchas de luz fosforescente que lamían las primeras planchas y se difundían en nebulosa azulada sobre el fondo obscurísimo de las olas. El mar, apoyado ante nos-

otros, parecía inflamarse un momento al romperlo el buque. Más allá de la pequeña mancha luminosa, sólo se entreveían las ondulaciones tendidas del agua.

Lenta subía la proa para bajar acompasadamente después y erguirse de nuevo. Allí donde sólo teniais delante mar y noche, y el barco entero se reducía á un punto, gozábese el placer del movimiento.

La fuerza que os llevaba á través de noche y mar, se os infundía sin notarlo. Sentiais caer la enorme pesadumbre de la nave sobre la masa líquida, y después la energía poderosa que subía la mole de hierro á la cima de las olas.

Cosa grande es, señor, el rápido avanzar entre tinieblas sobre los abismos hondísimos, y vuesa merced, que jamás ha navegado, créame que ha perdido un goce singular.

Volví á mi camarote, porque el comisionista de Burdeos se acercó canturreando.

El Sr. Cohen roncaba al compás de una polka que aporreaba en el piano no sé quién.

La majestad serena del mar borróseme de la imaginación, y volví á encontrarme una vez más en el hotel flotante de las Mensajerías.

NUESTRA ARISTOCRACIA

Al salir de Marsella, los personajes de á bordo eran un *baronet* y dos escoceses propietarios de islas en el archipiélago Marshall; pero al llegar al Mar Rojo los tres han sido desbancados, y la persona más distinguida de todo el barco es la *signorina*, la *signorina* Lydia Pandolfini.

Monseñor nunca pintó gran cosa.

Verdad es que en todo esto voy hablando por boca del señor Cohen, y el Sr. Cohen no es cristiano.

El *baronet* está loco y viaja para curarse. Va con él un

E. M.—Agosto 1901.

amigo suyo, que supongo recordará este viaje toda su vida.

Mi compañero de camarote, que sabe muchas cosas importantes, ha sacado un libro en el que se dice que el *baronet* está llamado á sentarse algún día en la Cámara de los Lores y á heredar tierras no se dónde, títulos y muchas cosas más; pero yo no me enteré bien, porque me quedé dormido mientras leía, y no sé en qué paró el cuento.

Confío en Dios, por la mucha amistad que profeso á los ingleses, que las profecías del libro del Sr. Cohen se cumplirán al pie de la letra, y el *baronet* entrará pronto en posesión de sus títulos para mayor felicidad de sus cientos de colonos y servidores.

Interin le dan su asiento en la Cámara, ha escogido como preferente uno, que vuesa merced no adivinaría si no estuviera yo aquí para decírselo, y es ni más ni menos que la borda del buque, sobre la cual, en todas las posturas imaginables, sigue los balances y cabezadas con equilibrios inconcebibles.

Y como no puede hacerlo de día, ni á las horas de la noche en que aún anda gente sobre cubierta, porque los que lo vieran se lo impedirían, espía los momentos en que su amigo duerme y la toldilla está solitaria para cumplir su antojo.

Una vez lo ví, y lo recuerdo como una pesadilla.

Estaba descubierto, en mangas de camisa, en cuclillas, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en los muslos, mirando á bordo.

Al verlo, y seguramente por debilidad mía, se me pusieron los pelos de punta.

¿Qué ideas pasarían por la cabeza aquella? ¿Qué miraría con tanta fijeza?

No era el temor de que un balance inesperado lo lanzase al mar sin fondo, no, no era afecto por él, que ninguno sentía; daba miedo la misma serenidad de sus ojos asustados á un punto de la cubierta, que quizás no viera, la pasividad absoluta con que subía y bajaba á cada cabezada del barco, la indiferencia con que gozaba de su capricho de loco, acariciado el

día entero y realizado por fin á aquellas altísimas horas de la noche. Tenía en su extravío el propio aire de frialdad sistemática con que paseaba de día por cubierta. Y si antes me causaba antipatía, desde esa noche y ese instante me inspiró lástima grandísima; por él, por su madre, por mí mismo. ¡Dios, mi Señor, y qué poco, poco, somos en este mundo!

Al cabo de un rato llegó el amigo del *baronet*, y sin mostrar extrañeza ni hacerle reconvenciones, le invitó á beber una cerveza, y juntos se fueron.

No volvió ninguno de ellos, mas yo no pude pegar los ojos en toda la noche.

Los dos escoceses son de otra madera que el *baronet*, y por más que al Sr. Cohen no le inspiran tan santo temor, á mí se me antojan más personajes que el otro.

Van á pasarse unos años en sus posesiones, viviendo con los kanakas, cazando por distracción y recogiendo *coprax* por negocio. Cuando quieren reunirse un rato se embarcan en una lanchita de vapor, y con sólo viajar cuarenta horas, ya están juntos, si el mar no ha dispuesto otra cosa ni ha habido ciclones que amenizaran la travesía.

Los tengo muy bien vistos, porque eso de repetir á lo vivo la historia de Robinsón, aunque sea con rifles y lanchas de vapor al alcance de la mano, es hazaña de las que me parecen más para leídas que para ejecutadas.

Se pasan la vida en el saltillo de popa, tendidos en dos pezones de paja, bebiendo copas de whisky y botellas de agua de Seltz.

Pero vea que ha entrado en escena la *signorina* Lydia, y *Baronet* y *Robinsones* han sido relegados á la obscuridad, debiendo notarse que el triunfo de la *signorina* es tanto más glorioso, cuanto que nadie la ha visto ni sabe de ella con verdad cosa ninguna.

Traía tomado el pasaje desde Marsella, pero en Marsella no embarcó; pasamos por Port-Said, y nada; llega la escala de Suez, y tampoco; eso no obstante, á las pocas horas de entrar en el Mar Rojo, todos los que pasamos por delante de su camarote pudimos ver un par de botas de lona blanca, muy pequeñas, puestas junto á la puerta, y oímos hablar en italiano á dos ó tres personas, que cuando no hablaban todos á una, se reían, sin duda por no perder el tiempo.

Y no hubo más; con sólo dejar ver sus botitas y aparecer como por ensalmo, la *signorina* Lydia Pandolfini fue de una vez, indiscutible é indiscutida, la persona más notable de todo el barco.

Djedah, el puerto de la Meca, queda allá en la costa que se ve en el horizonte, y tan lejos queda, que ni acierto á divisar con certeza dónde está.

¡Qué no hubiera dado yo por entrar en él si ahora fuesen los días aquellos en que, hundido en el sillón grande del comedor, con el alma entera asomado á los ojos, leía á Julio Verne.

Hoy, en cambio, sin verlo, lo adivino; prefiero pasar lejos, y guardarme en el fondo de la memoria un nombre que no represente nada preciso y evoque escenas soñadas y perspectivas llenas de luz.

SOBRE LAS AGUAS DEL ESTRECHO

Bajando al Sur, cerca ya de la salida, el Mar Rojo se estrecha, y se ve la costa por banda y banda. Es la misma costa de siempre, estéril y desnuda por los dos lados; mas como navegábamos próximos á la orilla de Asia, parecía ésta más triste; hubiéramos ido bordeando la otra, y aquélla, de cierto, se nos hubiera antojado más desolada.

¡Soberbios dominios tiene el Sultán! Montañas peladas,

rojizas como montones de teja machacada, que suben con declive uniforme desde el mar verdoso hasta la cúspide, donde se alza una torrecita blanca. Una torrecilla acá, otras algunas leguas más lejos, otra en el último pico que se divisa, y eso es todo; los montes se unen á los montes formando una pared altísima, en la cual no véis aberturas, ni resquicios, ni una senda, ni vestigios de una choza; allí no ha vivido nadie nunca, ni nadie pasa, porque semejante lugar, olvidado de Dios y de los hombres, no es tránsito para ninguna parte.

Al fin, en fuerza de acercarse, las dos tierras dejan al mar un portillo tan sólo por donde meterse, y como si aún se les antojara ancho, en medio de él han soltado un montón de tierra que divide el paso en dos.

Y allí está la isla de Perim, larga y angosta, al mismo andar del estrecho, semejante á una barcaza entre árabe y africana, anclada enmedio de la corriente y que la corriente hubiese hecho virar.

En toda la isla no véis más que una casamata á una punta, un cartelillo en lo alto, un tablero grandísimo en el que desde á bordo leéis en letras enormes el nombre de Lloyd, la gran firma aseguradora de Londres, y un semáforo, desde el cual nos saluda la bandera inglesa.

Sin ver los colores habría jurado que era ella, porque encrucijada de los mares con islita por contera, es plato de gusto que no dejan ir los fieles súbditos de su graciosa majestad:

El Mayor hablaba con el Sr. Cohen y otro pasajero, pero alzó la voz en beneficio de los que estábamos menos cerca de él.

—Pues debe usted creerlo, sí, señor, y no hay motivo para que lo ponga en duda; sería una necedad sostener lo contrario.

Estas palabras de pura cortesía se dirigían al Sr. Cohen, que balbuceó no sé qué.

—Sería una necedad, porque yo conozco á los ingleses cien

veces mejor que usted, y sé cómo pasó la cosa por un capitán francés á quien conocí en Alaska.

Mi compañero de camarote hizo un gesto como indicando que ante semejante cúmulo de pruebas no había lugar á duda, y el Mayor, sin hacerle caso, prosiguió:

—Ello fue allá hacia 1857, año arriba ó año abajo. En Europa estaba aún caliente el rescoldo de Sebastopol, y la cuestión de los principados danubianos todavía sin resolver. Inglaterra, que no quería á bien ni á mal la apertura del Canal de Suez, se entretenía en poner chinitas á Lesseps, y Francia apoyaba á éste como buenamente podía.

Por la época que digo, empezó á traslucirse que el Gobierno egipcio acabaría por ceder á las instancias de los franceses, y por lo menos, si todo el mundo no se enteró, los Gobiernos de las grandes naciones lo supieron.

Un día, con gran sorpresa del Gobernador de Adén, que no esperaba la visita, vea usted que entra bahía adelante un buque de guerra francés destacado en los mares de la India.

No sé á punto fijo si el Comandante del barco se lo contó confidencialmente al Gobernador, ó si fue éste quien se caló el objeto del viaje; lo cierto es que las autoridades inglesas supieron, ó dieron por sabido, que el barquito aquel, que tan inesperadamente se presentaba, traía la misión de ir á tomar posesión en nombre de Francia, de la isla de Perim.

La noticia no pareció causar disgusto á los ingleses; proporcionaron al buque amigo lo que necesitaba, y á su tripulación, más amiga aún, le ofrecieron un banquete para aquella noche. Claro está que los franceses no pudieron renunciar al convite. ¿Qué francés rehusa un buen rato á la mesa?

Entretanto, con los preparativos de la fiesta primero, y después con el calorcillo de los vinos, se le iba despertando la memoria al Gobernador inglés, y ésta, casualmente sin duda, le hacía presente que el islote á donde iba el francés había sido ocupado antes, á fines del siglo anterior, por Inglaterra ó por la Compañía de las Indias, que venía á ser lo mismo.

De poco sirve la memoria cuando está abandonada y sola; pero el Gobernador no parecía tener memoria á secas, y despertando al propio tiempo la voluntad, y con ésta al Comandante de un vaporcito de guerra anclado en la bahía, hizole saber que no recordaba si en un islote que está á la salida del Mar Rojo, islote que pertenecía á su graciosa Majestad, se iza-
ba aún á diario la bandera inglesa, que la noche era muy á propósito para dar un paseíto por mar y poner en claro el punto, y que como en este mundo parece existir una corriente magnética que hace se nos ocurran las mismas ideas á más de un mortal al mismo tiempo, por si alguien tenía la idea de ir también por los mismos parajes, convenía que la bandera ondeara en sitio visible desde toda la costa, y que en tierra quedara un destacamento de marinería para custodiar la enseña.

Y así se hizo.

Al siguiente día, el Comandante francés dió al Gobernador las gracias por su fiesta, y despidiéndose amistosamente de él, salió á recoger en Perim la llave de la salida del Mar Rojo, en previsión de que á Mr. Lesseps le dieran en el Cairo la llave de la entrada, con cuyas dos seguridades, en manos de Napoleón III, no habría modo de que su aliada Inglaterra tomara sin su permiso el nuevo y cortísimo camino que se abría á las Indias.

El buque francés llegó á su destino, sacó la bandera que debía saludar á diario las costas del Yemen... y á poco, con la bandera cuidadosamente guardada, tomó rumbo á Oriente.

Creo que esta vez no tocó en Adén.

El Mayor cuenta las cosas con muchos detalles, y no he podido reproducir toda su historia e por b como él la refirió. Cuando acabó de hablar estábamos con la punta Sur de la isla; en una ensenada que mira á Africa descubrióse un aviso de guerra tranquilamente fondeado, y su merced quizás lo dude, mas yo tengo por seguro que todos los que lo vimos, á una y sin vacilar, creímos estar contemplando el barquito

que cuarenta años antes había burlado al Comandante francés.

La historia del Mayor podrá ser falsa; pero todos los que la oímos, y yo el primero, la creímos á pies juntillos, porque los ingleses sabido es que son modelos de buena fe; pero... qué demonio, *aliquando bonus*, y una golondrina no hace verano.

RAFAEL FARIAS.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: *República Argentina*: La conversión de la Deuda exterior.—Manifestaciones populares.—Cambio de Ministros.—La actitud de Mitre.—Fiestas en su honor.—*Chile*: La cuestión presidencial.—Muerte del Presidente Errázuriz.—Mont y Riesco.—La sanción del arbitraje.—*México*: El próximo Congreso Panamericano.—Opiniones de la prensa americana.—*Cuba*: La declaración de su independencia.—La intervención militar yanqui.—El primer Presidente.—*Estados Unidos*: Compras y anexiones.—San Thomas.—Curaçao.—La neutralidad de los Estrechos y Canales.

Han producido en Europa general admiración los desórdenes políticos de que ha sido teatro en la Argentina la ciudad de Buenos Aires en los primeros días del mes de Julio. Puede decirse que desde la mitad de Mayo, las fiestas de público regocijo se habían sucedido en aquella capital casi sin interrupción, habiendo puesto como remate y cima á ellas las que tuvieron lugar el 26 de Junio por haber cumplido en dicho día ochenta años de edad el ilustre General, ex Presidente de la República, é historiador y académico y literato, Bartolomé Mitre. Estas fiestas tan repetidas, no sólo denotan la situación de un pueblo que florece en el seno de la prosperidad y de la abundancia, sino que su bienestar descansa en el regazo de la tranquilidad. Es cierto que mucho antes de que el Presidente Roca leyera su mensaje de apertura en las tareas legislativas, desde que la voz pública no hizo un misterio de que la última

expedición del Dr. Pellegrini á Europa había tenido por objeto concertar con los tenedores de las deudas argentinas y con la banca de Londres un arreglo en virtud del que la situación económica de la República pudiera despejarse más y hacerse más fáciles sus operaciones en su marcha normal por medio de una gran unificación de todas ellas, esta cuestión había sido muy debatida, lo mismo en los círculos financieros de Buenos Aires, que en las plazas comerciales de Europa á que aquéllas Deudas están afectas por la gran masa que circula en sus cotizaciones. Pero ni los juicios que se vertieron sobre los planes de Pellegrini, que siempre se consideraron concertados con el General Roca y su Ministro de Hacienda, el señor Luis Berduc, cuando se hallaba en Londres negociando con la casa Rodschildt y con el banquero Tornquist, que es el principal monopolizador en Europa de los negocios argentinos, ni los que se consagraron al avance ya oficial que de aquellos planes se hizo en el mensaje del General Roca, antes de presentarlos al debate y aprobación de las Cámaras reducidos á proyectos de ley, fueron de tal y tan enconada oposición, que hicieran sospechar pudiesen prestarse á los sucesos tumultuosos y agresivos que en la capital de la República se han efectuado, y de que nos dieron noticia los telegramas llegados á Europa el día 3.

Los técnicos de Europa, sin poder analizar los términos en que la unificación sería propuesta, y juzgando por sus respectivas impresiones, solamente habían formulado esos dictámenes ambiguos y nebulosos que, en su escepticismo convenido, jamás exponen á sus autores al descrédito del desacierto, dejando siempre abierto algún resquicio para ufanarse de haber acertado en el caso de un éxito desconocido. El *Economist* no tuvo sobre la negociación una opinión concreta, hasta que su corresponsal en Buenos Aires le advirtió del mal efecto que había causado la noticia de que la base de la operación se sustentaba sobre una garantía cuantiosa, las tres cuartas partes de su producto, de las rentas de Aduanas, la más saneada y

florecente de que la Argentina dispone, no sólo hipotecada por cincuenta años y en un 75 por 100 á los fiadores de la operación, sino reconociendo á éstos el derecho de intervenirla. El *Financial Times* sólo echó de ver para apoyar sus incertidumbres, el contraste que ofrecía el pesimismo recargado que respiraba la prensa de la capital bonarense, con los optimismos que se habían desplegado en el mensaje presidencial. Aquellos pesimismos los consideraba la *Westminster Gazette* extremados por la pasión política, teniendo en cuenta que el negociador Pellegrini era candidato á la sucesión presidencial de Roca, enfrente de otros pretendientes, y dando como síntoma todo el valor merecido á la firmeza de los títulos y valores argentinos en el *Stock Exchange*: y otros periódicos, entre ellos el mismo *Times* y el *Daily Mail*, abrían el ánimo á grandes confianzas, no esperando la *Pall Mall Gazette* con las casas emisoras de los nuevos títulos de la conversión, sino el momento que el voto de las Cámaras argentinas determinasen oportuno, dadas las favorables condiciones en que la plaza se hallaba.

El calor de las fiestas mayas y de las fiestas de Junio no logró hipnotizar en Buenos Aires la atención vigilante de los opositores á los proyectos de Berduc, sobre lo negociado por Pellegrini con los banqueros de Londres. Al frente de esta oposición se habían puesto *La Nación*, *La Prensa* y *El Tiempo* enfrente de *La Tribuna*, que es el órgano del General Roca, y de *El País*, fundado para sostener las pretensiones del señor Pellegrini. *La Prensa* acusaba al Presidente Roca de que en los veinte años que hace que sobre la política argentina se hace sentir su influencia, la Deuda nacional ha aumentado de 86.000.000 de pesos oro á 435.000.000. *La Nación*, luego que le fueron conocidos los proyectos legislativos, vió en la unificación que se proponía la lápida del crédito argentino, y *El Tiempo* llevó su enojo y su censura, no sólo sobre el Presidente Roca, el Ministro Berduc y el senador Carlos Pellegrini, que acababa de escribir con su palabra «la página más depresiva

para el Parlamento argentino», sino hasta contra el General Mitre y el Dr. Mantilla, que debiéndose oponer á la conversión, lo excusaron con su ausencia, y hasta contra el ex Presidente Uriburu, que se limitó á votar en contra del proyecto, en lugar de haber combatido con energía el discurso con que lo apoyó Pellegrini.

Es curioso que habiéndose sometido el proyecto de conversión á la aprobación de las Cámaras el 9 de Junio, y habiendo sido aprobado por el Senado, hasta los primeros días de Julio, en que debió votarlo la otra Cámara, no estallaran las revueltas populares contra él. La violencia de estas manifestaciones condujeron al Gobierno á decretar la suspensión de las garantías constitucionales y á la declaración del estado de sitio por seis meses, después de autorizado el Poder Ejecutivo por el Senado para determinación tan extremada. Después se suspendió la publicación de *La Nación* y *La Prensa*, los dos periódicos más sesudos é importantes que se publican en toda la América de nuestra lengua. Aunque se tenía seguridad de que el proyecto sería aprobado en la Cámara por una mayoría de setenta votos, la votación se suspendió, entre tanto que las turbas, á cuya cabeza se hallaban los estudiantes, sembraban el desorden y el pánico en las calles de la Florida, sitio predilecto de Pellegrini para pasear con sus amigos; las de Cuyo, Corrientes, Rivadavia, Maipú, Plaza y Avenida de Mayo y calles de la Reconquista, San Martín y Cachabuco. Las redacciones de *El País* y *La Tribuna* fueron asaltadas por la muchedumbre, que causó grandes desperfectos en sus respectivos edificios, y el senador Pellegrini, reconocido en la calle de Maipú, fue agredido á pedradas, de una de las cuales quedó herido, aunque no gravemente, en la cabeza.

Las iras populares no sólo descargaron sobre el antiguo ex Presidente y candidato á la nueva sucesión del General Roca, sino contra los dos Ministros que en el Gabinete representaban personalmente al grupo de Pellegrini, esto es, el Ministro de Instrucción pública, Osvaldo Magnasco, y el de Ha-

cienda, Luis Berduc. Magnasco, que desciende de una familia genovesa de Saona, como Pellegrini del Piamonte, ha querido introducir en la Instrucción pública de la Argentina reformas radicales, conformadas al patrón de las nuevas instituciones docentes que en Italia se han puesto de moda, y que Italia á su vez ha tomado de Alemania. Magnasco hacía consistir su reforma en la abolición en los Estados federales ó provincias de la Federación de los liceos ó gimnasios de segunda enseñanza, equivalentes á nuestros Institutos provinciales. No dejaba más Universidad que la de Buenos Aires, y suplía los establecimientos de instrucción clásica que eliminaba por Institutos nuevos de Agricultura, Artes y Oficios. Contra estas reformas, en el Congreso de la prensa argentina había protestado el Dr. Zevallos, al describir la instrucción que en los Estados Unidos del Norte se da hasta á los campesinos, los cuales aprenden latín, griego y á Shakespeare. Toda la juventud escolar de la República se había pronunciado contra estas reformas, y para dar más resonancia á la protesta, se estaba preparando una gran festividad nacional para celebrar el 8, 9 y 10 del mes de Agosto que hoy empieza, el primer octogenario de la fundación de la Universidad argentina. El odio contra Magnasco no era mayor ni menor que el que se tenía á Berduc, que como Ministro de Hacienda había tenido que redactar y presentar el proyecto de ley de la unificación. Claro es que al suspenderse la votación de este proyecto, después de manifestaciones tan expresivas contra Pellegrini y sus secuaces, los Ministros que en el Gabinete argentino personalmente le representaban han tenido que caer, y Avellaneda, que ha sido el sucesor de Berduc, se apresuró el 14 á telegrafiar á los centros mercantiles de Europa donde los valores argentinos circulan, dando seguridades de que el Gobierno de la República mantiene el honor de su crédito y cumplirá puntualmente sus compromisos con los tenedores de la Deuda exterior, sin recurrir á nuevos impuestos ni empréstitos.

La historia de las Deudas argentinas trae á la imagina-

ción el recuerdo de tiempos y sucesos que á los argentinos mismos importa hacer olvidar. Sin entrar en los pormenores críticos de la operación que el Gobierno del General Roca se disponía á realizar, el movimiento hacia la unificación no puede menos de merecer la aprobación de los hombres imparciales, pues implica una tendencia regularizadora en la Administración de aquella República que no puede dejar de ser elogiada. El génesis de la mayor parte de estas Deudas lleva consigo las efemérides vergonzosas de una prolongada y triste era de corrupción, y sobre todo el laberinto inextricable de los empréstitos famosos de la época de Juárez Celmán, que conviene cubrir bajo el manto piadoso de un nuevo connotado en la determinación común de la Deuda nacional de aquel país. Se han censurado gravemente las condiciones pactadas en Londres para hacer la conversión, considerando que unas son onerosas y otras son degradantes para una nación cuyo concepto económico tanto ha ganado en los diez últimos años en el mundo financiero, cuyo crédito va en alza constante y cuyos amplios recursos le auguran un espléndido porvenir. En el actual conflicto, esta es la parte delicada que ofrece la cuestión. Se ha hablado de *negocio*, y aunque la opinión seria del mundo argentino sabe bien que la respetabilidad de los nombres de Roca y Pellegrini excluye toda posibilidad de que aquella palabra aterradora para la Argentina pudiera tener en la ocasión presente sentido alguno de realidad en la operación que se ha intentado, onerosa, sí, como son onerosas todas las operaciones de este linaje, el *verbo* tiene en la República que fue un día el bochornoso teatro de ciertos *negocios* una resonancia funesta, que no hay prestigio humano que la pueda resistir. En el fondo de los últimos sucesos hay factores que no pueden dejar de tenerse en cuenta para juzgar con imparcialidad si los movimientos populares del 3 de Julio último han estado inspirados por ideas de rectitud y por impulsos de razón. Reconociendo que el Dr. Pellegrini ha sido la pieza principal en el mecanismo de la operación que se proyectaba y que

él pretendía fundar en su éxito un título eminente, sobre los demás personales que todo el mundo le reconoce, para apoyar su pretensión y su candidatura á la sucesión presidencial del General Roca, no cabe en mente humana suponer que estos prestigios hubiera querido deducirlos de un acto de tal importancia para el porvenir económico de la Argentina, que no fuese más que el torpe disfraz de *un mal negocio*. Al proyecto de la unificación, tan laboriosamente trabajado en la Argentina y en Londres por el Sr. Pellegrini, hay que reconocerle un pensamiento elevado de los que inspira el patriotismo, para fundar en él un título al reconocimiento de su país. Se ha dicho que la idea de la unificación de la Deuda argentina no era más que la primera base de un programa de unificación política que en la Argentina reclaman todos los intereses de la política y de la economía nacional, que era el que el Sr. Pellegrini se proponía realizar, si el voto de sus conciudadanos le elevaba, en efecto, á la sucesión próxima presidencial. Creemos que, en efecto, estos dos órdenes de ideas estaban entre sí íntimamente relacionadas en el pensamiento del Sr. Pellegrini, y que para la posición americana y los destinos universales que á la República Argentina están reservados desempeñar en el siglo en que hemos entrado y en la grande é importante obra del equilibrio político de los dos continentes del Nuevo Mundo y de los dos mares que bañan sus costas, los dos principios morales y materiales de unificación, son de una enorme importancia. Por esto somos de opinión que, para la Argentina, han sido un mal que la unificación de la Deuda no se haya llevada á cabo, y que el prestigio del Sr. Pellegrini, pretendiente á la Presidencia de la República, haya sido descalabrado por las turbas en la calle de Maipú. Es indudable que la Argentina no carece de hombres que puedan llevar á la Presidencia, á que el Sr. Pellegrini aspira, pensamientos de igual eficacia y de igual elevación. Pero á un país que modela las auroras del porvenir espléndido que le espera sobre líneas tan colosales como ya dibujan á su naciente nacionalidad,

importa que ni sus hombres caigan barridos por la turba anónima en mitad de la calle alborotada, ni los pensamientos que tienden á resolver los más hondos problemas de su constitución, de su economía y de su crédito se ahoguen y desnaturalicen con viles apodos. Si en los detalles de la operación pueden obtenerse mayores ventajas, si cabe lograr en sus condiciones alguna modificación, es indudable que al porvenir económico de la Argentina conviene este primer ajuste de sus cuentas por medio de una conversión total del caos de sus deudas atrasadas que contrajo la corrupción, y que la moralidad debe ponerse en camino de que puedan ser reducidas con desahogo y con honor.



* * *

De que en la Argentina, por fortuna, las dignas personalidades, cuya prolongada existencia tiene el raro privilegio de hacer engranar en la uniformidad de un movimiento nacional siempre de avance el pasado y el presente, despiertan hacia sí ese culto de los pueblos que tienen la suprema intuición de su destino, lo prueba la reciente solemnidad con que el 26 del pasado Junio se ha celebrado en Buenos Aires el feliz octogésimo del nacimiento de Mitre, el más ilustre de los argentinos que viven. Esta festividad en su honor no es de reciente institución, pero Mitre había excusado su celebración en los años de 1899 y 1900, y al dar su consentimiento para que en el actual se verificaran, es imponderable el entusiasmo con que, no sólo en la República Argentina fue la noticia recibida, sino en aquellas otras vecinas, á las que la vida de Bartolomé Mitre va unida, como á su propia patria, no sólo por el alto concepto que el ilustre escritor, soldado y estadista, ha tenido siempre de la noble solidaridad de sangre, ideas y misión histórica de toda la América de nuestra raza, sino porque en las varias vicisitudes de su propia existencia, ya como proscrito, ya como diplomático, ya como visitador, ya como gobernante,

en cada uno de estos pueblos dejó escrita alguna nota que ennoblecía las páginas de su biografía y no escapa á la percepción del luminoso campo de la Historia. De diez y siete años de edad, en 1838, asistió como alférez de Artillería al primer sitio de Montevideo, y al segundo, con grado de Teniente Coronel, el 19 de Febrero de 1846. Emigrado pasó á Bolivia, durante el mando del General Ballivian, y aunque con aquel carácter, se batió en las jornadas de Lavala y Vitiche, mandando también los cañones. En 1848, emigrado, residió en Chile, y no sólo residió, sino que, trocando por la intelectual la vida militar que hizo en el Uruguay y en Bolivia, allí dejó las huellas de sus pasos en *El Mercurio de Valparaíso*, el decano de los periódicos políticos de la América española independiente, pues se fundó en 1827, en el que escribió como redactor. Verdad es que estos oficios los alternó con los de la espada antes en Montevideo, donde dirigió *La Nueva Era* y *El Nacional*, y en la misma Bolivia, donde fue fundador de *La Epoca* en la ciudad de la Paz. Se hallaba en la mayor efervescencia de sus pasiones políticas cuando escribía en *El Mercurio*, y el desterrado de la Argentina lo fue también de Chile por este motivo, teniendo que refugiarse á la ciudad de Lima, capital del Perú. Allí le continuó la fiebre de todos sus pensamientos de regeneración americana. Allí esta fiebre le hizo entrar en todas las conspiraciones tendentes á este fin, y de allí salió, en alas de aquellos pensamientos políticos, en 1852, para volver á combatir en su patria, promoviendo el levantamiento de las provincias argentinas contra la sangrienta y ominosa dictadura de Rosas. Así, en los principios de su carrera, soldado, escritor, político, reanudó en sí los vínculos preciosos de la fraternal solidaridad hispanoamericana, sosteniendo unos mismos campos de combate por la regeneración común en la Argentina, donde había nacido; en Montevideo, sobre las mismas márgenes del Plata; en la República de las Altas Cumbres, que recibió el bautismo de su nombre del nombre del libertador Bolívar, y en el antiguo palenque de los araucanos aspi-

rantes al primer grado de la moderna cultura de América, y en el antiguo suelo de los Incas, sobre la cual siempre refleja esplendores augustos su vieja civilización.

Desde que una comisión de personas distinguidas, reunidas en la Sociedad Rural Argentina de Buenos Aires, lanzó á la publicidad la idea de celebrar los ochenta años del General Mitre, la festividad que se proyectaba instantáneamente tomó proporciones generales. Como Presidente de la Comisión ejecutiva del homenaje en la capital, quedó designado el ex-Presidente de la República, D. José Evaristo Uriburu; y poderes públicos, instituciones sustantivas del Estado, representaciones de todos los círculos, de todas las provincias, de todas las colectividades que ocupan un papel visible en la sociedad, se pusieron á puja para emularse mutuamente en la condición de los homenajes que cada una había de rendir al hombre que encarna todo el movimiento reconstructivo en tres grandes generaciones: la que pugnó por constituirse con caracteres personales é inmutables de nación; la que entre luchas apasionadas de pensamiento y acción procuró dar á la nación bosquejada sus peculiares organismos, y á la que por todos los medios con que contribuye el admirable progreso de los tiempos modernos al robustecimiento de una gran nacionalidad y al despejo de los horizontes de su porvenir, ha colocado la nacionalidad argentina en la categoría que ocupa en la graduación universal de las naciones.

El primero de estos elementos que encerró en fórmulas apologéticas de práctica realización el tributo nacional que se proyectaba rendir al General Mitre, fue el Municipio de la ciudad, que es á la vez capital de la República, residencia constante del hombre esclarecido, lugar donde se meció su cuna y palenque de la mayor parte de su labor fecunda como soldado, literato, estadista, historiador y tribuno. El decreto de la Intendencia municipal de Buenos Aires lleva la fecha del 4 de Junio, y por él se resolvía: Artículo 1.º Invitar al vecindario de la capital, clubs y asociaciones nacionales y extranje-

ras, á adherirse á la manifestación pública que había de verificarse el día 26 del mismo mes, embanderando é iluminando el frente de sus casas.—Art. 2.º Que el Intendente, con el personal superior de la municipalidad, pasara á saludarle ese día en nombre de la ciudad de Buenos Aires.—Art. 3.º Iluminar la plaza de Mayo, la calle San Martín y el edificio municipal.—Art. 4.º Colocar delante de la casa del General Mitre, el día mencionado, dos grandes *corbeilles* para depositar las flores y laureles que llevasen los manifestantes.—Art. 5.º Celebrar una función de gala en el Teatro de la Opera, á la que fuera invitado el General Mitre.—Art. 6.º Dirigir un mensaje al H. Consejo deliberante, solicitando su adhesión y cooperación para el cumplimiento de este decreto; y Art. 7.º Recabar de la misma Corporación se diese el nombre de General Bartolomé Mitre á la calle de la Piedad.

Al día siguiente, el 3 de Junio, en la Cámara de los Diputados, con motivo de haberse presentado y discutido un proyecto de ley autorizando al Poder Ejecutivo para la adquisición de un terreno sobre el río de las Conchas, á las inmediaciones de la capital, que, con el nombre de *Campo de Mayo*, ha de destinarse á campo de maniobras para el Ejército (1), el Diputado Bores apoyó otra proposición de ley para que, por medio de ella, desde el día 26 de Junio la calle de Piedad fuese designada con el nombre de *Bartolomé Mitre*. En el elogio del ilustre Washington argentino, el Diputado Bores tuvo párrafos de extraordinaria elocuencia. «Cuando le vemos pasar—decía—firme, tranquilo, sereno, con su mirada brillante y limpia, vemos pasar la historia de medio siglo. Es el proscrito, es el soldado, el tribuno, el poeta, el orador, que

(1) Según declaración del Ministro de la Guerra, Ricchieri, el Ejército permanente de la República constaba en dicho día de 7.170 hombres, de los cuales 3.061 infantes, 2.374 de caballería, 1.248 artilleros y 488 ingenieros. En ese efectivo no se encuentran comprendidos los 120 hombres que constituyen el cuerpo disciplinario que tiene su asiento en Roca.

en las primeras horas de nuestra organización trabajó en los cimientos de la nación para constituirlos; un poco después fue el constitucionalista, el ciudadano formado y fuerte, que levantó en sus manos esta nación ya organizada; después, vemos al filósofo y al historiador enseñando á la juventud los nuevos derroteros, desenterrando la historia para enseñar como ejemplo aquellos tiempos en que el heroísmo era acción, la espada idea y la victoria emancipación. Todo para su pueblo, parece que fue su lema. La opinión le hace grande con San Martín, infiltrándole el espíritu americano; lo ve resignado, fuerte, perseverante, sublime y soñador con Belgrano, y con la bandera le entrega el dominio de los siglos, bajo la bendición de Dios y de los laboriosos de la tierra. Le sintió después quejarse bajo la tiranía, y recogió lira, pluma y espada, y fué al combate. Le sintió tronar, más tarde, bajo las ideas que nacieron de las convulsiones vencedoras en Caseros, y él también fue un trueno, una nube, una idea, pero siempre con la visión de la nación organizada. Una misión de civilización, en horas tristes para el Atlántico, le llamó al Paraguay, y á la luz de la victoria, el mundo vió abrirse la tierra encantada de la hierba fragante, del tabaco perfumado y del suelo siempre primaveral. Años después, le hemos visto siempre batallando, allá, en ese hermoso cuadro, nacer en los albores brillantes de la oratoria parlamentaria, en la escena de ese hermoso cuadro donde aparece Sarmiento, soberbio y tempestuoso, con una hacha y un libro en la mano para abrir los caminos en la tierra y en las almas, mientras Avellaneda esperaba en silencio su hora para desplegar el vuelo y soltar los vientos de la elocuencia, que calman las pasiones y hermanan los espíritus. Esta es la gran vida vivida por este hombre extraordinario. Por eso le está reservado á él lo que la gloria reserva á los grandes de misión ya cumplida: entregarles en mano propia la corona de luz eterna. Esto es lo que el pueblo argentino quiere ahora que lo ve en la cumbre, y esto es lo que yo vengo á proponer al Congreso de mi país, á este Congreso que

tantas veces ha escuchado su voz, á este Congreso que tantas veces se ha estremecido ante su palabra elocuente y patriótica y se ha inclinado ante su vida pública irreprochable. Este proyecto es un anticipo de su inmortalidad, y creo que no debe ser discutido ni votado por la Cámara, sino aclamado.»

En efecto, la moción del Sr. Bores se aprueba, y el Poder ejecutivo, el día 13, dictó el decreto propuesto y redactado en la siguiente forma: — «Considerando: 1.º Que el honorable Congreso nacional, en uso de la atribución que le confiere el inciso 17 del art. 67 de la Constitución, ha sancionado que se dé á la calle Piedad, del Municipio de esta capital, en el día 26 del corriente, el nombre de «Bartolomé Mitre». 2.º Que este excepcional homenaje responde al movimiento de opinión espontáneamente producido en todo el territorio de la República, para hacer acto de adhesión al ilustre ciudadano en su octogésimo aniversario, á fin de honrar sus talentos y virtudes cívicas. 3.º Que el Poder ejecutivo nacional, al dar cumplimiento á la ley del honorable Congreso, considera de su deber asociarse por actos propios á este homenaje público, el Presidente de la República decreta: Artículo 1.º Encárgase al Intendente municipal de la capital de la República, de hacer construir y mandar colocar en la calle que actualmente se denomina de la Piedad, las tablillas que tengan el nombre de «Calle de Bartolomé Mitre», con arreglo á la ley núm. 3.988 de fecha 12 del corriente mes.—Art. 2.º Las tablillas mencionadas serán fijadas en oportunidad y de manera que sólo en la mañana del día 26 del corriente aparezcan aquéllas en la mencionada calle.—Art. 3.º Por el Ministerio del Interior se hará sacar una copia en pergamino de la sancionada ley del honorable Congreso nacional y de este decreto, debiendo en aquélla y en ésta llevar autógrafas las firmas de la promulgación, cuyas copias, con la nota respectiva, serán entregadas el día 26 del corriente al señor General Mitre.—Art. 4.º A fin de conservar la memoria de este homenaje como un estímulo á la imitación de las virtudes de tan ilustre ciudadano, la Direc-

ción general de Correos mandará imprimir una estampilla especial ó carta postal con la efigie del General Bartolomé Mitre, y las fechas «26 de Junio de 1821—26 de Junio de 1901», las que usarán en toda la correspondencia que se despache por las Oficinas de Correos en el mencionado día, y pondrá á disposición del señor General el telégrafo nacional para la correspondencia que con motivo de su cumpleaños tenga que transmitir.—Art. 5.º Todos los gastos que demande la ejecución de este decreto, serán por cuenta de la nación.—Art. 6.º Comuníquese, publíquese y dése al registro nacional.—ROCA.—*Felipe Yofre.*»

Desde que se constituyó en la capital la Comisión iniciadora de los homenajes al General Mitre, se formó otra de propaganda para las provincias y territorios de la República, en los cuales el proyecto fue recibido con el mismo calor que en Buenos Aires, y se formaron numerosos Comités. En Concepción del Uruguay se solicitó el honor de que la primera placa que se colocara en la nueva calle *Bartolomé Mitre* de la capital, fuese costeadada por las escuelas superiores de aquella población. La moción de este honor fue sugerida por la Presidenta del Cuerpo docente de la Escuela Normal, D.^a Isabel King. En la Plata, el Comité se instaló en el *Club Español*, y la Comisión popular quedó constituída por los 500 ciudadanos más distinguidos de la provincia. En esta ciudad, donde también se ha dado el nombre de *Bartolomé Mitre* á la *Avenida 60* (1),

(1) Las poblaciones que han dado el nombre de *Mitre* á algunas de sus calles principales, han sido: En la Plata, la *Avenida 60*; en Gualeguay, la calle principal; en Saavedra, la plaza principal; en Baradero, la plaza de la *Constitución*; en Las Flores, la plaza principal; en Navarro, la calle del *Comercio* y la plaza principal; en Posadas, una de sus principales avenidas; en Goya, la calle de *Santiago del Estero*; en Empedrado, la calle *Victoria*; en Toay, una de las calles principales; en San Luis (Corrientes), otra de las principales; en Río Negro, el departamento de *Coronel Píngles*; en San Vicente, la calle de la *Libertad*; en la Rioja, una de las principales; en Chilecito (Rioja), la principal del departamento; en San Juan, una prin-

el profesor D. Roberto Carlos Nery fue encargado de componer una marcha triunfal titulada *Mitre* para ser tocada en las festividades solemnes del *Club Español*. En la gobernación del Chubut, el Comité, compuesto de los Sres. Rawson, Trelew y Gaiman, proclamaron á Mitre con entusiasmo, considerándole el fundador de aquella colonia que prospera y progresa sin descanso en medio de aquella naturaleza ingrata y refractaria á los afanes del hombre.

No se sustrajo la religión de tomar parte en los programas de una fiesta que desde luego asumió el carácter de manifestación nacional. Monseñor Romero previamente visitó al General Mitre, quien con profunda emoción admitió el homenaje de una Misa rezada que el prelado celebraría en la iglesia de la Merced en la mañana del día 25, y á la que Mitre asistiría; y aunque el párroco de San Nicolás de Bari, D. Marcial Alvarez, en cuya iglesia Mitre fue bautizado el 28 de Junio de 1828, le invitó también para que asistiera á la ceremonia solemne de la bendición de la Capilla que se ha construído, para colocar en su centro la pila bautismal donde Mitre fue hecho cristiano, consagrando á este recuerdo una medalla de oro para el General, cien de plata para los cien primeros niños que, á partir del 28 de Junio último, sean bautizados en ella, y 500 de cobre para obsequiar á la concurrencia, Mitre aceptó el padrinzago, con la sola condición de que la ceremonia revistiera

cipal; en San Luis, la calle de la *Constitución*; en el Partido 25 de Mayo, la plaza principal; en Villa Mercedes (San Luis), uno de sus bulevares; en Luján, la calle de *Buenos Aires*; en Río IV, la plaza principal; en Concordia, el parque en construcción; en Monterosa (Tucumán), la plaza *Simoca*; en Exaltación de la Cruz, la plaza de *Buenos Aires*; en Chivilcoy, la plaza *Echevarría*; en Mendoza, la calle *Colombia*; en Corrientes, una de sus plazas; en Mar de la Plata, una calle principal; en Tucumán, la *Villa Taft*; en Tres Arroyos, una calle principal; en Rojas, la calle de *las Palmas*; el partido de Arrecifes llevará en lo sucesivo el nombre de *Partido del General Mitre*; y en Goya, además de la calle ya indicada, la plaza de *Libertad*.

exclusivamente su propio carácter religioso (1). El temor de que pudiera convertirse en político un suceso que había de reflejar en todo su más austero carácter nacional, obligó á la Comisión directiva del homenaje á publicar por dos veces su resolución de no aceptar adhesión, ni obsequio alguno, ni de ningún Centro que tuviera en aquel momento la menor denominación política de actualidad. Por esta razón no fue admitida de parte de la *Unión Cívica Nacional* la celebración de una conferencia en uno de los grandes teatros de la capital, en la noche del cumpleaños ó en la víspera, sobre *El General Mitre y su obra, durante los sesenta años de su acción é influencia militar, política y social dentro y fuera de su patria*, por más que los discursos que se pronunciaran estarían á cargo de oradores del mérito de Juan E. Torrent, Manuel Quintana, José María Gutiérrez y Miguel Cané; y que con la impresión de un ejemplar especial para el General, se ofrecía la publicación de 300.000 para distribuirlos gratis á todos los alumnos de las escuelas, colegios y Universidades de la Argentina, á todas las oficinas públicas nacionales y provinciales, á las direcciones de los periódicos, y á todos los Jefes, Oficiales y soldados del Ejército y de la Marina.

Pero lo que no se concedía á la política bajo ninguna forma ni bandera, se concedía á los altos Cuerpos de la nación, á las colectividades escolares, á las colectividades extranjeras

(1) Esta solemnidad se verificó el día 28 á las dos de la tarde. Ofició el Arzobispo de la diócesis monseñor Mariano Espinosa, y fueron padrinos en la bendición de la capilla la Sra. D.^a Mercedes Chas de Arias y el General Bartolomé Mitre, en persona. Concurrió todo el alto mundo social de Buenos Aires. La señora Darclée cantó el *Ave María* de Dalmiro Costa, y las bandas de los batallones 2, 3, 8 y 10 completaban la solemnidad del acto. Las medallas llevan en el anverso una imagen que representa á Jesucristo en el Río Jordán y la inscripción: *Inauguración del nuevo bautisterio.*—Parroquia de San Nicolás—28 Junio de 1901. En el reverso la inscripción: «Bendecido por el Excmo. Arzobispo monseñor Mariano Espinosa; padrinos: General Bartolomé Mitre y señora Mercedes Chas de Arias.»

establecidas en el país, y á todas las sociedades particulares que representan el continuo y ascendente desarrollo de la cultura y de los intereses materiales de la República. Al Ejército y á la Armada se le consintió la acuñación de una placa de oro alegórica y conmemorativa. Esta medalla ha sido única, y después de torculada, roto el molde. Al Ayuntamiento se le ha permitido la proyección de otra placa, dibujada bajo la dirección de la Comisión especial de numismatas, para ser colocada en la casa de la calle de Suipacha, en que Mitre nació el 26 de Junio de 1821. De la medalla conmemorativa que también la Municipalidad ha hecho acuñar, se han distribuído al pueblo 20.000 ejemplares en bronce, y habiéndose confiado á D. Juan José Biedma, biógrafo de Mitre, la redacción de un extracto de su obra para distribuirle también al pueblo, el pirotécnico Angel La Rotonda halló medio de hacer fácil y equitativa esta distribución por medio de unas bombas que al estallar en el espacio producían una lluvia copiosa de retratos fotográficos y de estas biografías. La dirección de Correos y Telégrafos, falta de tiempo material para el dibujo, grabado y estampado de un sello especial para todo género de comunicaciones, sólo pudo confeccionar sus obliterados alusivos á la fiesta del 26 de Junio, mas la tirada de cuatro tipos de tarjetas postales, de las que en dicho día fueron arrebatadas por el público cerca de 300.000. En todas las escuelas públicas se mandó á los profesores y catedráticos dirigir pláticas apologéticas del General Mitre en las lecciones del día 25, pues el Poder Ejecutivo declaró feriado el 26, y tanto las escuelas públicas y los Institutos docentes del Estado como las particulares, proyectaron la procesión cívica de la juventud y la infancia, en la que las aulas en masa, presididas por sus profesores, desfilaron por las puertas de la casa del General Mitre, depositando los alumnos en las dos inmensas *corbeilles* que la Municipalidad hizo colocar á los lados de la entrada, las flores y ramos de flores que llevaban en las manos, y que constituían en aquella solemnidad el más grato agasajo del amor, del patriotismo y de

esperanza. Entre estas escuelas, la señora Doña Eusebia Silveyra de Rojas presidía, con la profesora Doña Margarita Susán, el *Instituto Comercial de Mujeres*, y á Mitre pareció aquél uno de los homenajes más simpáticos, pues representó la nueva emancipación, la nueva vida intelectual y moral de la mujer. Algunos de estos Institutos, como el Colegio Nacional-Norte de Buenos Aires, obsequiaron al General con una placa artística de plata y oro; otros, como el Colegio Ganduglia, le presentaron un hermoso diploma en pergamino. A las manifestaciones del espíritu de la mayor parte del pueblo argentino en todas sus clases y asociaciones, hay que añadir las de las colectividades extranjeras que en aquel opulento país residen. Por parte de los españoles tomó la iniciativa la *Asociación Patriótica Española*, y á ella se unieron en todos sus actos obsequiosos las Sociedades, Orfeones, Montepíos y demás Sociedades en que se hallan clasificados y constituídos todos los elementos de las diversas provincias de la Península, castellanos, andaluces, extremeños, valencianos, catalanes, astures y gallegos. También de Madrid llegaron las adhesiones de *El Mundo Latino* y de algunas selectas personalidades, y en las fiestas del 26 se hicieron representar Comisiones eminentes de la República Oriental, de la colectividad de Bolivia y del mundo social y político de Santiago de Chile y de Valparaíso, cuyos álbums, repletos de firmas, venían encabezados por los de los dos candidatos rivales á la Presidencia de aquella República, D. Pedro Montt y D. Germán Riesco, no trayendo la del Presidente Errázuriz, que se hallaba en la agonía.

Difícilmente se olvidará de la memoria de los argentinos la solemne glorificación del 26 de Junio último, no en honor de un muerto ilustre, sino de un campeón vivo de la constitución y progreso de aquella nacionalidad, cuya existencia toca casi los límites de dos siglos; el que inauguró su independencia y el que inaugura su supremacía moral en todo el vasto campo de la América de nuestra raza. Desde el amanecer de tan

fausto día, el venerable anciano se colocó en función á los primeros acordes de las dianas militares.

Cuando á las cinco de la tarde tuvo que contestar al discurso del Dr. Frers, que con el ex Presidente de la República Uriburu y el Sr. Udaondo, á nombre de la Comisión directiva, llegó á rendirle el homenaje de la monstruosa procesión cívica que en aquel momento desfilaba á su presencia, el esclarecido octogenario llevaba pronunciados ya ¡cincuenta discursos! Era incalculable el número de las personas y comisiones que desde las ocho de la mañana había recibido sin tregua, y con quienes había tenido que conversar. Entre las comisiones y visitas oficiales, primero la del Intendente Bullrich y otras Corporaciones oficiales; después, las numerosas delegaciones de las provincias, de los pueblos y de los territorios más lejanos; luego, las de las sociedades Industriales, Agrícolas y de Crédito; las puramente obreras; los institutos docentes; las damas de las Escuelas Normal y Comercial; las comisiones de huérfanos de la guerra; los antiguos guerreros del Paraguay; los Clubs de gimnasia y esgrima; los patronatos de la Infancia; las Escuelas de Artes y Oficios, y las comisiones de las Repúblicas limítrofes. Antes de la llegada de la comisión del Ejército y de la Armada llegó el Presidente de la República, General Roca, en compañía de los Ministros de la Guerra y de Marina, y apenas salieron éstos, todo el generalato argentino de mar y tierra, y todos los coroneles y jefes de los barcos y del Ejército. Al comodoro Rafael Blanco tocó el honor de hacer la presentación de la placa de honor, construída para este homenaje; y á las tres de la tarde recibía, con todas las reglas de la etiqueta internacional, el Cuerpo diplomático extranjero, acreditado en aquella capital. Apenas salían sus individuos de la residencia del ilustre anciano, una sección del escuadrón de seguridad, seguido de la banda de bomberos y de la comisión militar con los Generales Garmundia, Leyria y Campos, que formaban la cabeza de la imponente columna de 60.000 almas que componía la procesión cívica organizada por la Co-

misión directiva, se presentó delante de la fachada de la casa de Mitre, que, rodeado de su familia y de unas cien damas de las familias del primer rango de la sociedad argentina, subió á la azotea del edificio para dominar el grandioso espectáculo.

Aunque extenso el discurso que el General Mitre leyó en el acto de la presentación de Uriburu, Udaondo y Frers á ofrecerle el tributo de aquella manifestación nacional por medio de la elocuente palabra de este último, hay que reproducirlo aquí íntegro, porque en su suprema síntesis de seductoras formas artísticas se resume la historia pasada, que justifica estos grandiosos homenajes, la realidad presente, fruto de aquellas conquistas que en Mitre se personifican, del mismo modo que en su espíritu se engendraron, y las perspectivas de un porvenir que abre á la Argentina el amplio horizonte de la primera nación americana.

Así dijo el General Mitre, contestando al discurso del señor Frers:

«Compatriotas y residentes hermanos:

»Esta manifestación, nacida de un sentimiento de generosa simpatía, que ha asumido un carácter nacional, á que se asocian los residentes de otras tierras que con nosotros viven en hermandad, tiene una significación más trascendental, porque los pueblos sólo se mueven animados al soplo de la vida que los rodea, con una idea en la mente, con una pasión en las almas y con el instinto de sus destinos en su naturaleza.

»Este es un homenaje secular, tributado á la idea ingénita de la sociabilidad argentina, representada por las generaciones que se han sucedido, de las que tres se hallan ahora presentes, idea que se asocia al sentimiento de su nacionalidad, á cuyo desenvolvimiento orgánico estamos asistiendo.

»No es una visión del optimismo patriótico, porque es una realidad escrita en nuestra carta geográfica, la predicción de que la región que habitamos será en los tiempos el teatro de una evolución humana que influirá en los destinos del mundo.

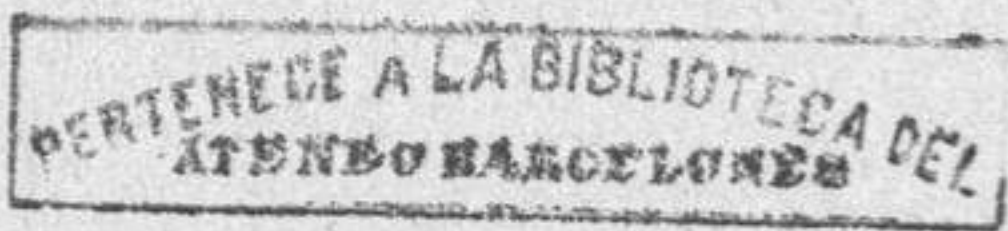
»Un territorio que se extiende á lo largo de treinta y cinco grados de latitud, en que se alternan todos los climas del globo y prosperan todas las producciones de la Naturaleza; que mide una superficie de tres millones de kilómetros cuadrados, con tres mil kilómetros de costas marítimas, y seis grandes ríos y las más altas montañas de la América Meridional; y en el que sus inmensas y fértiles llanuras sólo esperan la simiente del progreso para devolver ciento por uno en el limbo de la labor; un territorio así constituido, es una tierra prometida, que tiene necesariamente que ser el asiento de una nación poderosa, próspera y feliz, cualquiera que sea la raza que la habite.

»A pesar de estas bendiciones del Creador, no faltan entre nosotros mismos presagios siniestros que nos condenen á la impotencia para fecundar la tierra que habitamos, pensando que somos ya una raza en decadencia antes de haber alcanzado el crecimiento normal, la que ha retrogradado en su sociabilidad, y que los destinos de nuestro país son inciertos y oscuros.

»No, no hemos degenerado como hombres, ni retrogradado como colectividad, ni somos inferiores é la tarea que nos está encomendada como jornaleros.

»Somos una nación nueva en formación, cuyos perfiles diseñan su tipo definitivo, en que estamos formando una nueva raza con el concurso de todas las nobles razas del mundo civilizado, y que á pesar de sus deficiencias, de sus desvíos políticos y sociales, de su inexperiencia para gobernarse, constituye un organismo sano y robusto que tiene en sí los gérmenes de la vida duradera y la potencia virtual para corregir y mejorar su condición.

»Hablo en presencia de tres generaciones que se han sucedido después de la generación iniciadora de Mayo, y puedo invocar su testimonio al patentizar el resultado de sus trabajos en el tiempo, para alentar las grandes esperanzas que son la fuerza de las naciones.



»No hay fuerzas perdidas en la vida de los pueblos, como no las hay en la Naturaleza. El primer estremecimiento vital de una nación palpita en el sér de su posteridad. Las fuerzas viriles, intelectuales y morales de nuestros antepasados, que algunos dicen perdidas, están vivas en nuestros nervios, en nuestra mente y en nuestra conciencia, incorporadas al organismo de las generaciones nuevas, que animadas por ellas siguen adelante con varonil aliento vigorizando su acción.

»Nuestros padres dieron á luz una nación surgida del embrión colonial, que aun en medio de la lucha por la independencia y después de ella, vivió atormentada por la anarquía, el despotismo ó la guerra civil, sin lograr unificarse ni completar su organización política. De este caos ha surgido la nación actual, unida, constituída y consolidada, á que hemos dado vida nueva en el espacio de tiempo en que nace y muere un hombre.

»Hace cincuenta años éramos una agrupación informe, cuya cohesión sólo se mantenía por el instinto ó la violencia. Hoy somos una nación compacta, que reposa por la primera vez en su centro de gravedad, y que puede exhibir sus títulos ante el mundo para ser contada en el número de las naciones llamadas á vivir, crecer y multiplicarse.

»Como núcleo de civilización, hemos incorporado á nuestro sér, por medio de la colonización y la inmigración espontánea, un millón de seres humanos, imprimiéndoles el tipo de nuestra raza y asimilándolos á nuestra sociabilidad. Y séame permitido en esta ocasión repetir las palabras que hace treinta años pronuncié al respecto, en el seno del Congreso Nacional.

»Que el extranjero que venga á esta tierra, en vez de levantar la tienda provisora del peregrino, se siente en nuestro hogar al calor del fuego nativo; que nuestra patria sea su patria, porque encuentre en ella todos los derechos y garantías á que pueda aspirar; que nuestros intereses sean comunes; que nuestros hijos y los hijos de los inmigrantes se identifiquen en

un solo amor; que nuestra raza se salve, para que nuestra nacionalidad no se debilite y para que el nombre y la bandera argentinos no sean un eco y una nube que se lleve el viento.

»Como trabajadores, hemos salido de la edad que se ha llamado del cuerpo crudo, y somos una de las primeras potencias productoras en ganadería y agricultura, cuyas materias primas, mejoradas y modificadas, y cuyas cosechas de cereales, pesan en la balanza comercial del mundo. Y es así como se ha multiplicado la riqueza, acrecentando por el trabajo, por el intercambio, por la selección y por la industria, la pobre herencia que recibimos, dando su impulso al progreso material y creando el capital social de que carecíamos, haciendo intervenir la potencia del trabajo y la producción con la cooperación del crédito privado.

»Como raza culta, hemos levantado nuestro nivel intelectual, científico, literario y artístico, difundiendo la instrucción común en el pueblo, universalizando los estudios superiores, aplicando la inteligencia al progreso material y social, y tenemos al presente sabios propios, que antes no teníamos, contando con geómetras, músicos compositores, pintores, ingenieros, escultores, arquitectos, agrónomos, químicos, arqueólogos, físicos, naturalistas, filólogos, geógrafos, economistas, y tantas otras especialidades que sólo teníamos por reflejo y de prestado; y de tal manera se ha ensanchado el campo de acción de las ciencias aplicadas, y vulgarizado el saber, que un niño de la escuela elemental, y una niña salida del colegio normal, poseen más nociones científicas y tienen en su cabeza más ideas que las generaciones que les han precedido. Por la cultura, la razón pública ha adelantado.

»Como hombres de acción, como pueblo viril, al glorificar la gran memoria de nuestros mayores, podemos pensar que nos hemos inspirado en su ejemplo, y que si ellos se levantasen de la tumba reconocerían á sus hijos, que no han degenerado. Hemos formado un ejército de ciudadanos, regido por la

ley de la igualdad, que es la espada y el escudo de la nación, y noventa mil conscriptos de veinte años han pasado bajo sus banderas. Hemos creado una poderosa Armada nacional en el breve espacio de tiempo en que se cría un joven, animada por el fuego sagrado del patriotismo y tripulada por cinco mil marinos argentinos, de Almirante á marinero. Hemos conquistado el desierto por las armas, cubriendo de mieses la antes inculta pampa, como laureles fecundos de esa victoria.

»Estamos en paz con el mundo todo y con nosotros mismos, habiendo solucionado todas nuestras cuestiones internacionales, y resuelto por siempre los más árduos problemas de la organización nacional; y es así como por la gravitación natural de las cosas y la armonía de las voluntades hemos alcanzado en el presente la situación más tranquila y estable que la República Argentina haya atravesado en el curso de su tormentosa existencia. ¡Gracias sean dadas al cielo!

»Nos queda todavía mucho que hacer y mucho que aprender.

»Nos falta determinar y dar su temple al carácter nacional; formar nuestras costumbres constitucionales, purificar la vida política, animar el espíritu público, aprender á gestionar nuestros propios negocios y á gobernarnos por nosotros mismos; en una palabra, nos falta completarnos; pero con todas estas deficiencias podemos esperar con serenidad los días que vendrán, porque, en verdad, ninguna nación ha hecho más en menos tiempo para merecer vivir en los tiempos y ser feliz.

»En este momento psicológico de la laboriosa evolución de nuestra sociabilidad y de la consolidación orgánica de nuestra nacionalidad, me encuentro en presencia de tres generaciones, á las que he acompañado colaborando en su obra; y me siento poseído en este día de la más profunda y cordial gratitud por la benevolencia de mis contemporáneos, cuya felicidad ha sido el anhelo de mi vida, como ciudadano, como soldado, como jornalero y como gobernante. Y en este día, que se ha querido

llamar un jubileo, cumplo la edad solemne de ochenta años, en que el hombre alcanza la plenitud de la vida, con todas sus responsabilidades pasadas y póstumas, cuando termina un siglo y comienza otro, en vísperas del primer centenario de nuestra existencia como nación independiente y libre.

»El 25 de Mayo de 1910 será el gran jubileo de la patria de los argentinos y de todos los hombres de buena voluntad de la tierra que, en unión con nosotros, han contribuído á la fijación de sus destinos. Yo saludo desde mi ocaso la aurora de ese memorable día venidero, animado de la grande esperanza de que, dentro de la duración de las cosas humanas, nuestra patria entrará triunfalmente en ese día en la inmortalidad de la vida de los siglos.

»Y digo á la sombra de los largos años, á los que alcanzarán á ver renacer las luces seculares del sol de Mayo, que marchen con aliento hacia adelante, siempre adelante, recordando el consejo del poeta del Salmo de la vida, de vivir sin tregua en el presente y dejar al pasado enterrar sus muertos. Que si el corazón es el tambor velado que cada hombre lleva en sí, batiendo dentro del pecho el fúnebre paso de la muerte, los latidos de los corazones esforzados baten la marcha triunfal de las generaciones que se suceden.»

No pronunciamos ni una sola frase de comentario á un discurso de tanta magnitud y de tan vasto alcance. Si Mitre no se hallara en él retratado con toda la grandeza que impone su luminoso perfil á la historia de la América que fue española, para la madre patria tendría siempre su nombre y su figura muchos títulos que demandaran hacia él nuestra simpatía y nuestra consideración. Mitre es un nombre que está distante del período de las luchas emancipadoras que pueden tener algún dejo amargo para nuestro patriótico paladar. No participa para nosotros de ningún odio de sangre, y antes por el contrario, España se enorgullece de haber dejado en aquella tierra amada é ingrata, que ella civilizó, gérmenes fecundos que habrían de producir existencias históricas y políticas tan es-

pléndidas como la del ilustre General con quien se enorgullece la Argentina, toda la América que fue española y España también. El que estas líneas escribe tuvo el honor de estrecharle la mano, cuando en la última década del siglo XIX tuvo la bondad de venir á visitar la antigua patria, y nunca olvidará los conceptos que en sus labios oyó acerca de la estimación y el amor que hacia esta también patria suya en la comunidad de la sangre y de la historia le merecía. De que estos sentimientos eran ingenuos y firmes, y no las corteses imposiciones del asilo amistoso, dan entera fe los recuerdos de 1866. Mitre presidía la República Argentina. Méndez Núñez llevó la guerra al Pacífico, y Chile y el Perú pidieron á Mitre la alianza argentina contra España. Mitre, sin faltar á ningún deber de la paternidad y de la solidaridad de los pueblos y Gobiernos de aquel mundo, no olvidó que España era la madre común. No fué á la alianza á que se le reclamaba, y sólo hizo votos sinceros por la reconciliación y la paz.

LA ESPAÑA MODERNA se asocia á todos los homenajes de la Argentina en honor de su gran personalidad nacional *Bartolomé Mitre*, que acaba de cumplir ochenta años.

*
* *

Debiéramos una conmemoración de igual modo cariñosa al nombre de Federico Errázuriz, el ilustre Presidente de Chile, que, víctima de los honrados escrúpulos de su honor presidencial, enmedio del espectáculo que dan en aquel país los partidos rivales que se disputaban para sus candidatos respectivos su sucesión, ha sucumbido, antes de ceder á ningún género de imposiciones. No nos queda espacio, y habremos de diferir su apología para el número inmediato.

*
* *

Verdad es que sobre la mesa nos acosan los asuntos americanos de mayor interés que entran en la vasta jurisdicción de

esta Revista, y que ya hoy no nos queda posibilidad ni aun de bosquejarlos.

Está la lucha presidencial en Chile; está la disposición de este país acerca del arbitraje en el próximo Congreso Panamericano; está la diversa actitud de varias Repúblicas sobre este asunto jurídico y aquel acontecimiento político y social. Tenemos por hoy que reservarnos.

* * *

Ya se conocen los programas que en Washington se forman para declarar la independencia de Cuba. ¡La independencia! ¡Quedando ocupado el Morro de la Habana permanente y militarmente por tropas de los Estados Unidos! ¡La independencia! ¡Qué irrisión! Pero éste es el triunfo del viaje de Méndez Capote á la Casa Blanca, y Estrada Palma no se morirá sin haber atrapado los honores fugitivos de Presidente de la República que queda en el aire. El descocado Morgan lo dice á boca llena en Nueva York: «¿Cuba independiente? ¡El drama empieza por el sainete!»

* * *

Morgan es de los que empujan con más tenacidad, no sólo á la adquisición de la isla danesa de San Thomas, sino á la de la holandesa de Curaçao. En el Haya ha entrado el pavor por el porvenir de esta isla. ¿Logrará el sindicato de Andersen en Dinamarca obstruir la adquisición de las Antillas danesas por los Estados Unidos? El *Daily May* recientemente ha publicado un telegrama, recibido en Londres, en que se dice que el Gobierno de Mac-Kinley ha pasado una nota al de Copenhague, conminándole á fortificar las islas de San Thomas y San Juan, bajo el temor de que Inglaterra ó Alemania quieran establecerse en ellas, pues dominan la ruta del canal de Nicaragua. Esta conminación, si existe, es una amenaza, pues Dinamar-

ca no puede ni soñar siquiera en guarnicionar y fortalecer unas posesiones tan lejanas y que le impondrían gastos costosos, incompatibles con la estrecha situación económica por que atraviesa. La cuestión de Curaçao ha sido tratada recientemente, en un bien escrito folleto, por el publicista neerlandés Van Kol. Van Kol propone que, sin pérdida de tiempo, parta para la isla una comisión de tres diputados á estudiar los medios de su defensa; pero en la amargura con que la cuestión está tratada, se observa que son mayores sus temores de que Holanda pierda aquella rica posesión, tesoro de su comercio marítimo, que las esperanzas de que se salven de la certera puntería que los Estados Unidos enfilan ya hacia ella. ¿Es que Curaçao también se halla en la ruta del canal nonnato de Nicaragua? Mas si todo lo que está en esa ruta excita la avaricia de los Estados Unidos, bajo el pretexto de la vigilancia que se arroga sobre una vía que está tan lejos de que se practique y salga del caos de los planos, de las comisiones científicas, de los tratados internacionales, de las adquisiciones de territorios neutros y de todas las demás bagatelas en que los Estados Unidos se entretienen en esta empresa, de que no se conoce más hecho positivo que *el nombre*, ¿á qué tanto instar con la Gran Bretaña sobre tratados de neutralización, y á qué tanto exagerar este principio jurídico del derecho internacional sobre el paso de las vías estrechas, que también se invoca contra Chile y la Argentina, para que no fortifiquen sus respectivos canales del Magallanes? Afortunadamente, Mac-Kinley niega su nombre al tercer período presidencial, y cuando Mac-Kinley pase, los Estados Unidos inevitablemente entrarán en otras corrientes.

IOB.

CRÓNICA LITERARIA

PROCESO DE LOPE DE VEGA POR LIBELOS CONTRA UNOS CÓMICOS, anotado por D. A. Tomillo y D. C. Pérez Pastor.—Servicios que presta la erudición á la historia literaria.—Orígenes del proceso.—Los amores de Lope con Elena Osorio.—Substanciación de la causa y sentencia.—La justicia de entonces y la de ahora.—Retrato de Elena Osorio.

Muy interesante resulta el *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*, que los Sres. Tomillo y Pérez Pastor han dado á la estampa en un extenso volumen, impreso á expensas del Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros. En este libro ocupan mucho más lugar que la causa seguida al Fénix de los ingenios las notas y noticias históricas que para ilustración de la misma han reunido y redactado aquellos dos diligentes y peritísimos investigadores de curiosidades literarias. Proceso y noticias históricas, el primero como texto, las segundas como comentario y aclaración, contribuyen á esclarecer algunos puntos de la vida de Lope en el período de su juventud, confirman el carácter autobiográfico de *La Dorotea*, y nos dan la clave de esta obra, al par que descubren el verdadero sentido de muchas alusiones contenidas en diferentes romances de Lope de Vega, revelándonos, además, ser obra suya otros cuyo autor se ignoraba.

Se ven de un modo claro y manifiesto en este libro los grandes servicios que la erudición presta á la historia literaria, como á todos los ramos del saber histórico. Sin la diligen-

cia de los investigadores que en archivos, en protocolos, en registros parroquiales y donde quiera que se conservan antiguos documentos persiguen las huellas que han dejado de su paso por este mundo, en los diferentes actos de la vida civil, ya los grandes ingenios como el autor de *La Dorotea*, ya los capitanes famosos ó cualesquiera otros hombres que realizaron alguna cosa digna de recuerdo, la historia biográfica sería muy imperfecta, no se podrían llenar muchas de sus lagunas y en algunos casos tendría que contentarse con la tradición oral, que aunque rara vez pierde por completo su verdad primitiva, va transformándose á medida que se aleja más de su origen y pasa por más bocas y por más imaginaciones. Pero el documento, por auténtico y autorizado que sea, no es tampoco una fuente en absoluto infalible para la historia; es un testimonio que puede adolecer de todos los vicios de falsedad que caben en las palabras de los hombres. De ahí que la erudición deba ir guiada y asistida por la crítica, para no dejarse engañar por sus propios materiales.

Siendo la erudición cosa tan excelente y que tantos servicios presta, no es extraño que tenga muchos apasionados; más difícil sería explicarse la saña con que la sátira se ha cebado á veces en ella y en sus cultivadores, si no considerásemos que entre las cosas notoriamente buenas y útiles apenas habrá alguna que no haya tenido censores y enemigos. Por otra parte, el oficio del erudito que se pasa la vida persiguiendo lo desconocido de la historia entre los amarillentos papeles de otras épocas, debe de ser tal, que apasione y excite el ánimo como el de la caza, ó cualquier otro de aquellos en que juega papel muy importante la persecución de un azar; que azar, aunque haya también sagacidad y competencia por parte del investigador, suele haber en el descubrimiento de algún papel desconocido y curioso que nos pone en autos de ciertos particulares históricos, antes ignorados ó mal entendidos. No es fácil que un investigador que ha conseguido llevar á cabo el descubrimiento de algún dato inédito, por insignificante que

sea, se resigne fácilmente á confesar que aquella noticia por él sacada á luz, carece de importancia. De ahí que muchas veces veamos conceder, en las obras de erudición, una atención desproporcionada á naderías, á pormenores triviales y chavacanos que, en realidad, nada útil ni verdaderamente curioso añaden á lo que sabíamos ya sobre personajes ó sucesos históricos.

En suma, hay en la erudición, como en todo, bueno y malo. Lo bueno nunca es comparable en valor á las creaciones del genio. Las comedias de Lope valdrán siempre más que cuando averigüen sobre ellas y sobre su autor los investigadores más inteligentes y más sabios. Lo malo tiene el menor grado de maldad posible, y, por lo general, es inocente ó inofensivo. A nadie causa daño (como no sea al que pierde su tiempo en estas averiguaciones) el que un sujeto cifre los desvelos de su vida en averiguar si el rey que rabió se cortaba las uñas todos los lunes. La visión de las grandes cosas que nos ofrece la Historia, se compone de elementos infinitamente pequeños; pero si ponemos excesiva atención en los pormenores, nos exponemos á perder de vista el conjunto de la imagen y á mirar el mundo con microscopio.

A lo bueno de la erudición pertenece el libro de los señores Tomillo y Pérez Pastor, antes citado. Y lejos de hacerse pesados ó fatigosos los pormenores que contiene, resultan tan amenos y entretenidos como los incidentes de una novela. En la historia del proceso seguido á Lope de Vega por libelos contra unos cómicos hay, en verdad, una novela amatoria sacada de la realidad. Sólo le falta la forma plástica de las fábulas novelescas. El proceso es, en cierto modo, un episodio de los amores de Lope de Vega con Elena Osorio. Así, pues, el libro á que nos referimos le dice al lector aficionado á reproducir en su imaginación el espectáculo de la vida: Ahí tienes los personajes de la novela, ahí las escenas; pero no te la doy escrita, te ofrezco los materiales para que tú te la forjes á tu gusto en tu fantasía. Pero no hay necesidad de hacerla si

recordamos que la hizo excelentemente el propio Lope en *La Dorotea*.

* * *

El proceso seguido á Lope de Vega lo fue á instancia de Jerónimo Velázquez, representante ó actor dramático, como ahora se dice, y de su hermano Diego Velázquez, los cuales entablaron contra el poeta la llamada querrela de libelos, semejante á la actual por injuria ó calumnia. Querrellábase el primero, en nombre propio, en el de su mujer Inés Osorio, y en el de sus hijos Elena Osorio y el Dr. Damián Velázquez de Contreras, y el segundo en representación de su hija Ana Velázquez, acusando á Lope de haber escrito ciertas sátiras, una en latín macarrónico y otra en castellano, en que les infamaba é injuriaba gravemente. Advertiré de pasada que, como en aquella época no se había fijado aún de una manera constante el uso de los dos apellidos paterno y materno por el orden en que ahora los usamos, Elena Osorio es generalmente designada por el apellido de su madre, en vez de llamarse Elena Velázquez Osorio, que es como realmente se llamaba, según las reglas modernas concernientes al uso de los apellidos, y como alguna vez se firmó, pues la *Filís* de Lope, que debía de ser antojadiza y variable, firma de muy diversas maneras en el curso de su vida. En sus últimos años es cuando alguna vez aparece su firma en esa forma, mientras en otros documentos, invertido el orden natural de los apellidos, se la llama D.^a Elena Osorio y Velázquez.

Antecedente necesario del proceso son los amores que había tenido Lope con esta Elena Osorio, y en los cuales puso el poeta toda la pasión que revelan *La Dorotea* y los numerosos romances dedicados á *Filís* ó á *Zaida*, nombres con que designaba á su amiga. Más de dos mil de estas composiciones poéticas indica Lope en *La Dorotea*, que le había costado su pasión por la Osorio, y acaso no haya exageración en la cifra teniendo en cuenta la fecundidad del poeta y la duración de

las relaciones, que fue, según manifestación del mismo Lope, consignada incidentalmente en una diligencia del proceso, de cuatro años.

Es de advertir que, al tiempo de sus amores con Lope, estaba ya casada Elena Osorio con un Cristóbal Calderón, personaje insignificante, del cual se sabe poco y que acaso fuera un cómico de la compañía de Velázquez; sujeto, en suma, en quien debía encarnar perfectamente ese tipo, conocido ya en los teatros de entonces y que sigue existiendo en los de ahora, y á quien se llama simplemente *el marido de la López ó de la Pérez*. Con ser casada la hija de Jerónimo Velázquez, no fueron tan recatados sus amores con Lope que no diesen lugar á bromas y murmuraciones. El gran dramaturgo era aficionado á jactarse de sus triunfos amorosos, y ponía tan poco cuidado en cubrir las apariencias, que en otro de los episodios de su vida galante le vemos procesado por amancebamiento. De ahí que cometiese imprudencias que debieron de inferir grave quebranto á la fama de Elena. La familia de ésta, no satisfecha con aquellos amores en que el escándalo no ofrecía las compensaciones que pueden esperarse de un amante rico y liberal, procuraron apartar á la joven de aquel poeta de veintitantos años que sólo podía dar de sí romances y comedias, y tan buena maña se dieron, quizá por estar un tanto cansada la Osorio del amor celoso y dominante de Lope, que en alguna ocasión había llegado á levantarle la mano en un raptó de celos, que el futuro Fénix de los ingenios fue sustituido por el indiano Don Bela de *La Dorotea*, esto es, por D. Juan Tomás Perrenot de Granvela, sobrino del Cardenal Antonio Perrenot de Granvela, joven aquel de pocos años, rico, dadivoso é influyente, que murió no mucho después en uno de los navíos de la *Invencible*.

No era fácil que un hombre del carácter de Lope, y además profundamente enamorado, se resignase con mansa filosofía á perder á la mujer amada y á verla en brazos de otro. Su antigua amistad con la familia de Velázquez, cuya casa había frecuentado con gran intimidad aun antes de sus amores con Elena,

que no debieron ser ignorados por los padres de ésta, trocose en odio y en espíritu de venganza. Primeramente trató de perjudicar á Jerónimo Velázquez en su profesión de cómico, quitándole los actores de su compañía para que se fuesen con otros representantes, y dando á otros sus comedias, y por último, escribiendo y divulgando solapadamente las sátiras que dieron origen al proceso. Aun teniendo en cuenta las costumbres de la época y concediendo la facilidad con que personas de honor cedían á la tentación de valerse para venganzas y otros fines ilícitos de escritos anónimos, pues sin duda la fealdad moral del anónimo era entonces menos manifiesta para la generalidad de las gentes, preciso es confesar que la conducta de Lope en esta ocasión, siquiera le sirvan de disculpa los arrebatos del amor y los celos, nos presenta un aspecto muy desfavorable y nada caballeresco de su carácter. No contento con injuriar gravemente á la mujer que le había otorgado sus favores y á quien cantara en tantas composiciones con todo el entusiasmo que puede desplegar un poeta enamorado, procura eludir las consecuencias de esta fea acción, y no sólo oculta y niega la paternidad de las sátiras dirigidas contra Elena Osorio y su familia, sino que, para extender el libelo, apela al ardid de echar á escondidas traslados ó copias de las sátiras en los aposentos de las personas á quienes visitaba, para que, hallando luego el papel, lo leyesen, sin saber por qué conducto había llegado hasta allí. Así resulta de varias declaraciones del proceso, en que los criados del Licenciado Moya deponen cómo hallaron una copia del libelo en la habitación de su amo, suponiendo que la había echado Lope de Vega, por no haber entrado ninguna otra persona de fuera de la casa.

Las sátiras eran dos: una en romance, que comenzaba:

*Los que algún tiempo tuvisteis
Memorias del Lavapiés.*

y terminaba:

*Estas son las tres
Que ensucian el barro de Lavapiés,*

aludiendo á Elena Osorio, á su prima Ana Velázquez y á Doña Juana de Rivera, *mujer enamorada*, con la cual tuvo también Lope relaciones íntimas, aunque pasajeras. La segunda sátira, escrita en latín macarrónico, era una invectiva contra el Dr. Damián Velázquez de Contreras, hermano de Elena; empezaba con estos versos:

*Vidente Ordóñez amico
Et cantare pares et respondere parati*

y llevaba por título ó epígrafe: *In Doctorem Damianum Velazquez, Satira prima.*

Como si quisiera demostrarnos que las obras del amor son más fecundas que las del odio, la casualidad ha hecho que no se conserven estas sátiras, mientras que de las innumerables composiciones literarias en que Lope celebró á su amada, no sólo han llegado á nosotros muchas, sino que ha habido eruditos investigadores que pongan en claro cómo bajo los nombres de Filis, Zaida ó Dorotea, ensalzaba Lope á Elena Osorio, la hija del representante Velázquez. Por donde se ve también que no es cosa baladí para una mujer que aspire á transmitir su nombre á las generaciones futuras, el ser amada por un genio. Como amante de D. Tomás Perrenot, seguramente no hubiese pasado Elena á la historia. Pero es casi seguro que aun siendo como era la Osorio mujer culta é inteligente, nunca le pasaría por la imaginación la idea de esta fama póstuma, aparte de que entonces era todavía Lope demasiado joven, y su reputación no estaba aún bastante cimentada para que pudiesen abrigarse racionales esperanzas de que todo lo que con él se relacionara adquiriría en lo futuro derecho á la celebridad y probabilidades de conseguirla.

Aunque como he dicho es desconocido (salvo algunos breves fragmentos) el texto de las sátiras contra la familia Velázquez, se sabe de ellas lo bastante por las declaraciones del proceso para apreciar cuán gravemente infamaban á Elena y á sus parientes, si bien es posible que el satírico no hiciese más

que exagerar la verdad de los hechos. Los testigos que depone-
nen en la causa y que habían leído ú oído leer la sátira en ro-
mance, relativa á las tres que *manchaban el barro de Lavapiés*,
dicen que en ella se trataba á Elena, á su prima Ana Veláz-
quez y á D.^a Juana de Ribera, de mujeres públicas, acusando
á los padres y hermano de la primera de consentir y tapar su
licencioso trato. En la sátira macarrónica contra el Dr. Veláz-
quez se le echaba en cara la profesión de su padre, diciéndole
que como hijo de cómico, debía ocuparse en cosas de la farán-
dula mejor que en negocios de la toga, y que no necesitaba
abogar, puesto que su hermana «ganaba para todos.»

Aunque no se imprimieron estos libelos, sus copias manus-
critas, que circulaban de mano en mano, debieron de exten-
derse mucho. Hay que tener en cuenta lo que era entonces la
Corte: un pueblo grande donde, como sucede ahora en las al-
deas y aun en las capitales de provincia de segundo y de tercer
orden, todos se conocían, y cualquier murmuración ó historia
escandalosa, y más si era referente á personas cuya profesión
les daba notoriedad y les ponía en comunicación constante
con el público, cual sucede á los cómicos, corría rápidamente
de mano en mano si era por escrito, ó de boca en boca si de
palabra, llegando á ser conocida de todos en breve tiempo.
En el mundo especial de los teatros, estas sátiras, conocidos los
amores pasados de Lope con Elena, debieron de ser por algu-
nos días la comidilla de comediantes, escritores y cortejos de
las cómicas. No es extraño, pues, que al verse convertidos en
la fábula de las gentes, se encendieran de ira contra Lope de
Vega, los Velázquez, y le persiguiesen con la saña que accredi-
tan primero el proceso y luego sus negativas á perdonarle,
hasta que por fin accedieron á ello cuando llevaba cumplida la
mayor parte de la condena de destierro que se le impuso. El
caso no era para menos, pues sobre lo desvergonzado y pro-
caz de las sátiras, éstas debieron de extenderse tanto en el
círculo reducido de aquel Madrid de fines del siglo XVI, como
las noticias que publican ahora nuestros periódicos de gran

conversación. Las sátiras de Lope debieron de ser en los días inmediatos á su aparición «el tema de todas las conversaciones», como dicen los revisteros del salón de conferencias del Congreso, y claramente revelan que fue así los testimonios de la causa.

*
* *

Presentada la querrela contra Lope, fue éste preso y comenzó la información de testigos para averiguar si verdaderamente era él el autor de los libelos perseguidos, como decían los querellantes. Son curiosos estos testimonios; todos los testigos declaran que Elena Osorio y su prima Ana Velázquez son mujeres casadas y muy honradas, «y en tal reputación tenidas y habidas»; dicen asimismo haber leído las sátiras ó haber tenido noticia de ellas, y dan diversos pormenores sobre su contenido, todos los cuales coinciden en que aquellas composiciones eran en extremo infamantes para la Osorio y su familia. Algunos atribuyen explícitamente las sátiras á Lope, fundándose, ya en que era hombre acostumbrado á hacerlas en latín y en castellano «contra personas honradas de esta Corte», ya en haber conocido su letra en un traslado, ya en la enemistad que mostraba á Jerónimo Velázquez, ya en ser conocidamente suyos ciertos conceptos que en aquéllas aparecían, ó bien en otros indicios semejantes. Otros testigos dicen ignorar quién fuese el autor de los libelos.

Llama la atención el cuidado con que visiblemente se evita en el proceso toda alusión á los amores entre Lope de Vega y Elena Velázquez, amores que no debían de ser, ciertamente, un misterio para los que intervenían en la causa, toda vez que la publicidad que el poeta les dió aparece haber sido uno de los motivos, ó por lo menos el pretexto para la ruptura entre los amantes. Sólo dos alusiones hay á estos amores, y las dos proceden de Lope. La primera vez, dijo (al irle á prender) que sentía se viese un envoltorio ó paquete de cartas escritas de mano de Elena Osorio; la segunda, enfurecido por cierta dili-

gencia de papeles verificada en forma incómoda y vejatoria para él, se desahoga con el alguacil encargado de practicarla, diciéndole que había tratado con Elena durante cuatro años. En ambas ocasiones sale, pues, la acusación de boca de Lope, en momentos en que se hallaba su ánimo muy excitado. La influencia de la familia de Velázquez, debida probablemente á la protección del nuevo amigo de Elena, se transparenta en ese extraño silencio que guarda el proceso sobre un particular tan estrechamente relacionado con los libelos.

Hecha la primera información, providenciaron los Alcaldes que se ampliara, y así se hizo, confirmando los nuevos testimonios lo que ya constaba en el proceso por declaración de los primeros testigos. En su confesión ó indagatoria, Lope se produce con una moderación y una prudencia muy diferentes de la espontaneidad ó la intención nada benévola con que en aquellos dos momentos de arrebató, á que antes aludimos, declaró sus relaciones con Elena. Negó ser autor de las sátiras, y se las atribuyó á otras personas; dijo que tenía á Elena Osorio por muy honrada, y que era amigo de su padre Jerónimo Velázquez, si bien estaban entonces encontrados, porque las comedias que había solido darle se las daba ahora á otro representante. Enterado, sin duda, de las influencias que patrocinaban á la familia de Velázquez, procuró Lope huir de cuanto pudiese agravar su situación. De poco le sirvió este estudio, pues recibida la causa á prueba por término de tres días, y no habiendo testigos de descargo, dictóse sentencia de vista, condenando al futuro Fénix de los ingenios á cuatro años de destierro de la corte y cinco leguas alrededor, y dos años de destierro del reino.

Una torpeza de Lope vino á hacerle sufrir fallo más riguroso. A los pocos días de dictada sentencia, vuelven á querellarse Jerónimo y Diego Velázquez y Elena Osorio, diciendo que Lope, desde que estaba preso, «les había hecho y dicho palabras de mucha injuria, y sátiras y sonetos de infamia», y en particular había fingido una carta de Elena y se la había

entregado á D.^a Juana de Ribera, la *mujer enamorada* de que se habla en una de las sátiras y en el proceso (eufemismo parecido al que emplean los franceses al hablar de *femmes galantes*), á fin de que ejerciese presión sobre ellos para que perdonasen al sentenciado, amenazándola con que, en el caso contrario, la enviaría al marido de la Osorio. Los querellantes se mostraban muy apurados y temerosos de que, si llegaba la carta á poder del marido de Elena, la mataría; pero la verdad es que no hay motivo alguno para suponer que el pobre Cristóbal Calderón fuese un Otelo. Al contrario, parece hartamente claro que, rindiéndose á los arcanos de la astrología judiciaria, entonces muy en boga, se conformaba mansamente á vivir bajo el signo de Capricornio. Con todo, tuvo malas consecuencias para Lope este incidente, pues el Alcalde Espinosa, instructor de la causa, ordenó se hiciera una busca de papeles en casa de la Juana de Ribera y en la prisión de Lope, al cual se le sacó para este efecto del aposento de la cárcel, en que estaba durmiendo, al patio de la misma en paños menores como se hallaba, mientras el alguacil registraba la estancia, ocasión en la cual manifestó, enojado por aquella molestia, su trato con la Osorio. Tras la información relativa á este punto, fue confirmada la sentencia en grado de revista, elevando á ocho los cuatro años de destierro de la corte, bajo pena de muerte si quebrantaba el destierro del reino (se entendía, de Castilla) y de servir en galeras «al remo y sin sueldo» los años de destierro de la corte, si era esta pena la que dejaba de cumplir.

No obstante tales amenazas, quebrantó Lope el destierro, como consta en su petición de indulto, que hubo de presentar cuando, cumplidos los dos años de destierro del reino y seis de los ocho de la corte, obtuvo al cabo el perdón de Jerónimo Velázquez y su familia. Él mismo dice «que durante el dicho destierro, á cosas forzosas que se le ofrecieron, entró en esta corte y otras partes en quebrantamiento dél». Una de estas «cosas forzosas» debió de ser el rapto de D.^a Isabel de Aldere-

te, con quien contrajo luego matrimonio, y de quien había enviudado ya al tiempo de solicitar el indulto, fecha en que también estaba en vísperas de viudez Elena Osorio, por hallarse gravemente enfermo de la enfermedad de que murió, su marido Cristóbal Calderón. Acaso Elena pudo abrigar la esperanza de que Lope se casaría con ella, no siendo inverosímil que esto influyera en el perdón, concedido al cabo de siete años de obstinadas negativas, no obstante mediar en el negocio, en favor del desterrado, personas de tanto respeto como el Presidente de Indias, D. Fernando de Vega y Fonseca.

*
* *

Además del interés que despierta este proceso, por las noticias que nos suministra sobre la vida de Lope y por la clave que nos ofrece para entender bien el fondo real de algunas de sus obras literarias, nos brinda también con otra curiosidad de diferente especie, puesto que dicha causa es un ejemplo y un dato de lo que era entonces la Administración de justicia en España.

Si sobre un dato sólo pudieran fundarse generalizaciones, no saldrían mal librados de la comparación los Tribunales de entonces, juzgando por este proceso tramitado completamente en cuarenta días, y que aparece fallado en justicia. La penalidad no ha variado en lo esencial; con destierro sigue castigando el Código vigente las injurias graves; pero, aunque añade la multa, la duración de la pena es hoy menor de la que impusieron los Alcaldes á Lope. Las penas subsidiarias para el caso de quebrantamiento de condena son las que resultan excesivamente severas, juzgado el hecho con el criterio de la moderna jurisprudencia, no con el de entonces. Verdad es que estas terribles amenazas de castigar con la muerte ó con galeras al que quebrantaba el destierro, rara vez se cumplían, y de ello es un ejemplo el mismo Lope.

Hay que advertir que el documento publicado por los seño-

res Tomillo y Pérez Pastor no es el proceso original, sino un testimonio en relación de la culpa y acuerdos, sacado á instancia de Lope de Vega al pedir indulto, de suerte que la concisión de la causa tiene mucho de aparente, toda vez que en los autos, á más de constar más largamente los extremos testimoniados, figurarán de seguro diligencias de tramitación cuyo traslado no se juzgaría necesario ni pertinente. Con todo, no es más breve ni más lógico nuestro actual procedimiento criminal, y sí mucho más pedantesco y casuístico. Muy lejos estoy de querer terminar este artículo con una apología de la justicia de los tiempos de Lope; sobran testimonios y datos para tenerla por mala, y no es el menor el de la voz popular que vemos reflejada en tantas obras de costumbres, en las cuales son blanco de despiadada, y en muchos casos no inmerecida sátira, jueces, escribanos y alguaciles, aunque las censuras á los primeros se paliasen, más por el miedo que imponían que porque les fuese el concepto público favorable. Las mismas prevenciones subsisten hoy, y bien puede decirse que es un rasgo constante de nuestra historia, y de nuestra psicología popular, desde hace siglos, la impopularidad de la Administración de justicia, en tiempos antiguos y modernos, con Monarquía absoluta y con sistema constitucional, cosa que no redundará ciertamente en honor ni en elogio de la curia. Sin duda algunos vicios de ésta, como la venalidad, han ido corrigiéndose algún tanto, sin desaparecer en absoluto; pero el concepto público ha variado poco, y el español de principios del siglo xx siente la misma temerosa repulsión y la misma desconfianza hacia la justicia que experimentaba el español del siglo xvi. Por otra parte, preciso es reconocer con imparcialidad que la antigua Administración de justicia, si bien pecaba de dura en unos casos, de excesivamente blanda en otros, de ciega en muchos, tenía proporcionalmente mayor eficacia que la moderna, si consideramos que en aquellos tiempos, en que no había policía organizada, ni ferrocarriles, ni telégrafos, ni ninguno de los rápidos medios de que hoy se dispone

para descubrir y perseguir á los criminales, resultaba en extremo fácil eludir el castigo de los crímenes cuando no era sorprendido *infraganti* el delincuente. Era aquella justicia una especie de medicina bárbara que aplicaba al saneamiento de la sociedad brutales, pero eficaces remedios: la muerte, el tormento, los azotes, las galeras. Pero la moderna Administración de justicia, nuestra penalidad y nuestros sistemas penitenciarios son, como reconoce y declara un criminalista de tanta talla como Garofalo, uno de los mayores fracasos que se registran en la historia de las instituciones humanas. Las penas modernas (salvo la de muerte, que es un resto del antiguo repertorio) ni eliminan ni corrigen. La reincidencia acredita en todas partes que la profesión de delincuente no es tan mala como á primera vista podría juzgarse, y que el dinero que el Estado gasta (á costa de los no delincuentes) en sostener magistrados, jueces, escribanos y empleados de prisiones, para poner á la sociedad á cubierto de los ataques de los criminales, es de una utilidad problemática, puesto que la reincidencia no disminuye.

*
* *

Cerrando este paréntesis, diré, para terminar, algunas palabras acerca de las principales figuras que intervienen en el proceso. Como en las novelas antiguas, que solían llevar un epílogo explicando lo que fue de los personajes después del momento en que termina la acción de la novela, los señores Tomillo y Pérez Pastor han querido ofrecernos en sus eruditas notas los datos biográficos que se conocen relativos á las principales personas que figuran por algún concepto en la causa.

Los testigos, muchos de ellos comediantes, no pueden inspirar gran interés al lector contemporáneo, para quien lo más importante es lo que atañe directamente á Lope y á los que con él mantuvieron más íntimo y frecuente trato. De ahí que la atención del que lee el proceso vaya desde luego hacia la familia

del representante Velázquez, y en particular hacia Elena Osorio, que con lo que sabemos de ella por *La Dorotea* y por los numerosos romances que cuentan los transportes amorosos de Filis y Belardo, y con lo que el proceso nos dice, aparece ante nuestros ojos adornada con el sugestivo encanto de una heroína de novela.

Debía de ser la amiga de Lope una mujer seductora, de las que se llevan tras sí los corazones de los hombres con un ademán, con un gesto, con una sonrisa ó una mirada; mujer nacida para agradar; de las que el pueblo dice en su expresivo lenguaje que tienen gancho. De ella dice Lope en *La Dorotea*: «El talle, el brío, la limpieza, la habla, la voz, el ingenio, el danzar, el cantar, el tañer diversos instrumentos, me cuesta dos mil versos.» Era morena, muy hermosa, «amiga de exhibirse en el teatro y en toda clase de fiestas, graciosa por naturaleza y arte», y como criada entre gentes de teatro, algo desenvuelta. La conoció Lope cuando tenía diez y siete años, es decir, en el momento de la virginidad del amor, cuando la ilusión amorosa tiene una frescura y una savia que jamás vuelve á recobrar en el curso de la vida. Siempre han inspirado grandes pasiones y han tenido particulares atractivos para el amor las mujeres del teatro, como si se incorporase á su persona alguna parte del encanto de las heroínas que representan en las tablas. En aquella época (y al decir en aquella época no me refiero precisamente á los años en que se substanció el proceso), por ser mayor el recogimiento de la mujer y menos tolerantes (aunque no más morales) las costumbres en cuanto á la comunicación y trato social de personas de diferente sexo, el atractivo de las comediantas debía de ser todavía más irresistible, como lo muestra el hecho de que hasta monarcas y grandes personajes se enamoraran perdidamente de algunas de ellas, sin embargarlo la escasa consideración que rodeaba entonces á la farándula. Elena no era, en realidad, mujer de teatro, puesto que no fue cómica; pero criada entre ellos, su manera de ser debía de ser muy semejante á la

de las actrices de la época. Después de la muerte de sus padres, la *Filis* de tantos romances amatorios vivió retirada y sola, cuidando de su hacienda y administrando los bienes que tenía en Madrid su hermano el Dr. Velázquez, contra quien fue dirigida la famosa sátira en latín macarrónico. Murió en avanzada edad el año 1637, es decir, cerca de cincuenta años después del proceso.

De Ana Velázquez, su prima, otra de «las tres que manchaban el barro de Lavapiés», se sabe muy poco. Estuvo casada con un librero de Madrid llamado Pedro Martínez, y debió de reinar poca armonía en su matrimonio. Tampoco son muy interesantes las noticias que tenemos acerca del Dr. Damián Velázquez, hermano de Elena, que fue Fiscal de la Inquisición de Cartagena de Indias; de Diego Velázquez, padre de Ana, uno de los querellantes en la causa; de Inés Osorio, madre de Elena, á quien bajo el nombre de *Teodora* manifiesta Lope tanto resentimiento en *La Dorotea*, y de Jerónimo Velázquez, aunque habiendo sido éste uno de los más famosos representantes y autores de comedias de aquel tiempo, abundan los datos acerca de las obras que representó en Madrid, Sevilla, Toledo, Burgos y otras ciudades de España. Fuera de sus relaciones con Lope de Vega, la familia de los Velázquez no nos ofrece episodio alguno interesante que la hiciese acreedora á ningún género de fama póstuma.

El libro de los Sres. Tomillo y Pérez Pastor, por su índole y hasta por la manera de estar escrito, no es de los que pueden penetrar mucho en el gran público. Se dirige principalmente á las personas versadas en nuestra historia literaria; pero con todo, cualquier persona que lo lea, aunque sea profana en estas materias, no dará por perdido el tiempo que en ello invierta.

Además del proceso y sus comentarios, contiene este tomo los *Datos desconocidos para la vida de Lope de Vega*, publicados por vez primera en el Homenaje á Menéndez y Pelayo, curiosa recopilación de noticias debida al Sr. Pérez Pastor,

que ahora nuevamente se imprime, corregida y aumentada. Ni el Proceso ni los *Datos* alteran en lo fundamental la fisonomía que nos habían trazado de Lope sus biógrafos, ni transforman profundamente su vida. No son una revelación, como la que respecto del Canciller Francisco Bacon de Verulamio se cuenta que han conseguido los criptógrafos Dr. Owen y madama Gallup al descubrir la cifra secreta de las obras del autor del *Novum Organum*. Pero aclaran, completan, llenan lagunas, y esto es ya por sí solo labor muy importante y meritoria.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—ENCICLOPEDIA: El horóscopo del siglo xx.—POLÍTICA INTERNACIONAL: Fuerza y debilidad de Europa.—TEOSOFÍA: El hombre y sus reencarnaciones, según la doctrina teosófica.—LITERATURA: ¿Ociosidad literaria?—El uso de los pseudónimos.—PSICOLOGÍA COLECTIVA: El arte y el vulgo.—La mentalidad española.

ENCICLOPEDIA

EL HORÓSCOPO DEL SIGLO XX.—En la nueva Revista italiana *Cyrano de Bergerac*, que ha empezado á publicarse en Roma, dedica Aquiles Loria un artículo al horóscopo del siglo xx.

¿Qué es lo que no será el siglo xx? No será el siglo de la paz, el siglo cuya sangrienta aurora refleja los bárbaros estragos de las guerras de China y del Transvaal; ni el siglo de la música, el que comienza señalándose por la más espantosa decadencia del arte musical; siendo todavía menos probable que sea el siglo de la poesía; y cuando se advierte el dominio de la razón sobre el sentimiento y el enfriamiento de las relaciones sociales, puede anticiparse que el siglo xx tampoco será el siglo del amor, ni menos el del heroísmo ni el martirio; los trajes y modas imperantes no permiten creer que sea

el siglo de la elegancia, y la evidente decadencia de las Asambleas políticas hace presumir que no será el siglo de la elocuencia; la opereta bufa y la novela psicológica desaparecerán probablemente, y de creer es que el siglo xx asistirá también al sepelio, sin pompa, de las conferencias, del café cantante, de los bailes de beneficencia y del *calembourg*.

Pero ¿qué será entonces el siglo xx? En el campo físico será el siglo del *sport*, del automovilismo, de la perecuación de los sexos, de la masculinización ó machificación de la mujer y del reverdecimiento de nuestras razas, gastadas por una existencia demasiado cerebral y neurótica. En el campo mental será el siglo de las enciclopedias, de los diccionarios, de las bibliografías, de las historias, de las menudencias eruditas, de las micrologías inanimadas, del eclecticismo sistemático.

En la ciencia y sus aplicaciones será el siglo de la electrotécnica, de la biología y de la psicología, que permitirá al hombre ejecutar las más diversas funciones, por medio de aparatos mecánicos; que analizará todo, razonará sobre todo y no dejará ni una salida á la explosión espontánea del pensamiento ni á la irracionalidad de la pasión. En el campo de la acción será el siglo de la previsión y del seguro, que someterá á todo individuo al cálculo de la probabilidad, que encerrará á cada hombre en una casilla y lo transformará en una cifra; siglo de la cooperación y del socialismo; siglo fecundo en expedientes propios para mitigar los dolores de la civilización y para elevar en alguna medida la suerte de las clases más numerosas y necesitadas. Esa será su más pura gloria, que le compensará de glorias más brillantes y estrepidas.

Si no tendrá grandiosos triunfos militares ni óperas profundas, fruto maravilloso de una vida entera de estudio y de meditación, ni mártires sublimes ni héroes inmaculados; si no tendrá Austerlitz, ni *El origen de las especies*, Jordán Bruno ni Praxiteles, tendrá, sin embargo, la santa batalla de la hu-

manidad anónima, contra los sufrimientos y los abusos, y los silenciosos triunfos de la justicia, sobre la maldad y el fraude. No será el nuevo siglo ni un númen, ni un demonio, ni menos, como el pasado siglo, lo uno y lo otro á la vez; pero será un hombre, práctico, laborioso, modesto, conocedor de las dificultades y asimetrías de la vida y que procederá, con serena tenacidad al logro de un equilibrio superior.

POLITICA INTERNACIONAL

FUERZA Y DEBILIDAD DE EUROPA.—Lord Salisbury, con su voz mordaz y guasona, se complacía—dice en la *Revue Bleue* Héctor Depasse—en profesar la doctrina de que todos los pueblos cuya casa y campo ambicionan los ingleses, son pueblos en decadencia. La defensa de los boers, los dos años de la guerra de Africa, en que todas las fuerzas de Inglaterra, con el apoyo de Australia y del Canadá, no han logrado dar cuenta de un pueblecillo de labradores, rebajan extraordinariamente tamañas pretensiones.

Las actitudes arrogantes y las frases sonoras han perdido su efecto; la ironía de las palabras ha sido derrotada por la ironía de los acontecimientos. El punto de vista del mundo ha cambiado, y la relación entre el poder de Inglaterra y el de los demás países aparece hoy de modo muy diferente del que se creía. Los boers han patentizado que un pueblo injustamente acometido es vencido cuando consiente en serlo. Los boers han prestado un gran servicio á la conciencia humana: han hecho tocar con el dedo la debilidad oculta bajo los armamentos más formidables. Antes de su ejemplo han podido pasar en Europa cosas que seguramente no pasarán después; se avergonzaría uno de serles inferior en grandeza de alma, en inclinarse y ceder allí donde ellos, tan pequeños, han sabido resistir invenciblemente. Ellos han revelado la enfermedad

de un gran Imperio, disipando prejuicios é ilusiones y aniquilando prestigios seculares. Esos pobres aldeanos han labrado el campo de la opinión, regando con su sangre la lección de la humanidad.

Inglaterra, según la costumbre de los grandes políticos, pondrá cada vez más su confianza en los medios por que ha sido derrotada, en el culto exclusivo de la fuerza material; la política, tal como siempre se ha entendido, consiste en perseverar en sus faltas hasta el último extremo, en no reconocer jamás que uno se ha equivocado, en oponer á las lecciones de la experiencia el orgullo y la ceguera más incorregibles. Inglaterra es la nación más satisfecha de sí misma: Salisbury y Chamberlain son los más satisfechos de todos los ingleses.

Se pregunta uno al ver lo que pasa, si no ha sido un prejuicio y una superstición del Continente creer en la libertad inglesa, proclamarla en los libros y envidiarla. Un Chamberlain, ex radical y socialista, metamorfoseado en sectario del agiotaje sin escrúpulo, ha podido lanzar á Inglaterra en una aventura, como si hubiera sido un César cualquiera. La gran Inglaterra, renegando de su historia desde Cobden á Gladstone, tiene que recurrir al proteccionismo, gravando el azúcar y el carbón; volviendo á sistemas que siempre ha estimado indignos; yendo derecha al servicio militar obligatorio, del que siempre se había creído libre, y gastando su sangre y su dinero del modo más ruinoso.

Se ha reconocido que el presupuesto de Guerra no podrá bajar en adelante de 750 millones de francos, 450 millones más de lo que se gastaba hace cuatro años; Alemania gasta 800 millones, Rusia 750, Francia 675; y eso sólo en el ejército, sin contar la marina. Este aumento horrible é incesante, en el que algunos economistas creen ver la manifestación de un estado de fuerza y de vigor, es precisamente todo lo contrario, siendo evidente que Europa ha perdido su fuerza moral y política desde que ha consagrado tanto dinero y tanto trabajo al aumento de sus ejércitos.

Si Europa, armada como lo está, fuese una fuerza moral y política, no habría asistido impotente á la destrucción de un pueblo de su familia y de su sangre; si Inglaterra fuese una fuerza de razón y de equidad, no gastaría sus fuerzas en aniquilar una de las más hermosas conciencias de pueblo y el más precioso elemento de la civilización en el África austral; pero Europa, desde hace un cuarto de siglo, no hace más que coleccionar afrentas y desengaños: dígalo la audaz apertura de las balijas diplomáticas por el Sultán de Turquía, la destrucción sistemática de la raza armenia y el aplastamiento de España en las Antillas y Filipinas, aniquilación de uno de los más hermosos Imperios coloniales que Europa haya poseído para su gloria común.

No es con golpes teatrales ni con farsas más ó menos bien montadas cómo Europa saldrá con bien de sus negocios, mientras América hace sentir su acción positiva en Asia y hasta en el Mediterráneo; mientras la nueva confederación australiana aspira ya en alta voz al dominio del Pacífico, poniendo sus manos en la Nueva Guinea y en las islas de Fidji y Samoa, y mientras el Japón eleva rápidamente su ciencia y su industria. La política de guerra y de conquista se hace cada día más impracticable en Europa, arruinada por una política imposible, y se entrevé el momento en que los Estados Unidos de Europa, esa confederación que ha podido parecer durante tanto tiempo una quimera utópica, sea, sin tardar mucho, la única solución radical y posible de la situación por que atravesamos.

TEOSOFIA

EL HOMBRE Y SUS REENCARNACIONES, SEGÚN LAS DOCTRINAS TEOSÓFICAS.—El Dr. Pascal, invitado por el Ministro de Instrucción pública de Ginebra á dar dos conferencias sobre Teosofía en la culta ciudad suiza, ha desarrollado en las mismas

varios interesantísimos temas, de los que entresacamos lo que ha dicho sobre la constitución del hombre y sus reencarnaciones, tomándolo de la excelente Revista española *Sophia*, digna de ser conocida de todos cuantos se interesan por los estudios filosóficos.

El hombre—dice el Dr. Pascal—es un pequeño universo, un microcosmo, que contiene en germen todas las posibilidades del universo, unas ya desarrolladas, otras en embrión y otras latentes; y como la materia del universo es ilimitada como sus estados, ilimitados son también los estados por que el hombre tiene que atravesar. La ciencia, que antes no admitía más estados en la materia que el sólido, el líquido y el gaseoso, ha tenido que admitir el etéreo para explicar la luz, el calor, la electricidad y otras fuerzas no menos sutiles. La Teosofía, por su parte, enseña que existen cuatro estados etéreos, y que sobre éstos hay otros más sutiles aún que explican los fenómenos producidos por las fuerzas superiores: la sensación, el pensamiento, el amor, la voluntad. Y así como la materia sólida adquiere determinadas formas que constituyen el cuerpo de los seres, así los estados sutiles de la materia presentan otras formas, esféricas ú ovoides en general.

Multitud de hechos innegables han demostrado la existencia de otros cuerpos distintos de los visibles: durante el sueño, el cuerpo vive, pero lo mental está ausente; en los estados hipnóticos y en los ensueños se revelan fenómenos y facultades que serían inexplicables sin el desdoblamiento del yo. Todas las religiones admiten la pluralidad de cuerpos humanos: los egipcios contaban siete, los indios cinco, los romanos cuatro; San Pablo sólo habla de dos cuerpos: el material y el espiritual. La Teosofía enseña que el número de los cuerpos depende del grado de evolución alcanzado por los hombres, poseyendo el hombre actual tres cuerpos: el *visible*, el *astral* y el *mental*.

El cuerpo *visible* es de todos conocido. Este cuerpo tiene además una parte sutil, á la que se ha llamado el *doble etéreo*;

«doble», porque cuando se extrae su materia del cuerpo humano tiene la forma del cuerpo visible, y «etéreo», por estar formado por el éter; el doble etéreo no se separa nunca de las personas que gozan de buena salud; durante la agonía se desvanece poco á poco, y cuando queda completamente separado de la forma física, se produce la muerte, siendo el éter del doble el vehículo de la fuerza vital. Es interesante conocer también la atmósfera invisible que rodea el cuerpo, llamada *enormon* por Hipócrates, y *aura de salud* por la Teosofía; esta aura está compuesta de emanaciones corporales sutiles proyectadas por el exceso de tensión del fluido vital en el cuerpo, habiendo en ella cristales microscópicos y moléculas líquidas, gaseosas y etéreas, elementos proyectados al exterior por las corrientes de vida que parten del cuerpo, algo así como una secreción sutil de fuerza sobrante; cuando la energía vital es normal, el aura forma una especie de aureola de rayos paralelos que salen perpendicularmente de la superficie cutánea, como se ve en las placas fotográficas de Baraduc, Tegrad y Jodko; quebrantada la salud, la corriente es menos intensa y los rayos se proyectan oblicuamente, presentando en conjunto el aspecto de un paraguas que se cierra. Esta «aura de salud» es el regulador de la tensión vital, válvula de seguridad y órgano de defensa contra los agentes morbosos, que se mantienen alejados del cuerpo, en el que intentan penetrar por la energía con que el aura los rechaza.

El cuerpo *astral* ha recibido diversos nombres, siendo debido el que lleva—no muy acertado—á que es luminoso como un astro para los videntes; en la Edad Media se le llamaba sideral, por creer los astrólogos en la influencia que los astros ejercían en él; los indios lo llaman *kama*, voz sánscrita que quiere decir «pasión», por ser asiento de las sensaciones y deseos, por cuyo motivo se le llama también en Teosofía «cuerpo de deseos», llamándole también *alma animal* y *cuerpo psíquico*. Este cuerpo compenetra enteramente el cuerpo visible é irradia en su derredor, formando un ovoide luminoso azula-

do que se extiende á distancia de un metro próximamente en todos sentidos; los videntes afirman que cada emoción, sensación, pasión ó pensamiento, se manifiestan sobre el fondo luminoso del cuerpo astral á modo de un relámpago de forma y color especiales: el azul representa, en general, la abnegación: el amarillo, la inteligencia; el rosado, el amor; el rojo claro, la ira, y el rojo obscuro, las pasiones animales. El cuerpo astral posee centros especiales de vida, correspondientes á los sentidos corporales, y dando vida á un estado particular de la materia astral; así los sentidos no se limitan á aquellos centros, sino que se manifiestan por todas las partes del cuerpo astral, lo que explica que ciertas personas ven, leen ó entienden con las manos, los pies, la frente ó el hueco del estómago. Los centros de vida del cuerpo astral se hallan situados en las partes ocupadas por los principales centros del sistema nervioso, habiendo cuatro á lo largo de la espina dorsal y tres en el encéfalo. El hombre que ha desencarnado—ó que ha muerto, como suele erróneamente decirse—vive en cuerpo astral, en el mundo astral, llamado *kamaloca* por los indios, *Hades* por los griegos y *purgatorio* por los católicos. Cuanto más robusto y grosero es el cuerpo astral, más se prolonga su vida en el purgatorio; cuando la energía del cuerpo astral ha disminuído bastante para que cese la actividad de los centros pasionales, el cuerpo astral se desagrega—muere—y el hombre, revestido del tercer cuerpo, vive en el mundo mental, el cielo.

El tercer cuerpo, el cuerpo *mental*, está formado de una materia todavía más sutil, siendo el pensamiento su especial atributo. Su forma es ovoide, como la del cuerpo astral; su volumen está en proporción con el desarrollo mental del individuo, y su color y resplandor son hermosos. Los iniciados dicen que presenta dos partes especiales: una menos voluminosa, que es la acabada de indicar, y otra cuyo volumen puede aumentar con la evolución extraordinariamente; la primera es el cuerpo mental propiamente dicho, y la segunda el cuerpo causal. El mental manifiesta por su vibración las nociones concre-

tas, y el causal las abstractas. Después de la vida del purgatorio, despierta el hombre en el mundo mental, el *devachan* de los budhistas, el *svarga* de los indios, el *amenti* de los egipcios, los *campos Eliseos* de los griegos, el *cielo* de los cristianos. Este cielo es asiento del cuerpo mental mientras persiste la actividad de sus centros de vida, teniendo razón las religiones al afirmar que nuestra felicidad en el cielo depende de nuestros méritos en la tierra. La Teosofía, sin embargo, no admite la *eternidad* del cielo, como no admite la del infierno, porque siendo el hombre un sér finito, no puede crear estado ninguno eterno. Destruído el cuerpo mental, permanece el hombre en el causal, siendo entonces más ó menos consciente, según su desarrollo; la ley divina pone luego en actividad los gérmenes recogidos por el cuerpo causal, desarrollándose nuevos cuerpos hasta reencarnarse el hombre una vez más en la tierra.

La reencarnación es el regreso de las almas humanas á la tierra en nuevos cuerpos. La ley de reencarnación es el corolario estricto de la ley de la evolución; no hay evolución sin la conservación de las cualidades adquiridas, condición esencial del progreso. La diferencia entre la ciencia y la Teosofía está en que la primera niega la persistencia de un cuerpo sutil después de la desagregación física, mientras que la Teosofía afirma esa persistencia, condición de la individualidad, considerando el cuerpo visible como mero instrumento, que puede morir, sin que por eso desaparezcan las facultades humanas del individuo, conservadas en el cuerpo causal.

La Teosofía no ha inventado la doctrina de los renacimientos, enseñada por casi todas las grandes religiones y por gran número de filósofos antiguos y modernos. Si Dios es justo, ¿cómo explicar, no sólo el sufrimiento, sino su desigualdad? ¿Es justo que millones de seres sufran por un pecado que no cometieron? ¿Cuál es la causa de la desigualdad en el reparto del sufrimiento, ya que el pecado original—admitiendo esa explicación del dolor humano—es para todos el mismo? Se dice que los hombres sufren por sus errores y expían sus pe-

cados. Es cierto; pero sufren, sobre todo, por los errores y pecados cometidos en sus vidas anteriores. En el universo no puede haber injusticia, porque el mundo es obra de Dios, guiado por Dios y animado por Dios. La desigualdad del sufrimiento y de las condiciones humanas proviene de la desigualdad del desarrollo en los hombres, de la desigualdad de méritos y culpas acumulados en la serie de sus vidas terrenales.

LITERATURA

¿OCIOSIDAD LITERARIA?—Con motivo de un artículo publicado por Arturo Graf, en el que acusa de holgazanería á la literatura juvenil de Italia, Palmerini recoge en *La Rassegna internazionale* la acusación, mostrando cuáles son las causas del mal, no propias de Italia, sino comunes en parte á los demás países.

Estas causas son: el periodismo, el snobismo aristocrático y la pública miseria.

El periodismo, palanca prepotente de la pública opinión, está en manos—salvo honrosas excepciones—de gente asalariada que por desgracia ó por ineptitud, ó por parentesco ó por otras causas fortuítas, se han lanzado al oficio de periodistas, tomando á su cargo la ardua misión de ilustrar y dirigir al público. Estas gentes son enemigos jurados é irreconciliables de los literatos, habiendo entre unos y otros la misma animosidad que entre los ebanistas y los carpinteros, entre los remendones y los zapateros de lujo, entre los cirujanos y los médicos. ¿Y qué sucede? Que cuando el periódico se ocupa de literatura, lo hace como un remendón pudiera trabajar en un zapato blanco de baile. Y como el público, demasiado atareado ó sobradamente perezoso para formarse opinión propia, recurre al periódico, compañero asiduo de su digestión, para saber lo que debe leer, acaba por convencerse de que en el país, quitados tres ó cuatro nombres, no hay más que muchachos

presumidos, plagiarios de la literatura extranjera. Hasta los buenos periodistas, absortos por la política, ó no se ocupan de arte, ó encomiendan la reseña á un reporter, al cronista ó á cualquier amigo gratuito que, por el hecho solo de verse elevado á la solemne investidura de crítico, se cree con derecho á emitir juicios, á crear genios y á deshacer reputaciones.

¿Y qué decir del periodismo literario, del que representa, ejercido por santones, el gran sacerdocio de la literatura para el público? ¡Peor todavía! Del periodismo diario puede, por lo menos, decirse que mucho se perdona á su natural incompetencia. Pero, ¿qué disculpa alegar para la enemiga á los jóvenes, para el misoneismo de los santones del arte? El Director de las grandes Revistas no puede leerlo todo, ya por ser viejo, ya por sus muchas ocupaciones; la lectura de manuscritos de nombres desconocidos pasa á un obscuro compilador, que, convertido en árbitro tenebroso é indiscutido, se revuelve contra los atrevidos, que, no sabiendo que hacer, se entretienen en mandar novelas, artículos y poesías, á una Revista tan importante. El verdadero Director, en cambio, poco amigo también de los jóvenes, acepta todo lo que le envían los nombres de primera fila, todos amigos y compañeros antiguos, y, sin mirar siquiera sus trabajos, los envía á la imprenta, aunque suele ocurrir que tales trabajos son como frascos que conservan todavía un vago perfume de exquisita esencia, pero que no tienen ya más que agua. Y el público, el pobre público, que sabe y no sabe, hace este razonamiento: Si estos literatos tan famosos son tan pedestres y tan vanos, ¿qué serán los jóvenes? No compra las cosas buenas, limitándose á algunos raros libros, precedidos de universales golpes de bombo.

Y he ahí la razón del pulular de tantos periódicos literarios, chicos y grandes: la continua rebelión contra esa sorda é inconfesada hostilidad á lo nuevo. Si los muchachos valientes hallasen honrada acogida, aunque fuese correctiva; si tuviesen en las buenas Revistas literarias sinceros alientos ó sinceras, aunque rudas, admoniciones, no tendrían voluntad ni va-

lor para gastar sus fuerzas en implantar nuevas Revistas, que ya prevén faltas de dinero, de crédito y de adhesiones. Esta rebelión es noble y hermosa, cuando no es descompuesta y vanidosa; no es fruto de la ociosidad, sino fuente de vida y de luchas fecundas.

El segundo enemigo es el snobismo aristocrático. Los trastornos político-económicos, que han hundido á tantas antiguas familias nobles, elevando á otras por la riqueza á las cumbres del poder, ha producido inagotable tropel de pseudo-ricas-hembras, productos híbridos de soberbia y de ignorancia, de arrogancia y de timidez, de obtusidad y de pretensión, que se las echan de *intelectuales*, de refinadas, y que, no conociendo las leyes innatas de la medida, se entregan á exageraciones ridículas, á excentricidades barrocas, que con cómodo término exótico llamamos *snobismo*. Entre estos snobismos está el amor á todo lo extranjero; por eso los libros nacionales se ven desterrados de sus salones, donde triunfan los decaídos decadentes franceses ó las trabajosas elucubraciones filosófico-evangélicas de los ingleses.

El último enemigo vale por todos: cuando se trata de un país donde, de cada cien habitantes, hay 82 que tienen que luchar más ó menos afanosamente por un modesto pan cotidiano, bien pueden florecer á miles los Homeros, Virgilibios, Dantes y Shakspeares, que no se sacará una araña del agujero. Con esta forzada indiferencia del público hacia los libros literarios, ¿sería mejor que tantos jóvenes, en vez de ocuparse bien ó mal del arte, se metiesen á boticarios, agricultores ó peritos? ¿Quién compraría entonces los pocos libros que se venden? ¿Quién daría alguna animación á nuestro ya demasiado frío ambiente artístico?

*
*
*

EL USO DE LOS PSEUDÓNIMOS.—¿Para qué sirven los pseudónimos?—se pregunta Ernesto Carlos en la *Revue Bleue*.—

E. M.—Agosto 1901.

¿Creen quizá los escritores que pican más la curiosidad del público tomando un nombre imprevisto, un nombre fuera de circulación? Se publican hoy demasiados libros para que la curiosidad pueda excitarse eficazmente por tales procedimientos. ¿Se dirá que los escritores toman los pseudónimos para huir de odios particulares ó por temor del Gobierno? La policía está bastante bien organizada, y la indiscreción es tan rápida, que un pseudónimo no disimula nada. ¿Para qué, entonces, los pseudónimos? No se sabe; pero lo cierto es que se multiplican.

Los hay conocidos de todo el mundo; el provinciano, que los retiene en su memoria, se convierte por eso sólo en un verdadero parisién. Que Anatolio France se llama Thibaut, y Pedro Julián Viaud, y Gyp la condesa de Martel, no hay nadie que lo ignore. El señor Courteline ha hecho saber que se llama Moignaux, Quesnay de Beaurepaire tiene por nombre literario el de Julio de Glouvet, como Caliban corresponde á Emilio Bergerat y Nestor ó Colomba á Enrique Fouquier. La fama de Caran d'Ache es grande; pero muchos no saben que el nombre del célebre dibujante es Manuel Poiret, como ignoran que Renato Maizeroy es el barón Toussaint.

Las mujeres son todavía más aficionadas que los hombres á ocultar su personalidad, ya porque teman el brillo demasiado violento de la gloria, ya por su amor al misterio, ya por la novedad ó por modestia ó porque no les agrade lo vulgar de su verdadero nombre. Las que no son nobles se ennoblecen, y las que lo son suelen desdeñar sus títulos y sus partículas al mezclarse con la grey escritora, conservando, sin embargo, generalmente, su personalidad femenina en los nombres de adopción. Las señoras Loiseau, Blanc, Vincent y Durand firman Daniel Lesueur, Th. Bentzon, Arvedio Barine y Enrique Greville, y se comprende, dada la vulgaridad de sus nombres; Lucía Herpin firma, por su parte, Luciano Perey; la señorita Ligerot, Rogerio Dombie; la señorita Forponnés, Pablo Junka, y la baronesa de la Tombelle, Camilo Bruno, lo cual es menos

comprensible, como tampoco se comprende la razón que hayan tenido las señoras Marniere, Rieuxpeyroux y Esnar de Belley para preferir á sus nombres los de Marini ó Voila, Lucía de Alcq y Gabriela de Arvor. La señora Valette ha elegido el pseudónimo de Rachilde; la condesa Fleury, el de Ossit; la condesa Puliga, el de Brada, y la señora de Rute firma á veces Camilo Bernard, vizconde de Albeni. La señora Barzalon de Laspeyres se firma Manuel de Grandfort, cosa explicable; pero cuando se ve que á veces firma Safo, se queda uno al pronto cortado, aunque luego éntra en deseos de conocer las obras que llevan semejante firma. El pseudónimo más original es el de la señora Leconte de Noüy, que suele firmar «El autor de *Amistad Amorosa*», lo que prueba el valor que da á su primera obra, su modestia, al creer que no podía escribir otra mejor, y su deseo de que se la designe por ese nombre, como se designa á los más famosos autores por el de sus obras más conocidas.

Mejor se comprenden los motivos que impulsan á las gentes de teatro, especialmente á las actrices, á tomar nombres de guerra, aunque la mayor parte lo hacen por esconder la vulgaridad de sus apellidos, habiéndose dicho, no sin razón, que el Conservatorio está lleno de hijas de porteras; los cómicos suelen salir del pueblo, y el pueblo lleva pocas veces nombres elegantes ó graciosos: así, Jane Hading es Juanita Hadingue, la Dudley es Dulait; Delna, Ledant; Bertiny, Brogniart; Marcela Lender, María Bastien; Marsy, Brochard; Cassive, Duval; Desclauzas, Armand; Odeta Dulac, Juana Latrielle; Pierny, Pelletier; Réjane, Reju; Bartet, Regnault; Elven, Cantón. Entre los cómicos puede citarse á Porel, que se llama realmente Parfouru; Lerand, Durand; Noblet, Grenoble; Germain, Poinet; en cambio, sólo se encuentra á las señoritas Calvé y Maguera que hayan preferido estos nombres á los de Emilia de Roquer y Magda de Clapier, que les corresponden por su nacimiento. Algunos artistas cambian sus nombres por desear tener uno más armonioso ó llamativo que «haga mejor»

en los carteles; tal sucede á las señoritas Chambón, Tricaud, Riever y Arnoux, que se han convertido en Rosa Syma, Thyl-da, Lavallière y Brandés; lo incomprendible es que la señorita Mazarín, que es natural no quisiera ver tan ilustre apellido en los anuncios, haya elegido el nombre de señorita Charles para sustituirle.

La elección de pseudónimo entre los escritores es una mera formalidad sin pretensiones, ó simple asunto de gusto por la sonoridad ó la eufonía: Ratoin se convierte en Juan Gascaña; Durand Moriembeau, en Enrique des Houx; Simón, en Eduardo Lockroy; Causse, en Pedro Mael; Jogaud, en Marco Mario; Poignand, en Montjoyeux; Lebesgue, en Montorgueil; Urbano Roucoux, en Pablo Burani; Ormelingen, en Jorge Vanor; Boex, en Rosny; Tornachon, en Nadar; Coste, en Talmeyr; Bouckey, en Couyba, etc. Otros han tomado nombres literarios, como el sabio Carlos Richet, que es al mismo tiempo Carlos Epheyre; el Dr. Cazalis, que es también el poeta Juan Lahor; el Doctor Encausse, que se firma Papus, y Pascual Grousset, que se llama Felipe Daryl ó Andrés Laurie. Esto sin contar los pseudónimos profesionales, como El Pasante, Un Papanatas, El Bombero de servicio, El Ugier del Prefecto, Pasos Perdidos, etcétera; ni los propios de la vida parisién, como el de Parisis, de Emilio Blavet; Hermeline, de Hermant; Graindorge, de Capus; Lysis, de Donnay; Manchecourt, de Lavedan; Eliacim, de Pablo Hervieu, etc.

PSICOLOGIA COLECTIVA

EL ARTE Y EL VULGO.—He aquí dos nombres que parecen contradictorios, pues el uno representa la aristocracia del pensamiento y el otro la vulgaridad del número. ¿Puede la multitud entender y ser juez de arte? ¿Es su plebiscito una sentencia—se pregunta Scipión Sighele en la *Rivista politica e letteraria* de Roma—contra la cual no se admite apelación? ¿O es

que, como muchos pretenden, el arte que agrada al vulgo no es arte, ó es solamente una forma inferior de arte? Tal es el problema de psicología colectiva que importa resolver.

Se ríen algunos del papel moralizador que Guyau y Tolstoi atribuyen al arte, negando que éste pueda tener por objetivo la mejora social, siguiendo paso á paso las reformas que apuntan en el ambiente. Puede ser; pero el arte refleja como en un espejo las corrientes religiosas, políticas y científicas que atraviesan la psiquis humana colectiva. Esta investigación de las relaciones entre el arte y el vulgo, ¿qué es sino la forma artística en que se manifiesta la gran discrepancia entre el individualismo y el socialismo, que turba la conciencia contemporánea? En esa desdeñosa soberbia del artista creador que niega á la multitud el derecho de consagrarlo á la fama ó al olvido, ¿no se ve resurgir el duelo eterno entre el individuo y la sociedad, y el gran problema de si el progreso es mérito exclusivo de algunos individuos geniales que se llevan á la multitud como el pastor á su rebaño, ó la obra maravillosa é inconsciente de todos, especie de inmensa pirámide á la que cada cual ha llevado su piedra?

En arte, el partido que desprecia al vulgo es más numeroso, al revés que en política, que el que exalta á la multitud. Desde el antiguo orador griego que se interrumpía cuando le aplaudía la multitud para preguntar irónicamente: «¿me aplauden? ¿he dicho alguna tontería?» hasta el genio moderno de Arrigo Boito, que en el memorable estreno de su *Mefistófeles*, impasible en su asiento de director de orquesta, respondía á los siseos del público, diciendo sonriente á los vecinos: «¡qué honor me hacen!», el supremo desprecio del individuo artista hacia el vulgo beocio, es uno de los fenómenos más comunes.

Se ha dicho repetidamente que la multitud es moral é intelectualmente inferior al individuo, lo cual es cierto en general, aunque haya excepciones no raras, morales sobre todo. La multitud es indudablemente un terreno en el que se des-

arrolla fácilmente el microbio del mal, no hallando condiciones favorables de vida el microbio del bien. La obra de la multitud ha sido en la historia obra de odio y de destrucción mucho más que de creación y de amor, porque la multitud, organismo inconsciente é impulsivo, obra fatalmente más con los instintos del salvaje y del bruto que con los del hombre civil; no puede negarse, sin embargo, que á veces la multitud llega á cimas psicológicas no alcanzadas por el hombre aislado, ó manifiesta una generosidad sublime que es incapaz de desplegar ningún individuo, como cuando la nobleza francesa renunció en la noche del 4 de Agosto á sus privilegios, ó cuando la multitud llevó en triunfo á Sombreuil, arrancándolo del patíbulo ante el espectáculo del amor filial de su hija.

Ahora bien: ¿puede decirse que la multitud tiene, en lo intelectual, este carácter extremo y contradictorio, y que conoce alturas y profundidades ignoradas por el individuo aislado? Doce hombres de buen sentido, reunidos en jurado, pronuncian á veces veredictos que no tienen sentido común; veinte artistas ó sabios forman una comisión, de la que salen frecuentemente decisiones contrarias á los más elementales principios de la ciencia y del arte; cientos de hombres de talento constituyen un Parlamento que se conduce colectivamente de tal modo, que excita á la risa y al desprecio. La colectividad, en suma, puede á veces ser general en materia de sentimiento; no lo es nunca intelectualmente; hay heroísmos colectivos, pero no obras maestras colectivas. ¿Quién podría citar un Consejo de guerra de donde haya salido un plan de batalla comparable á los de Napoleón? ¿Quién podría citar un Consejo de Ministros de donde haya salido una de esas reformas que hacen época y que constituyen el timbre de gloria de un Maquiavelo, un Richelieu ó un Bismarck? ¿Quién podría citar un Congreso de sabios de donde haya salido uno de esos descubrimientos que son la gloria de un Laplace ó de un Darwin? El fuego sagrado del pensamiento no es fruto del alma colectiva, es don exclusivo del cerebro individual.

Importa, no obstante, hacer una distinción capital: una cosa es la psicología de la multitud cuando obra de improviso en un momento dado, y otra cuando obra lentamente en el curso de los siglos; en el primer caso, sus manifestaciones son siempre inferiores á las del individuo; en el segundo, no sólo no son inferiores, sino que á veces son superiores. Los cuadros, las estatuas, los poemas, ciertos descubrimientos, pueden y deben individualizarse en un nombre, Rafael ó Van-Dick, Dante y Cervantes, Fidias ó Miguel Angel, Colón ó Newton; pero ciertas creaciones complejas como la lengua, por ejemplo, no son ni pueden ser obras individuales, sino de la multitud, como las leyendas ó como los poemas homéricos de Grecia. ¿Qué son los proverbios sino la experiencia inconscientemente acumulada y sintéticamente expresada de la multitud? El genio en este sentido no es más que el revelador de verdades que dormitan en la conciencia de todos; los políticos, artistas y sabios que creen dirigir á un pueblo é imponerles sus gustos é ideas, no hacen, en realidad, más que seguir el impulso que el pueblo mismo les comunica.

Y no sólo se debe reconocer que toda colectividad crea su genio, como todo sentimiento crea su expresión y como toda idea confusa y difusa se resume en un símbolo; sino que hay que reconocer que la colectividad corrige, desenvuelve y eleva las conquistas del pensamiento y del sentimiento, hechas por el genio individual. El genio es el presente, es decir, el hijo del pasado, pero también el padre del porvenir; en el genio hay siempre, en realidad, un poco de exageración, un lado paradójico, y la colectividad se encarga de atenuar estas exageraciones. En la ciencia—dice Ferri—la escuela de los discípulos vale siempre más y es mejor que el maestro iniciador. De aquí que la multitud, inferior al individuo en el momento estático en que éstos enuncian sus ideas ó ponen en acción sus energías, le es útil y necesaria, no sólo en el pasado para formar lo, sino también en el porvenir para corregir y mejorar sus ideas y sus acciones.

La disidencia entre el arte y la multitud no es, pues, una cuestión entre el artista y el público, un duelo entre uno y muchos, sino únicamente una cuestión de tiempo; el artista puede rebelarse contra el juicio de la multitud contemporánea, pero no contra el de la posteridad; en el campo de la ciencia y del arte rige el sistema de los plebiscitos, que excluyen toda sospecha de corrupción ó de sugestión. El público no comprende frecuentemente la obra de arte que está llamado á juzgar; Rossini fracasó en el estreno del *Barbero de Sevilla*, y Wagner en casi todas sus obras. Pero esas equivocaciones ocurren en todo, y no son privativas de la multitud. Napoleón se sonreía cuando le presentaron y describieron el modelo del primer vapor; Thiers afirmó en pleno Parlamento que la tracción por vapor y los ferrocarriles eran una utopía, y Aristóteles no admitía que los hombres naciesen iguales, creyendo que siempre existiría la división entre libres y esclavos. ¿Por qué, so pena de ser tachada de ignorante, ha de tener la multitud ante una ópera de Wagner una celeridad de intuición que no tuvieron Napoleón ni Thiers ante el descubrimiento de Wat?

Toda idea, antes de triunfar, suele pasar por un período de lucha y de adversidad. No se debe pretender de la multitud que tenga gran celeridad de intuición ante una obra de arte, ni se debe por semejante motivo despreciarla; lejos de esto, debe haber entre el genio y la multitud un sentimiento de amor y de solidaridad. Los artistas, esos millonarios del ingenio, no deben imitar á ciertos millonarios del dinero que guardan todas sus riquezas para sí, despreciando á quienes no las tienen; deben reconocer, por el contrario, que su riqueza, el genio, es como el oro del capitalista, fruto del trabajo inconsciente de miles y miles de hombres, y no mérito exclusivo personal; deben sentir, además, que su obligación es lanzar esa riqueza al campo del alma colectiva para que sea fecunda, como el deber del rico es poner su oro en circulación para aumentar la prosperidad de su país. ¿Qué importa que al pronto no sea comprendido, ni recoja más que ingratitud? El recono-

cimiento, raro en el individuo, es siempre seguro, aunque lento, en la multitud.

* * *

MENTALIDAD ESPAÑOLA.—¿Cuáles son los caracteres de nuestra vida mental actual? — se pregunta Eloy L. André en *La Lectura*.—Examinando lo que en *libros, revistas y periódicos* se dice, puede reconstruirse el estado mental de nuestros intelectuales.

Estos tres órdenes de producción tienen de común lo siguiente: 1.º, la falta de fecundidad; 2.º, la ausencia de originalidad; 3.º, la falta de profundidad, solidez y exactitud de ideas.

Parece que la mente se ha agotado en la raza. La exaltación, la intolerancia, el polemismo, nos hacen infecundos; en un régimen de convención y de privilegio, el saber es un estorbo y un peligro; el que debe á la lisonja y al favor su elevación, fomenta la ignorancia para consolidarse en casta. Hay que roturar la mente anónima y colectiva ensayando nuevos métodos de cultivo, si queremos renovar la vida mental de nuestro pueblo y nuestra raza.

El mecanismo de la mentalidad, donde no hay trabajo de coordinación, es mero juego de palabras; y como las condiciones de la vida moderna hacen del orden mental un factor imprescindible, ha nacido el escritor de oficio para explotar esa necesidad. Los del oficio en España se parecen á los obreros manuales: salario pequeño, alimentación mental escasa, concurrencia excesiva y firmas con monopolio. Las ideas nuevas ejercen en sus cerebros una influencia impulsiva, sin asimilarse ni digerirse, produciendo el fenómeno de la «extranjización inconsciente», eco desfigurado de exótica cultura. «Hay en cada pueblo, cuyo arte y literatura alcanzan cierto desenvolvimiento—dice Max Nordau,—numerosos eunucos intelectuales que no son capaces de engendrar una obra viva, y que, sin em-

bargo, llegan á imitar perfectamente el gesto de la procreación; estos mutilados constituyen desgraciadamente la gran mayoría de los escritores y artistas de profesión, y su labor parasitaria anula frecuentemente el talento verdadero y espontáneo; resultan siempre forzosamente los más modernos, porque ningún mandato de originalidad, ninguna conciencia artística, les impide imitar constantemente el modelo más reciente y desfigurarle; hábiles para apropiarse las exterioridades, plagiarios y *pasticheûrs* decididos, se agrupan en torno de cada manifestación original, buena ó mala, y se ponen sin pérdida de tiempo á fabricar falsificaciones.» Su impersonalidad y su carácter bullanguero hace triunfar en la lucha su causa miserable, consolidando además la mesocracia mental que ahoga toda expansión individual. Su tonalidad mental está llena de múltiples disonancias y de pobre monotonía; sus obras aburren con su amenidad empalagosa y su estilística incolora y anodina.

No es menos patente la tercera de las características de nuestra mentalidad. Cuando se estudien experimentalmente las condiciones y formas de la ideación nacional, se verá cómo la inconstancia para el trabajo, la falta de perseverancia en la inquisición de una idea, la carencia de hábitos de autointervención, son otros tantos elementos que impiden la ideación perfecta y clara en nuestro cerebro; atendemos más bien con atención refleja que voluntaria, de un modo femenino, repentista, intuitivo, viendo más que mirando, sin cambiar el campo de visualidad ni apreciar más que las formas, y no los volúmenes de las cosas, sin noción de perspectiva, de donde resulta nuestra equivocada tendencia á generalizaciones espontáneas é incompletas, nuestra prematura cristalización intelectual, y la atrofia de nuestra vida mental, con una sombra de función falseada que, sin materia adecuada en qué ejercitarse, degenera en sutileza y ergotismo.

En nuestra subconciencia, sin embargo, duermen latentes riquezas inmensas de mentalidad inexplorada, que la falta de

reflexión y de concentración anulan, como en el subsuelo de los áridos campos de Castilla dormita latente la verdadera tradición que ansía solearse y vivir, rompiendo la estéril costra que sobre ella pesa, para engendrar obras fecundas y vividoras. La regeneración, la reforma, la resurrección, son cosas que, á fuerza de tanto repetirse, han entrado ya en el cauce rutinario del convencionalismo, y apenas nadie cree en ellas. A los que sienten fe en sí mismos no puede asustarles la presión que sobre sus labios y sus almas ejercen castas mentales, peor ó mejor constituídas. Si trabajan, triunfarán, rompiendo la silenciosa conspiración de los protegidos y privilegiados y redimiendo á la patria renovándola.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El único y su propiedad, por *Max Stirner*, traducción completa del alemán.—Madrid: LA ESPAÑA MODERNA.

Más que interesante es, podemos decir, imprescindible para ponerse al tanto del movimiento general de la cultura jurídico-social, el conocimiento y estudio de la literatura anarquista y de su criterio informador, expuesto á veces entre errores monstruosos, negaciones tan absurdas como impías que sublevan la sana conciencia moral, verdaderos delirios de la pasión desatada, por lo cual no á toda persona ni en toda situación de la vida es igualmente recomendable la lectura de las obras donde aquélla se contiene.

Si no es, ni con mucho, enteramente exacta la afirmación, capital en el marxismo, según la cual cuanto en la sociedad ocurre es hijo de la peculiar manera cómo en el tiempo respectivo tienen los hombres organizada la producción económica, no cabe negar que el estado de derecho, así en el pensamiento como en la vida, de una época dada, puede reflejar, y es seguro que á veces refleja, el estado especial de las relaciones sociales de aquel orden. De aquí que concepciones jurídicas nacidas, como la actual, al calor de civilizaciones y ordenamientos que se aspira á reemplazar por otros que se ven más conformes con la justicia, sean inadecuadas para la resolución de los graves problemas que con tal motivo surgen; y mientras el pensamiento no se sustraiga al influjo de ellas, en vano se esforzará por llegar á consecuencias otras que las que el modo de ser presente de la sociedad supone.

Es innegable también que el Derecho y el Estado históricos, nacidos de la lucha de los intereses humanos, considerados incompatibles, representan (1) la forma de transacción, de equilibrio, de exterior armonía, y como si dijéramos de convivencia de los egoísmos. Todos nuestros modos de ver el Derecho están casi siempre tocados de este vicio de origen (2): por eso lo contraponemos á la moral y á la caridad, por eso reputamos como esencial en él la distinción de lo *tuyo* y de lo *mío*, enfrente y á exclusión lo uno de lo otro.

Y en tanto que esta oposición no deje de verse como necesaria, en tanto no contemplemos el Derecho como enteramente igual á la caridad, como un orden de puro desinterés y de constante abnegación, como un sistema de medios para el cumplimiento de los fines humanos, ó mejor, racionales, estén donde estén, la obligación de poner los cuales—los medios—crece á medida que aumenta el poder de disponer de ellos, con absoluta independencia de toda consideración de reciprocidad, no estaremos capacitados para la resolución de las cuestiones que entraña la llamada social, en la cual, en substancia, de lo que se trata es del mejoramiento de las clases desvalidas, necesitadas, como tales, de protección y amparo: asunto que por ser de caridad, es también obra de rigurosa justicia.

Este aspecto del Derecho, esta *nueva* nota suya, la ponen más en claro quizá que nadie ciertos pensadores anarquistas con el principio así formulado: á cada uno, no según su capacidad, no según sus obras, sino según sus necesidades.

(1) Esta concesión hace Petrone á la teoría materialista de la historia. Véase un artículo publicado por este autor sobre tal tema en la *Rivista Internazionale di scienze sociali e discipline ausiliarie*. Fascicolo XLIV.

(2) En la obra de Ihering *El fin en el Derecho*, recientemente traducida al francés con el impropio título de *La evolución del Derecho*, que es en el fondo una generalización teórica del Derecho reinante en la vida, está lógicamente expuesta esta concepción de la justicia como el sistema del egoísmo organizado.

Otra cosa es quién ha de prestar los medios jurídicos y cómo ha de exigirse el cumplimiento de las obligaciones de justicia, porque otro de los caracteres del concepto reinante, carácter que se desliza y mezcla sin que lo advirtamos, en nuestro pensamiento siempre que de cuestiones de índole jurídico-social se trata, y que junto con el anterior dificulta la solución de ellas, obscureciendo y alterando los términos por donde el discurso debe ser encaminado, es el de la necesidad del poder coactivo del Estado, sin cuya fuerza no podemos imaginarnos pueda ser garantido el cumplimiento aun de los más nobles, elevados é íntimos deberes que el Derecho impone. Contra este sentido de la coacción reaccionan, de un lado la escuela teológica al dar al orden jurídico una significación interior, ética y transcendente, como emanado inmediatamente de Dios, y de otro, más principal y directamente, toda la corriente anarquista con su creencia en la eficacia de las leyes naturales, por donde viene á enlazar su pensamiento al de los más resueltos partidarios del *laissez faire* económico y su confianza ilimitada en la nativa bondad del hombre, legítima derivación del optimismo rousseauniano.

No representa por igual Max Stirner en el libro objeto de la presente nota, las dos direcciones indicadas en los anteriores párrafos, antes bien, si en lo tocante á la necesidad de prescindir de la coacción coincide con todos los pensadores de tendencia anarquista, no así en el fundamento que señala al Derecho, el cual, lejos de referirse para este escritor al desinteresado cumplimiento de los fines humanos, resulta, por el contrario, que éstos vienen á satisfacerse ampliamente del libérrimo juego de los egoísmos individuales, legítimo en cuanto humano; y así este discípulo de Feuerbach y de la izquierda hegeliana llega á encontrarse en este terreno con los más decididos mantenedores del individualismo clásico á que arriba se alude.

JESÚS ARIAS DE VELASCO.

La constitución de los Estados Unidos, por C. *Ellis Stevens*.—Un vol. 209 páginas.—Madrid: LA ESPAÑA MODERNA; 1901. Su precio, 4 pesetas.

El libro de M. Ellis Stevens, profesor de Derecho constitucional en la Universidad de Pensilvania, es un excelente resumen de la formación histórica y del funcionamiento actual de la Constitución, por tantos motivos interesante y digna de estudio de los Estados Unidos. El autor, conocedor profundo del desenvolvimiento de las instituciones norteamericanas, las estudia, en relación con la historia de Inglaterra, que tanto ha influido en los orígenes del Derecho constitucional de aquel pueblo nuevo, y con la de sus colonias. Advierte M. Ellis Stevens, que si bien siguiendo á Gladstone puede afirmarse que la Constitución americana es la obra más admirable que se haya creado en una hora dada, por el genio y la voluntad del hombre, sin embargo, no debe esto interpretarse en el sentido exagerado y hartó corriente de que es una obra enteramente *nueva*. «Propiamente hablando, escribe, dicha Constitución no es la obra original de cierto grupo de hombres, como tampoco es el fruto de una época determinada: es algo más y mejor que esto. No se encuentra aislada en la Historia sin ningún antecedente con que relacionarla. Se apoya en principios antiquísimos...» «Es un punto ya admitido, añade, que las influencias primordiales que se han hecho sentir en la constitución son, ante todo, las de Inglaterra y de las colonias.»

El plan que en su libro desarrolla M. Ellis Stevens, es el siguiente: estudia primero las colonias angloamericanas, y luego la creación de la Constitución americana, pasando inmediatamente á exponer el organismo legislativo, los Poderes legislativos, el poder ejecutivo inglés y el americano, el poder judicial y el *bill* de deudas. La obra trae, además, un apéndice sobre la Democracia y la Constitución.

A. POSADA.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Actea</i> (novela), cuarta y última parte.....	5
<i>Canto de paz</i> , por I. B. J.....	52
<i>Primer Congreso Nacional del Periodismo en América</i> , por Nicolás Pérez Merino.....	59
<i>La Historia de la Literatura Española de Fitzmaurice-Kelly</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....	89
<i>Viaje de un español á tierra de China</i> , por Rafael Farias.....	122
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	137
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	165
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	182
<i>Notas bibliográficas</i> , por Jesús Arias de Velasco y A. Posada.....	204